

“YO soy, YO pienso, YO lo deseo.

“MIS manos...MI espíritu...MI cielo...MI bosque...Esta tierra MÍA... ¿Qué debo decir aparte? Estas son las palabras, ésta es la respuesta.

“YO estoy parado aquí, en la cumbre de la montaña.

“YO levanto MI cabeza y YO extendiendo MIS brazos. Estos, MI cuerpo y espíritu, éste es el fin de la búsqueda.

“YO deseé saber el significado de las cosas. YO soy el significado. YO deseé encontrar un motivo para existir. YO no necesito un motivo para existir ni una sanción para MI existencia. YO soy el motivo y la sanción...”

**AYN RAND, “Anthem”.**



# 1

¡Ya no soporto más! Hace meses que el asunto da vueltas y vueltas en mi cabeza, pero por más que me esfuerzo, no puedo resolverlo. ¿Por qué? ¿No tendrá solución? Lentamente me va consumiendo esta contradicción creciente entre lo que me enseñaron a hacer y aquello que en mi interior me dice que no estoy haciendo lo correcto. Pero...¿Hay algo en mi interior? ¿Qué es? ¿Qué es esta fuerza tan poderosa que me impulsa a apartarme de lo que todos están de acuerdo en que es lo debido? ¿Por qué no puedo aceptar las cosas tal como me las enseñaron, como hacen todos los demás? ¿Por qué me desagradan tanto la palabra “deber”?

Aquí está la Declaración de Independencia de los Estados Unidos:

*“Cuando en el curso de los acontecimientos humanos, se hace necesario, para un pueblo...”*

Es una magnífica pieza de filosofía que siempre me maravilló...Pero ahora ni siquiera ella me convence del todo. ¿Son los pueblos los que deben ser independientes y libres, o son los individuos? ¿Puede un pueblo tener un pensamiento independiente? ¿Pueden millones de mentes ponerse de acuerdo para elaborar un concepto único que sintetice tantas voluntades? Me parece que la independencia más importante es la del pensamiento. Eso lo estoy comprendiendo ahora, porque no dejo de pensar en cosas que son abiertamente opuestas a los principios que para la mayoría siempre fueron incuestionables. Los pueblos libres deben ser aquellos donde los habitantes son libres para pensar con sus propias mentes. Si esto es así, entonces la auténtica independencia no es de los pueblos, sino de las personas.

Me siento muy molesto. Es un malestar que no deja de aquejarme, un dolor que no es físico, que es más bien espiritual. Es como una protesta de mi conciencia contra esta contradicción que se acrecienta diariamente en mi cerebro, entre lo que los demás invocan como moralmente correcto y lo que yo quiero hacer. ¿Soy inmoral?...Parece que sí...Sin embargo, no pretendo hacerle mal a nadie, sólo deseo que me dejen seguir mi propio rumbo. Pero todo lo que pienso está contra lo que me enseñaron que es moral. Tengo la impresión de que cada vez que intento elegir por mí mismo, escojo siempre el camino del mal.

Yo sé que es un pensamiento egoísta, materialista, individualista; es la suma de todo lo malo. Pero aún así no puedo dejar de pensar que ya no me gusta que la gente viva a mis expensas. Irene se pone furiosa cada vez que me escucha insinuar algo semejante. Pero precisamente ella ha sido una de las personas que más aprovecharon el principio moral por el cual estoy obligado a servir al prójimo. ¿Es malo querer vivir por uno mismo? Si eso es así, entonces es bueno querer vivir de los demás. Eso es lo que han hecho Irene, el gobierno, los empleados que trabajaron en mi campo, la cooperativa, los sindicatos, la iglesia: todos ellos pasaron buena parte de mi vida diciéndome que no debo pensar en mí mismo, que debo ser generoso y servir a los demás. Pero yo nunca los he visto a ellos ser generosos y serviciales con nadie. Al contrario, usaron mi productividad y mi talento en su beneficio, invocando para ello a la moral. Ellos siempre se aprovecharon de mí, pero jamás nadie se aprovechó de ellos. ¿Eso está bien? ¿Está bien que alguien viva del esfuerzo de otros? A mi me parece que no.

Si yo los imitase, debería dejar de producir y buscar a alguien que produjese para mí. Pero entonces seguramente me dirían que soy un inmoral que no cumple con su deber...No sé... Cada vez estoy más confundido. Ya ni siquiera la Declaración de Independencia me termina de convencer, porque es la declaración de un grupo en lugar de la de un hombre. Pero aún así expresa un grito de resistencia a la misma opresión que yo siento en estos momentos, y que me hace re-

flexionar sobre todas estas cosas. ¿Estuvo bien que un pueblo se rebelara contra quienes querían oprimirlo? Si estuvo bien para un pueblo, ¿por qué está mal que un individuo quiera hacer lo mismo? Ya no resisto seguir atormentando a mi mente con tantas preguntas para las que todavía no tengo respuestas concluyentes.

¡Aquí están todas estas cuentas nuevamente! No paro de pagar las deudas de otros: los gastos de mi esposa: sus vestidos, sus perfumes. ¡Hasta debo pagar un donativo que hizo en la iglesia el domingo! El salario de mi peón, a quien no puedo exigirle que trabaje porque quien da las órdenes es el sindicato y no yo. Los aportes a la Cooperativa, que se lleva el veinte por ciento por vender mis productos, porque en los hechos yo no puedo venderlos por mi propia cuenta. Los impuestos de la municipalidad, de la provincia, de la nación, que no puedo dejar de pagar, pero a cambio de los cuales no recibo nada. Las cuentas por la electricidad, que me es provista con cuentagotas por una repartición estatal, burocrática, monopólica e ineficiente, a la que los muy hipócritas llaman “empresa”.

Siempre me dijeron que debo cumplir con todos esos compromisos; que estoy obligado a mantener a mi esposa, aunque sus caprichos no tengan límite; que debo asociarme a la Cooperativa, que se supone me presta un servicio voluntario, pero a la que no puedo eludir si pretendo vender mis papas; que debo cumplir con el Sindicato, que regula la relación laboral con mis empleados, sustituyendo nuestra voluntad por la suya; que debo mantener con mi dinero a todos los gobiernos que existen sobre mí, no importa si yo quiero o no que rijan mi vida con sus leyes; y que debo sostener también a la Iglesia, aunque no deje de censurar cada uno de mis pensamientos y actos. El cura se ha pasado los últimos años maldiciendo mi productividad, mis ansias de superación y mi prosperidad; pero no tuvo ningún escrúpulo en venir a pedirme una parte de ese dinero, para mantenerse a él y a la organización que ha montado para putearme domingo tras domingo desde el púlpito de su iglesia.

No tengo derecho de quejarme, sólo tengo la obligación de cumplir con mi deber. Yo debería entender eso, porque es lo que me enseñaron a pensar desde que nací; pero jamás pude aceptarlo. ¿Por qué siempre estoy en contra de todo? No conozco a nadie que coincida conmigo, y sin embargo, mis convicciones son cada vez más fuertes. ¿Convicciones? ¿Convicciones en qué? De lo único que estoy seguro es de que no me gusta cómo vivo, y de que tengo una gran confusión respecto de todo lo demás. ¿Cómo era la frase de Sócrates? “Sólo sé que no sé nada”. Parece contradictoria ¿no? Algo sabía...y yo también. Sé que quiero ser independiente, que quiero ser libre...aunque no sé cómo se logra eso. Pero al menos es un comienzo.

Ahí viene Irene. Si supiera lo que he estado pensando no luciría tan tranquila. Es curioso observar cómo cambia de gesto y actitud apenas me ve.

-¿Qué hacés ahí, solo en ese rincón? Hace varios días que te la pasás acurrucado en los rincones como un ratón, quieto y pensativo. Es malo pensar tanto, y especialmente estar solo.

Por suerte, aún conservo la independencia de mis pensamientos, y en la profundidad de mi conciencia ni siquiera ella puede entrar.

-Es cierto. He estado pensando mucho.

-¿En qué?

-En cosas que tienen que ver con la vida, con mis valores, con los principios que siempre seguí.

-¿Valores? ¿Principios? ¡Tonterías! No tenés que meterte con esas cosas; para eso están la iglesia y la moral. Ya aprendiste todo lo que te hace falta en la escuela y en la misa. Sólo necesitás practicarlo, en lugar de pensar y pensar día y noche como un loco. ¿Qué querés inventar? ¡Ya está todo inventado!...Pero hacés bien en sentirte mal. Últimamente no estás cumpliendo con tus obligaciones sociales como corresponde. El domingo, el padre Andrés me preguntó por vos al salir de la misa. ¡Qué papelón! Hace más de un mes que no te ve por la iglesia, y esperaba tu donativo. Tuve que darle un cheque, porque vos ni siquiera te dignás a pasar por allí. Si te sentís mal y tenés una crisis

de fe, deberías ir a verlo al padre Andrés. Seguro que él te puede ayudar.

¿Crisis de fe? ¡Ya no soporto tantas tonterías! Hace demasiados años que la vengo escuchando con resignación, sin siquiera pensar en lo que me dice. Sólo obedezco sus indicaciones y sigo adelante. Yo produzco riqueza y ella la gasta de acuerdo con sus caprichos, sus reglas morales y los mandatos del deber. Pero cada vez resisto menos esta situación. Me mortifica el solo pensar en todas las horas de mi vida durante las cuales trabajé duro esta tierra, haciéndola producir la riqueza que luego ella distribuye según el criterio de quienes invocan todo el tiempo la moralidad de repartir lo ajeno.

Antes no me molestaba, porque a mí me encanta cultivar la tierra. Me satisface producir mis papas y lo seguiría haciendo bajo cualquier circunstancia. Si dejase de producir, me moriría. Tal vez por eso nunca examiné la moralidad o inmoralidad de que otros se adueñen de mis productos. Pero algo que existe en mi interior -aún no sé qué es- me abrió los ojos, y me hizo dudar de la justicia de esta situación. ¿Justicia? ¿Se puede definir a la justicia de un modo distinto a como lo hacen mi mujer, el intendente y el cura? Ellos dicen que es justo ayudar a los que menos tienen. Si eso es así, yo estoy condenado a servir a los demás, porque nunca voy a dejar de producir riqueza, sea cual fuere mi situación. ¿Condenado? Se supone que servir a los demás es bueno. ¿Por qué yo lo siento como una condena? No odio a la gente, pero ya no me gusta que se sirvan de mí.

Son muchas preguntas...Tengo muchas dudas que no puedo resolver. Estoy cada vez más confundido, pero pienso que si no tomo una decisión pronto, voy a estallar.





## 2

-Buenos días, señora Robinson. ¡Qué calor! ¿No?

El hombre tocó el ala de su sombrero negro e inclinó levemente su cabeza. La mujer no aflojó ni un poco la rigidez de su semblante hosco y algo sombrío, permaneció inmóvil y en silencio, con sus verdes ojos clavados en la parte posterior de la carreta. En las comisuras de sus labios se manifestaban las marcas de la ira contenida.

-Le traigo estas cajas que le llegaron a su esposo esta mañana...¿Dónde las pongo?

La pregunta del cartero fue hecha con una cautela cuyo fundamento era su temor por recibir la respuesta que inexorablemente le siguió. El obeso empleado del correo había enfrentado muchas veces a aquella mujer y conocía muy bien su carácter voluble y sus frecuentes arranques de ira. Tal como previó, la señora Robinson explotó de repente en una respuesta colérica.

-¿Cajas? ¿Más cajas? ¡No sé qué voy a hacer con este hombre! ¿Qué sé yo dónde ponerlas? El ahora no está...¡Vuelva después!

La réplica del cartero fue inmediata, basada en su experiencia en situaciones similares, y aparentó una firmeza que pretendía evitar nuevas dilaciones.

-¡Señora! Tengo mucha correspondencia y paquetes que repartir por todo el pueblo. Sólo dígame dónde le puedo dejar estas cajas a su marido.

Irene Robinson lanzó un suspiro lento y profundo, que acabó en un resoplido similar al que la yegua del cartero había dejado escapar un minuto antes, cuando el carro que tiraba se detuvo bajo la sombra de uno de los paraísos de la entrada. Una vez terminado su suspiro, miró indiferente hacia el fondo, y le señaló con desgano un enorme galpón de zinc, ubicado a cien metros de la casa.

El hombre dirigió su vista hacia allí apesadumbrado, y esperó la implacable indicación.

-Déjelas allí atrás, con todas las demás. ¡Este hombre no piensa en otra cosa que en las máquinas! -Llenó sus pulmones nuevamente de aire. El calor y la necesidad de tomar decisiones la sofocaban y alimentaban un mal humor que parecía provenir de una carga genética-. Sólo le interesa comprar máquinas. ¡Es un egoísta! Hace un mes que le digo y le repito que necesito un nuevo vestido para ir a la iglesia los domingos, y ni caso que me hace. ¡Nada más le importan las máquinas, los libros y esas malditas papas! ¡Sólo se preocupa por ganar dinero y aumentar su fortuna! ¿Para qué sirve una fortuna si no se la puede disfrutar, digo yo? ¡Esa es la maldición de los ricos! Hacen dinero y dinero, pero no pueden disfrutarlo.

El cartero no la escuchó más allá de la primera orden, y comenzó a calcular la distancia que había desde el carro hasta el galpón. Debía cruzar la entrada de la casa por una vereda de ladrillos que atravesaba el jardín, rodear una bomba de agua y seguir hasta el conjunto de galpones y establos donde el señor Robinson guardaba sus herramientas. Hasta allí debía trasladar la encomienda, que consistía en dos cajas de madera, una muy grande y alargada y la otra cuadrada.

Ambas tenían refuerzos transversales que sugería el peso de su contenido. Se podían observar varios símbolos inscriptos en sus seis caras, relacionados con el peligro, la cautela y la muerte.

El esforzado cartero arrastró la caja más grande con suma dificultad hasta el galpón, ayudado por su carrito de dos ruedas. Mientras tanto, la yegua lo observaba de reojo, encendiendo un poco su mirada, como si comprendiese que el regreso al pueblo sería mucho más aliviado. La señora Robinson, que se había cobijado bajo la sombra de un paraíso, tenía su vista fija en el horizonte. Parecía como si de pronto su mente hubiese viajado hacia alguna abstracción a miles de kilómetros de allí.

En su dificultoso camino hasta el galpón, el cartero pasó junto al empleado de Robinson, que dormitaba bajo un álamo. Intencional-

mente lo rozó con la caja para llamar su atención, y eso hizo que el hombre pegara un brinco sobresaltado y lo mirara confundido. Entonces, el cartero le hizo un guiño cómplice, que se podría traducir como un pedido de colaboración. Pero como toda respuesta, el peón refunfuñó molesto, se restregó los ojos y caminó unos metros hasta donde estaba la señora Robinson, quien mantenía aún el gesto de desagrado en su rostro, mientras continuaba oteando el horizonte.

-¿Qué le pasa ahora, señora Robinson? ¿Por qué estaba protestando?

Las preguntas del peón fueron pronunciadas como al pasar, sin interés ni emoción, del mismo modo en que, mecánicamente, le preguntaría: “¿cómo le va?”, a un extraño. La mujer se sorprendió al verlo de pronto parado allí, pero de inmediato recuperó su actitud de fastidiosa indiferencia. Mantenía la nariz hacia arriba y una expresión de disgusto, como si acabase de olfatear algo de pésimo olor.

-¡Hay, Rosendo! Ese patrón suyo se está gastando todo nuestro dinero en máquinas y herramientas. No sé qué será de nosotros si sigue así. Por más que le repito una y otra vez que deje esas tonterías y se preocupe por las cosas importantes, ya no me hace caso; y para colmo de males, últimamente se pasa las horas en rincones solitarios, como si estuviese pensando para sus adentros. Debe ser por culpa de todos esos libros que está leyendo. No sé qué manía le agarró ahora por leer tanto.

Rosendo la siguió mirando a unos ojos que en realidad no lo observaban, que no parecían estar enfocados en objeto alguno, y a los que, a decir verdad, difícilmente se podía entrever detrás de sus párpados fruncidos. El hombre, que recién comenzaba a despabilarse de aquella abortada siesta bajo un escogido ejemplar de la alameda, levantó un poco las cejas con esa típica señal de resignación que ensayan quienes pretenden que es inútil lamentarse frente a un destino inexorable.

-Debe tenerle paciencia, señora, en el fondo no es un mal sujeto-le dijo-. Peor sería que anduviese borracho o persiguiendo mujeres en el pueblo. ¿No cree?

Irene Robinson abrió los ojos y miró fijamente a Rosendo por primera vez en aquella mañana. Esa mirada hizo recordar al peón que no eran iguales, y que el carácter de la señora no admitía coloquios ni demasiadas licencias.

-No sé...no sé. Últimamente lo veo muy raro, como si estuviese desganado o desinteresado por las cosas. ¿No lo notó usted, Rosendo?

-Debe estar cansado, señora. Usted sabe lo duro que es producir y producir, trabajar la tierra sin descanso. Yo lo ví un poco nervioso y malhumorado, pero debe ser la preocupación por la nueva cosecha...Por eso y por este calor insoportable.

-Puede ser, pero hace varios días que está como ausente, y ya no me hace caso. Me preocupa que se encierre tanto tiempo solo, a leer y pensar quién sabe en qué cosas. Nunca antes lo había visto así. Hasta parece haber perdido el interés por el trabajo...¡No, no! ¡Eso no! Cualquiera cosa puede pasarle pero nunca va a dejar de preocuparse por sus condenadas papas. Su conflicto parece más bien con la gente. Es como si comenzara a desinteresarse por los demás...¡Es monstruoso el sólo pensarlo! ¿No le parece?

-¿No estará enfermo? Yo tuve un tío llamado Enrique, que de repente comenzó a comportarse igual que el señor Robinson, estaba apático, desinteresado por las cosas, se pasaba horas enteras solo en los rincones, y un día fue al médico y descubrió que tenía parásitos.

-¿Usted cree?

-¡Y...puede ser! ¿Por qué no lo lleva al doctor? No perdería nada, y a lo mejor es solo eso.

La meditación de Irene Robinson fue interrumpida por un grito de alivio.

-¡Listo! Le dejé las dos casas en un rincón, junto a las que le traje la semana pasada.

El rostro de la mujer adquirió el gesto de esa mezcla de fastidio e indignación con la que respondía siempre que alguien era demasiado efusivo. Le dio una moneda al cartero, que secaba con un pañuelo la transpiración de su frente, de un modo ostensiblemente sobreactuado. Después miró a Rosendo, que esperaba su respuesta, pero sin decirle una palabra caminó hacia la casa con paso lento y cansino, dejando sus huellas estampadas en el polvo reseco. Desde la puerta se volteó para mirar nuevamente al peón, a quien entonces y desde allí, le dijo:

-Sea lo que sea que le pase a mi marido, ningún problema parece demasiado grave como para hacerlo dejar de comprar porquerías.

Mientras el cartero se alejaba lentamente en su carreta por el camino de tierra que salía a la ruta, y la señora Robinson penetraba en la casa envuelta en sus rezongos, Rosendo observó la ubicación del sol. Escogió con la mirada entre los distintos álamos que rodeaban a la casa, y cuando por fin se decidió por uno de ellos, se sacó la boina blanca y se recostó bajo su sombra. Dos minutos más tarde dormitaba nuevamente.



### 3

Después de que lo haga me sentiré mejor. Ya dudé demasiado tiempo, y no tiene sentido que siga dándole vueltas a las cosas. Toda mi vida me sentí inseguro para tomar esta clase de decisiones, ¿y cómo me fue? Debería decidir sobre mi vida con la misma confianza en mi propio criterio con la que decido sobre mis papas. Pero no puedo engañarme: tomar estas decisiones siempre fue muy difícil para mí. Todavía no sé si está bien o mal lo que voy a hacer, pero de todos modos ya lo pensé mucho, y no daré marcha atrás ahora. ¡Ahí voy!

-Buenos días, señor Rico.

-Buenos días, Robinson. ¿Cómo está usted?

El muy cretino ni se imagina lo que va a pasar. Vivió los últimos años saludando amablemente a todos sus clientes y criticándolos despiadadamente a sus espaldas. ¡Quién sabe las cosas que este maldito habrá dicho de mí! Pero todo eso ya no me importa. Nada de lo que haya dicho antes se compara con lo que va a decir de mí mañana.

-Muy bien, Rico. Quiero poner un aviso en el diario de mañana.

-¿Un aviso? ¿Quiere comprar alguna máquina nueva? Su señora siempre se queja de que se gasta todo el dinero en máquinas.

-No...No vengo a publicar nada que tenga que ver con las máquinas. Quiero una página completa en el diario de mañana, para publicar ésto.

-A ver...

El pobre diablo no va a entender nada. Solamente en un pueblo como éste un mamarracho así podría ser el dueño de un periódico. Jamás le interesó conocer si lo que publica es la verdad o no. Mientras le paguen por centímetro, está todo bien para él. Siempre estuvo dispuesto a publicar lo que sea para llenar las páginas de ese pasquín. Lo peor es que todo el mundo lo lee.

- ¡Señor Robinson!...¿Qué es esto?
- Necesito que lo publique en la página tres, o a lo sumo en la cinco, del diario de mañana.
- ¿Toda una página?
- Si.
- Le va a salir muy caro.
- No crea, me va a ahorrar mucho dinero.
- Como quiera...Pero no entiendo muy bien qué es esto. ¿Es un aviso, una solicitud...?
- Es una declaración.
- ¿Una declaración de qué?
- De independencia, por supuesto.
- ¡Qué curioso!...Está bien...creo que le puedo dar la tercera página completa. No están pasando muchas cosas en el pueblo que merezcan ser publicadas en el diario. La noticia más importante de la semana es esta insoportable ola de calor...¿Me pagará a fin de mes?
- No...no. Prefiero pagarle ahora.
- Como quiera...Déjeme la hoja. Enseguida le preparo la factura...¿Pensó en lo que va a decir la gente mañana, cuando lea esto?
- No. ¿Usted que piensa?
- ¿Yo?...No sé...Es una declaración muy extraña. Creo que la gente va a hablar mucho de ella.
- ¿A usted qué le parece?
- ¿A mí? No sé...Tendría que leerla con tranquilidad. No puedo opinar así de repente.
- Léala, entonces, y mañana me cuenta.
- ¡Ya está! “Alea jacta est”, la suerte está echada.
- Hoy sí que va a hacer calor. Mejor me apuro, así llego a casa antes de que me agarre el mediodía al rayo del sol. Sólo me falta comprar un par de cosas para estar listo.
- Buen día, señor Méndez.
- Buenos días, Robinson. ¡Qué milagro usted por aquí!
- Necesito pilas...Diez pilas grandes, de las de larga duración.



-Enseguida se las traigo...A propósito...No sé si su esposa le contó que estuvo aquí comprando hace unas semanas...Tengo una factura por dos vestidos...No hay apuro, págume cuando le quede cómodo...Sólo se lo quiero recordar, porque nosotros sabemos cómo son las mujeres. No le dan importancia al dinero y el tiempo se les pasa volando.

-¿Los compró mi esposa?

-Si, dijo que no había problema, que usted los pagaría...Está bien, ¿no?

-Si, está bien...Mañana le pagará ella misma.

-No hay apuro...Aquí tiene las pilas. Seguro que las necesita para alguna máquina nueva ¿no?...Usted siempre anda comprando cosas raras...¡Y después se queja de su esposa!

-Adiós Méndez.

-Hasta mañana.

Sólo me faltan los cartuchos y estaré listo para volver a casa. ¡Este maldito calor! Con razón nadie quiere trabajar. Con este sol no se puede uno ni mover. No recuerdo otro verano tan caluroso. Espero que el sol no estropee mis papas, justo ahora que empieza la cosecha.

-Buenos días.

-Hola, Robinson. ¡Qué gusto verlo! ¿Cómo anda la cosecha?

-Bien, como siempre. Esta semana comienzo a recoger las papas.

-Usted es el orgullo de Arroyo Dorado.

-¿En serio? Todo el mundo me dice lo contrario.

-Si, pero no es por su capacidad para contribuir a la producción regional, eso nadie lo duda. Es más bien por algunas actitudes tuyas de despreocupación por los demás...Pero no hablemos de eso ahora...¿Qué lo trae por aquí?

-Necesito cartuchos para mi escopeta.

-¿Cómo no! ¿Cuántos quiere?

-Déjeme pensar...Déme seis cajas.

-¿Seis cajas? ¿Sale de cacería?

-Algo así.

-Me dijeron que abundan las liebres en el norte. Vendría bien acabar con esa plaga antes de que devaste los campos. ¿No le parece?

-Si...Es necesario acabar con las plagas para producir tranquilos.

Espero no tener que usarlos.

-Aquí tiene. ¡Buena puntería!

-Gracias.

Ahora sí, a casa nomás. El sol está insoportable. ¡Y yo me olvidé mi sombrero! Me siento extraño haciendo esto. ¿Se habrán sentido del mismo modo en 1776? ¿Les habrán invadido a ellos las mismas dudas que a mí, o estarían seguros de lo que hacían desde el primer momento?

¿Estaré actuando bien? Es una pregunta muy difícil de responder para mí, ahora que me estoy apartando de aquello que he aprendido a aceptar como bueno desde siempre. Ya no puedo pedirle a nadie que me aconseje si mi comportamiento es correcto o no; no puedo guiarme por lo que aprendí. Bueno...Es mejor que dé un paso a la vez...El primero ya está dado, y sólo me queda esperar a ver qué pasa. Ya tendré tiempo para pensar en otras cosas, cuando esté solo. Mientras mis encargos lleguen a tiempo, todo estará bien.

Ahí está Irene. ¡Qué cara trae! ¿Qué le pasará ahora?

-¡Apareciste!

-¿Qué tal?

-¿Cómo querés que me vaya? Me paso la vida recibiendo cajas con herramientas, y no tengo un miserable vestido para ponerme.

Deben ser las últimas cajas que estaba esperando. Pero Irene no tiene que darse cuenta de cuán importantes son para mí. Debo disimular mi ansiedad lo más que pueda.

-A propósito...Me dijo Méndez que los otros días compraste dos vestidos y un sombrero.

-Si, pero eso fue hace más de un mes. ¿Acaso querés que ande desnuda?

-Sabés que las cosas no están bien. No deberíamos gastar más dinero hasta que venda la cosecha.

-¡Sos un conservador recalcitrante! Nunca tuviste problemas para vender tus condenadas papas. La cooperativa se encarga de todo. Pero yo sé que me decís esas cosas a propósito, no porque te falte plata sino para humillarme y hacerme sufrir. ¿Por qué me tratás así? ¿Por qué siempre me haces sentir que tus papas son más importantes que yo?

Ya no puedo disimular más. Es bueno saber que sus intentos por hacerme sentir culpable ya no me afectan como antes. Necesito ver si me enviaron todo lo que pedí.

-¿Dónde pusiste las cajas?

-¿No ves? Eso es lo único que te interesa. ¡Tus máquinas! ¡Tus herramientas!...Estoy harta de que te preocupes todo el tiempo por esos malditos fierros y no cumplas con tus obligaciones hacia mí. ¿Cuándo fue la última vez que fuimos al pueblo a divertirnos?

-¿Dónde pusiste las cajas?

-¡No es justo! Alguien debería obligarte a ser más comunicativo. Me tratás como si fuese un ser inferior; inferior inclusive a las papas y los fierros. ¡Sos insensible e inhumano!

-¿Las guardaste en el granero?

-¡Por supuesto! ¿Querías que las ponga en nuestro dormitorio acaso? Estoy segura de que preferirías dormir con todas esas máquinas en vez de conmigo.

-Ahora vuelvo.

¿Será lo que espero? Si es eso, llegó justo a tiempo. Todavía no sé si alegrarme o preocuparme por lo que estoy a punto de hacer; pero me parece que no tengo ninguna alternativa razonable. Si lo hago no es por culpa mía, sino de personas como este miserable parásito.

-¡Rosendo! ¿Qué hace ahí?

-Eh...ah...si...señor Robinson...¿Ya volvió?...Tomaba un pequeño descanso.

-¿Un pequeño descanso? ¿Comenzó con la cosecha? ¿Dónde están las papas?

-¡Eh!...Con este calor no se puede trabajar. Estoy esperando que baje un poco el sol.

-¿Que baje el sol? ¡Es mediodía!...¿Piensa dormir toda la tarde?

-Tenga un poco de consideración, señor Robinson. No puedo trabajar con tanto calor.

-Entonces váyase a su casa. No me sirve para nada tirado bajo un árbol.

-Usted no me puede despedir. Recuerde el convenio con la cooperativa. Dice claramente que nuestro contrato dura toda la cosecha y que debe pagarme un jornal completo, aunque no trabaje por causas ajenas a mí.

-El contrato también dice que usted debe recoger papas.

-Yo lo voy a hacer...pero a un ritmo razonable. Nadie puede recoger papas con este calor.

-¡Yo sí puedo!

Ojalá que las cajas traigan lo que espero. Ya no me interesa si el método es adecuado o no. Necesito terminar de una vez por todas con esto. Después de todo, siempre me dejé llevar por lo que ellos me dijeron...¿Y cómo me fue? Si al fin de cuentas todos nos podemos equivocar, quiero que a partir de hoy tenga que pagar exclusivamente por mis propios errores.

¡Eso es! No debo sentirme mal. Ellos mismos me arrastraron con sus planteos y actitudes a hacer algo que, de otro modo, no hubiese intentado jamás. Lo que pase de hoy en adelante no será mi culpa, sino de ellos. ¡Qué cosa curiosa es esto de la culpa! Lo peor es que yo, que nunca le hice mal a nadie, no dejo de sentirme culpable por todo; mientras que los que siempre se aprovecharon de mí parecen tener sus conciencias bien limpias. Espero que me quede algo de tiempo para meditar en ello, después de que haga lo que he decidido hacer.

## 4

-¡Este Robinson se volvió loco!

La oficina de la Gaceta de Arroyo Dorado estaba ubicada sobre la calle principal. Era un pequeño local con puertas y ventanas de vidrio transparente, a través de las cuales el señor Rico solía saludar a los transeúntes que circulaban por la vereda más transitada del pueblo.

Pero esa mañana la gente no circulaba por allí, sino que se había estacionado frente a la entrada. Se acababan de juntar ocho personas delante de las ventanas, lo que equivalía a una multitud, en una región y una época del año en la que prácticamente nadie se decidía a salir de su casa una hora después del mediodía. Sobre todo en aquel verano especialmente caluroso, que le agregaba una excusa a la usual apatía de sus habitantes.

Al igual que en cientos de pueblos similares, la calle principal de Arroyo Dorado corría sobre la ruta nacional, y toda la actividad política y económica de la región se concentraba en cinco cuadras, transitadas diariamente por miles de automovilistas que apenas disminuían la velocidad, haciendo caso a medias a los carteles que exigían precaución, y por unos cuantos campesinos que buscaban en ellas provisiones y chimentos.

El corazón del pueblo era la plaza, que enfrentaba a la Intendencia con la iglesia, a un costado de la ruta. Ambos edificios albergaban a los poderes que regían al pueblo y se disputaban la supremacía sobre los vecinos, uno controlando sus bolsillos y el otro sus conciencias. Por eso, la florida y frondosa hectárea que separaba a los dos edificios señalaba el epicentro del poder. Los principales comercios ocupaban las otras dos cuadras que rodeaban a la plaza, y en ese cuadrado se desarrollaba el mayor movimiento comercial de la región.

A cien metros, también sobre la ruta, la tercera fuente de poder estaba alojada en un moderno e imponente edificio de mármol, que

apenas superaba los dos años de antigüedad, y que se ofrecía como un símbolo del crecimiento económico que en tan poco tiempo se había desarrollado de sus muros hacia adentro: la Cooperativa de Comercio de Arroyo Dorado.

La Cooperativa había nacido unos años antes, cuando varios productores de hortalizas y legumbres decidieron unir sus esfuerzos para negociar mejores precios por sus productos. El éxito de sus gestiones estimuló a otros agricultores que se asociaron a ella, hasta que poco a poco, la espontánea cooperativa privada se convirtió en la mayor fuente de negocios de la zona.

Pero una vez que su poder económico alcanzó un cierto nivel, sus directivos comprendieron dónde estaba el verdadero negocio, y tras sobornar a algunos legisladores provinciales, lograron que se dictase una ley que convirtió a la cooperativa originariamente privada, en una institución pública y monopólica. La ley reglamentó su constitución y sus funciones, y le otorgó una serie de privilegios que le permitieron desplazar, sin necesidad de competir, a los pocos negociantes individuales que aún intentaban vender por cuenta propia sus productos. A partir de entonces, la Cooperativa se encargó de casi todas las ventas de verduras y hortalizas de la región, quedándose con un veinte por ciento de cada transacción.

Teóricamente, la asociación a la Cooperativa era voluntaria, y cualquier campesino tenía la libertad de vender sus productos por su cuenta. Pero un misterioso código de lealtades y alianzas, unido a los privilegios legales de los que gozaba la Cooperativa como “institución de fomento sin fines de lucro”, hacían que prácticamente ningún intermediario estuviese dispuesto a comprar productos a un granjero no asociado a ella. Era una verdad establecida en la región que sólo se podía tener tratos con la Cooperativa, y en aquellas zonas rurales, las verdades establecidas por convenciones sociales de ese tipo eran aceptadas con mayor devoción aún que las verdades metafísicas.

-No entiendo qué quiso decir con ésto -intervino afligido el barbero. Su oficio lo convertía en uno de los hombres con mayor in-

formación en el pueblo, y por eso, el hecho de que ninguno de sus clientes le hubiese podido preanunciar la repentina decisión de Robinson, lo perturbaba a él más que a nadie.

-Es incomprensible que un hombre como Robinson, que nunca tuvo problemas serios con ningún vecino, de repente salga con un disparate como éste. No tiene sentido.

-Rico, usted que recibió el texto, cuéntenos qué le dijo.

-¡A mí no me dijo nada! Me trajo la copia ayer por la mañana, me la dejó y se fue...¡Es más!...Me pagó al contado por publicar el aviso en la tercera página...Se lo veía muy normal y tranquilo. No sé que le pasará.

-¡Es inaudito! ¿Qué busca con esto?

-Lo único que me dijo es que es una declaración.

-¿Declaración de qué?

-Mencionó algo así como que es una declaración de independencia...¿Quién sabe? ¡Se habrá vuelto loco! Siempre me pareció un tipo muy raro. No habla con nadie ni se ha integrado a la comunidad...Ustedes lo conocen tan bien como yo...¿no?

-¿Declaración de independencia? -explotó el profesor de Educación Democrática del colegio del pueblo- ¡Eso es inaudito! Más bien suena como algún panfleto burgués del siglo XVIII. ¿Qué declaración de independencia conocen ustedes que haya sido pronunciada por una sola persona? ¡Es una declaración de soberbia y petulancia!

Una vez que el dueño del periódico se animó a emitir el primer juicio de valor -aún cuando se cuidó de que no sonara terminante-, los demás se sintieron libres para expresar sus opiniones, desembarazados de las trabas impuestas por la estricta etiqueta social imperante en un pueblo tan pequeño.

Propio de los pueblos chicos es esa costumbre de contemporizar, de no desentonar, porque quienes desentonan se marginan, señalan diferencias, y en los pueblos chicos, a la gente de mentalidad conservadora no le gusta que haya diferentes. Por eso, las críticas y los

elogios se manejaban en Arroyo Dorado por medio de un código consuetudinario, preciso y riguroso, que impedía tomar la iniciativa.

Poco a poco se iban deslizando veladas sugerencias, que eran recibidas y avaladas por otros, al principio tibiamente, hasta que se generaba el consenso que permitía formar una opinión. Eso sí, una vez que la decisión popular se había pronunciado, sus manifestaciones individuales caían como una incontenible catarata de sentencias...y a partir de entonces, nadie se animaba a insinuar una opinión contraria.

-¡Es un ególatra engreído! Jamás lo escuché admitir que necesitara la ayuda de alguien, o que cometió un error. Siempre se creyó superior a los demás.

-Es cierto...y no lo digo ahora. Yo siempre sostuve que para mí, Robinson es un orgulloso y un creído. Todo el tiempo está refregándole a la gente sus buenas cosechas y la calidad de sus papas.

-¡Sí! Como si él tuviera algo que ver con un logro que es exclusivo de la naturaleza.

-A propósito de eso, el hijo de don Gervasio, que estudia agronomía en la ciudad, nos explicó los otros días que él cree que las tierras de Robinson deben tener...¿Cómo se llamaba?...no recuerdo qué clase de mineral que las hace más fértiles. Eso explicaría por qué sus papas son más grandes y de mejor sabor que las del resto.

-¡Claro! Debe tener razón. De otro modo no se entiende cómo puede producir tantas papas de esa calidad. Tiene que ser porque su tierra es más fértil. Después de todo, las plantas crecen solas, y no hay razón para que unas salgan mejores que otras.

-Pero entonces, si su tierra es más fértil, deberían cobrarle un impuesto adicional. No está trabajando en igualdad de condiciones con todos nosotros. ¡Es una competencia desleal!

Por la misma vereda del local se acercaba caminando el comisario, mientras que los vecinos, sin advertir su presencia, continuaban expresando la evaluación moral colectiva sobre la personalidad de Robinson. El comisario avanzaba con un paso largo, rápido y sostenido, que bajo el fulminante sol del mediodía era en sí mismo una exte-



rriorización de su enojo. Llevaba puesto su uniforme completo, algo desusado en él, y hasta su placa lucía más lustrada que de costumbre. Al llegar a la puerta encaró sin rodeos al dueño del periódico, interrumpiendo la conversación con un grito imperativo:

-¡Rico! ¿Está loco? ¿Qué es esa mierda que publicó en el diario de hoy?

El director se sobresaltó. Hacía mucho tiempo que no se lo veía al comisario tan enojado. Exactamente desde aquel verano en que un grupo de adolescentes de la ciudad acamparon en las afueras del pueblo y pintaron obscenidades en las paredes de la comisaría.

-Es una declaración de Robinson, el productor de papas -le respondió en un tono de voz que sonó como un pedido de perdón-. Me la dio y me pagó al contado por la página completa; yo sólo la publiqué donde él me indicó...Para eso tengo un diario, ¿no?...Para publicar los avisos de la gente.

-Pero...¿no la leyó antes?

-Si, por supuesto que la leí.

-¿No vio que tiene un contenido subversivo?

-¿Subversivo?

-¡Claro que sí! Es una apología criminal. Por su culpa se ha creado toda esta conmoción en el pueblo. ¿Se da cuenta de las consecuencias de su acción? Todavía no terminé de evaluar completamente los hechos, pero tal vez deba incluirlo a usted como imputado en el sumario que empecé contra Robinson. Usted es tan responsable como él por lo que pase con la gente como consecuencia de esa declaración.

-¡Pero...si no pasa nada!

-¡No sé, no sé! No es bueno que se publiquen esa clase de cosas en el diario...En fin...Después hablaremos. Me voy a la comisaría a ver si hay novedades. Ustedes me están haciendo trabajar demasiado. Espero que todo esto no me ocasione problemas con la Gobernación. ¡Justo ahora que se están discutiendo los ascensos! ¡Espero que me manden bien lejos de este pueblo!

Cuando el comisario se alejó lo suficiente, los vecinos continuaron leyendo y releendo con cierta intranquilidad y mucha confusión la declaración impresa en el ejemplar de aquella mañana, cuya venta le produjo al dueño del periódico las mayores ganancias del año.

Las calles de Arroyo Dorado, habitualmente limpias, quedaron cubiertas por retazos de la “Gaceta”, que muchos compraron tan sólo para leer la tercera página y tiraron inmediatamente después, cuando el temor a lo altisonante les impidió conservar la urbanidad. Un ejemplar de esa página voló hasta estamparse contra un poste de luz sobre la ruta, quedando allí fijado, como si fuese un bando o una publicidad pegada para que todos la leyeran.

Esta tercera página decía:

*“Cuando en el curso de los acontecimientos humanos, se hace necesario, para un hombre, disolver los vínculos que lo han ligado con otros y asumir una posición separada e igual, el respeto debido a las opiniones de la humanidad le ordena que declare las causas que le impelen a la separación.*

*“Considero de manifiesta evidencia esta verdad: que cada hombre posee ciertos derechos inalienables, entre los que están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.*

*“Para asegurar estos derechos, se han instituido los gobiernos entre los hombres, derivando sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados.*

*“Que, siempre que una forma de gobierno se hace destructora de esos fines, es el derecho de cada hombre alterarla o abolirla, e instituir un nuevo gobierno, basado en aquellos principios, y organizando sus poderes en la forma que le parezca más probable para lograr su seguridad y su felicidad.*

*“La prudencia sin duda aconseja no oponerse a los gobiernos establecidos de tiempo atrás, por causas ligeras y transitorias; así es que, toda la experiencia ha demostrado que los hombres están más dispuestos a sufrir, mientras los males sean tolerables, que a hacer*

*justicia por sí mismos aboliendo las formas de gobierno a las que están acostumbrados.*

*“Pero cuando una larga serie de abusos y de usurpaciones, persiguiendo invariablemente los mismos objetos, muestra el designio de someterme a un despotismo absoluto, es mi derecho apartarme de ese gobierno y proveerme de nuevos medios para mi futura seguridad.*

*“Tal ha sido mi paciente sufrimiento; y tal es ahora la necesidad que me obliga a separarme del gobierno anterior.*

*“La historia del gobierno de estas tierras es una historia de repetidas injusticias y usurpaciones, teniendo todas ellas por objeto directo el establecimiento de una tiranía absoluta sobre mí.*

*“Y para probarlo, someto estos hechos al juicio del mundo:*

*“A los quince años comencé a ganarme la vida trabajando en el campo. Me esforcé para ser más productivo que el resto de los peones. Sin embargo, siempre fui tratado igual que el peor de ellos. Mi mayor esfuerzo sólo sirvió para elevar el nivel medio del conjunto, y por lo tanto, para que los demás ganasen un salario que no merecían, mientras que yo debí aceptar uno inferior al de mi productividad. Ello ocurrió porque las leyes dictadas por el gobierno, obligaban a los patronos a pagar los mismos salarios a todos los trabajadores, invocando como justificación el principio de igualdad.*

*“Cuando finalmente tuve la oportunidad de adquirir mi propiedad, pensé que se acabaría la injusticia, pues al explotar mi propia tierra sería el único responsable por mi bienestar. Pero a partir del momento en que me convertí en productor, el gobierno comenzó a cobrarme cada vez más impuestos para darle una parte de mi dinero a mis competidores menos productivos. No tuve más remedio de contratar con una cooperativa que mantiene el monopolio de las ventas, y aceptar por mis productos el precio que en un mercado abierto se ofrecería por bienes de calidad inferior a la que yo produzco, porque los subsidios a la mediocridad redujeron el precio según el estándar de la peor calidad. Los impuestos han sido el medio por el cual el go-*

*bierno me equiparó, durante toda mi vida, al más vago e improductivo de mis semejantes.*

*“Una vez que mi esfuerzo me permitió aumentar la productividad, a pesar de la interferencia del gobierno, necesité contratar empleados para las tareas manuales de la recolección de papas. Pero en lugar de acuerdos celebrados por consenso y tras una libre discusión, tuve que aceptar las directivas impuestas por un sindicato al que el gobierno le ha dado el poder de controlar los contratos laborales. Entonces cerró el círculo y comprendí que no es verdad que las leyes laborales protegen a los trabajadores y perjudican a los empresarios: las leyes laborales protegen a los ineptos y perjudican a los productivos, sean empleados o patrones.*

*“Hace diez años que me casé. Pensé celebrar un acuerdo voluntario con la mujer a la que amaba, basado en el mutuo reconocimiento de nuestros valores. Pero inmediatamente aprendí que detrás de ese acto aparentemente consensual se escondía una desnuda imposición legal. Al principio acepté la ley, pues al margen de lo que ella ordenaba, nos considerábamos unidos por un amor mutuamente profesado -o al menos eso era lo que yo pensaba-. Pero cuando el amor se acabó, o yo finalmente comprendí que me había equivocado, desapareció aquel acuerdo y se hizo presente la ley. A partir de entonces, he parecido todo tipo de injusticias de parte de una mujer a la que la ley le da derechos sobre mi vida, mi libertad y mi propiedad.*

*“Durante todos estos años se invocaron principios morales para tratar de convencerme de que es mi obligación servir a los demás, que es un deber el sacrificio y un pecado aspirar a una vida independiente. Es curioso pensar que estos principios sólo se aplican a mí, pero no a todos los que durante años se sirvieron de mis éxitos, para subsistir sin producir.*

*“Hoy he decidido hacer esta declaración pública, para poner en conocimiento de mis vecinos que no estoy dispuesto a aceptar más deberes morales, y que a partir de hoy consideraré un acto de agre-*

*sión hacia mi persona cualquier pretensión de que debo servir a otros, del cual me defenderé por los medios que sean necesarios.*

*“A partir de hoy declaro que las leyes, los impuestos, el gobierno y las convenciones sociales en general, son perjudiciales a mis intereses, y por lo tanto, ya no los reconozco ni respeto...Y al sostenimiento de esta declaración empeño mi vida, mi fortuna y mi sagrado honor”.*

**ROBINSON**



## 5

Minas de presión, electricidad, explosivos, escopetas, balas y cartuchos. Es horrible el solo pensar que necesito de todo esto para buscar la paz; parece un contrasentido que deba luchar por mi tranquilidad usando explosivos. Pero las cosas se dieron así, yo no las busqué. Todas estas armas me permitirán estar seguro y alejado de quienes quieren agredirme, mientras pienso cómo rehacer mi vida. Esto es lo que estuve planeando durante meses, no puedo echarme atrás ahora.

Con mi ganado y mis papas podré mantenerme hasta que descubra qué le pasa a la gente de esta región, y cómo puedo tratar con ellos sin perjudicarme. Especialmente, necesito saber si es correcto o no que me atribuyan deberes para servir a los demás. ¿Tengo deberes? Pero si existen los deberes...¿Sólo yo los tengo? ¿Por qué quienes me acusan de no cumplir con mis deberes sociales, parecen no tenerlos ellos del mismo modo que yo? ¿Cuáles son los deberes de Irene? Nunca la vi hacer nada útil en favor de otro, ni siquiera en favor de ella misma. Por el contrario, vivió exigiéndole cosas a los demás y yo tuve que pagar por todos sus caprichos.

Ahí viene ella. ¿Podrá comprender lo que le voy a decir? Seguramente no. Nunca entendió nada de lo que le dije. ¡Y pensar que durante tantos años yo intenté convencerme a mí mismo de que sí lo hacía! Pero...ya lo tengo decidido. Diez años de tolerancia fueron suficientes para aprender que debo aceptar la realidad tal como es, que es inútil tratar de evadirla.

-¡Ya me imaginaba que te iba a encontrar acá! Desde ayer que estás embobado con las nuevas porquerías que compraste, y casi no has salido de ese galpón. ¡Debería examinarte un psiquiatra!

-¿Sabés qué es ésto?

-No...Parece masilla.

-Es explosivo plástico.

-¿Explosivo? ¿Para qué querés explosivo?

-Es para comprar mi libertad.

-No te entiendo.

-Supongo que no...Pero haré un esfuerzo para ser claro y breve...¡Escuchá bien! Tenés una hora para sacar tus cosas de mi casa...Nuestro matrimonio ha terminado.

-¿Qué decís? ¿Te volviste loco?...No hagas bromas estúpidas.

-No es una broma, Irene. Ya no voy a seguir manteniéndote.

¡Ahí empieza! Seguro que hará una escena de histeria, como era de esperar. Bueno...alguna vez tenía que dar este paso y bancarme las consecuencias.

-¡Rosendo! ¡Venga enseguida, que mi marido se ha vuelto loco!

¡No hay caso! Diez años deberían haber sido suficientes para aprender que la irracionalidad no se cura con el tiempo. Al contrario, parece que cuando alguien es incapaz de razonar, sus reacciones histéricas tienden a acentuarse con los años.

-¿Qué pasa, señora Robinson?

-¡No sé!...Es mi marido. Pregúntele usted qué le pasa; parece que está demente. Compró explosivos y me está amenazando.

-No te estoy amenazando, simplemente te estoy echando de mi casa...Y usted también, está despedido. ¡Váyanse los dos de mis tierras y no vuelvan!

-Pero...señor Robinson, no se olvide que tenemos un contrato.

-Usted no lo cumplió. Se pasó los días vagando sin trabajar...Váyase ahora mismo, si no quiere sufrir las consecuencias. No compré estas armas y explosivos por chiste. Estoy dispuesto a usarlos para garantizar mi libertad e independencia.

-Señora Robinson, es mejor que le hagamos caso. Parece que su marido está un poco enfermo.

-Pero...Rosendo ¡Haga algo! No nos podemos quedar lo más tranquilos, escuchando cómo este hombre me obliga a abandonar mi propia casa.



-¡Esta no es tu casa! Ni un solo ladrillo se puso con el producto de tu esfuerzo.

-¿Lo escuchó, Rosendo? ¡Miserable! Estamos legalmente casados y vos debés cumplir con tus obligaciones. No podés abandonarme así, tengo derecho de permanecer en el hogar conyugal. Vos tenés el deber de mantenerme. La mitad de todo esto es mío.

-¿Con qué derecho pretendés la mitad de algo que no te pertenece?

-¿Cómo que no me pertenece? ¡Me lo da la ley!

-No te hablo de leyes, te hablo de derecho..de justicia.

-¡Es la ley!

-Ya no voy a hacer más nada que no haya acordado voluntariamente. ¡Tu ley ya no es mi ley!

-Señora...el señor Robinson se está poniendo muy nervioso...Creo que lo mejor es que lo dejemos solo para que se calme. Mañana, cuando esté más tranquilo, podremos volver con el comisario y aclarar esta situación.

-¿Le parece, Rosendo?...Bueno, está bien...¡Vámonos!...Pero vos, desgraciado, ni pienses que esto va a quedar así. Te mandaré a mi abogado, y espero que te saque hasta el último centavo de tu mugrosa fortuna. Siempre fuiste un avaro y un egoísta. Esa debe ser la causa de este ataque de locura que te vino de repente.

-¡Váyanse los dos de una vez!

Ahora sí, por fin me dejaron solo y puedo comenzar a organizarme. ¿Qué tengo? Tengo un toro, cuatro vacas, una plantación de papas listas para ser cosechadas y varias hectáreas de tierra fértil. Eso me basta para mantenerme hasta que encuentre con quién hacer negocios sin que intente robarme. Sólo debo preocuparme por conservar mi paz. Tengo mucho trabajo por delante, necesito establecer mis defensas para garantizar mi aislamiento de los agresores. Es hora de usar las armas y explosivos que compré.

¡Qué raro se siente estar solo! Es una sensación especial, indescriptible. Es como si de repente pesara veinte kilos menos, como si flotara en el aire, sin cargas, liviano, haciendo todo más fácilmente, más rápido, con mucho menos esfuerzo. Ahora que lo pienso, es la primera vez en mi vida que estoy completamente solo, sin nadie detrás diciéndome qué debo hacer, espiándome, controlándome, criticando mis decisiones, o imputándome que está mal todo lo que hago.

Tardé diez años para entender a mi mujer. No...Me parece que en realidad la entendí desde el primer día, pero no quise aceptar lo que entendía. Recuerdo que al principio se acercó a mí asegurando estar fascinada por mis ideas y mi trabajo. Decía sentirse impresionada al observar cómo creaba riqueza con la explotación de mi campo. Me acuerdo de su vivo entusiasmo la primera vez que la traje para que viera la cosecha de papas. Hasta se arrodilló entre las plantas para desenterrar los tubérculos, mientras juraba que en medio de la naturaleza se sentía feliz.

A partir del día en que nos casamos, mi trabajo comenzó a aburrirla, y se puso cada vez más fastidiosa y caprichosa. Empezó a darle importancia a todo menos al cultivo de la tierra. Pronto despreció a las papas y a lo que ellas significan para mí. Recuerdo como si fuera hoy el día que me dijo que mi mundo era demasiado estrecho para ella. Se paró allí, frente al monte de eucaliptos, y con ese tono melodramático que usa cuando quiere lastimarme, me dijo que yo no era lo suficientemente culto como para comprender la amplitud de sus aspiraciones espirituales. A propósito, se dedicó a leer libros que tratan sobre mil temas que para mí son intrascendentes, pero que para ella, de la noche a la mañana, se volvieron esenciales. Y no lo hizo demostrando un interés claro y concreto por aquellas cuestiones de las que a partir de entonces se consideró experta, pues creo que a duras penas entendió algo de lo que leyó. Su único interés era satisfacer su necesidad de establecer diferencias, de demostrar una superioridad intelectual que, ni necesitaba demostrar, ni pudo hacerlo por ese medio. Lo único que puso en evidencia fue su superficialidad, su inepti-

tud para concentrarse en algún tema específico. También mostró los problemas psicológicos que su irracionalidad le producían.

Mientras tanto, todos a mi alrededor trataron de destruir mi personalidad e independencia. No fue un golpe dado por una persona, en un momento, en un día y hora determinados, por medio de algún curso específico de acción. Han sido ataques pequeños, rápidos y constantes, que a lo largo de mi vida ensayaron casi todos los que me rodeaban. Les faltó muy poco para alcanzar su objetivo.

Pero esta reacción que secretamente desarrollé a modo de escudo, me permitió sobrellevar indemne su menosprecio y tantos intentos por disminuirme y hacerme creer que cuanto pienso y hago está mal.

La confianza en mí mismo -la que no obstante haber aprendido de ellos que no debía tener, conservé con una tenacidad que no puedo explicar- no les permitió vencer mi independencia y lo que hasta hoy fue mi silenciosa resistencia a los principios establecidos. No sé si es bueno o malo que haga pública mi resistencia por este medio. Tal vez pueda meditar en ello mientras esté encerrado. Pero por primera vez en mi vida hago lo que yo mismo he decidido, sin guiarme por lo que los demás esperan, o por lo que ellos piensan que es bueno para mí; y realmente me siento muy bien comportándome así.

Me han enseñado que es egoísta perseguir el propio deseo y sostener las propias convicciones. Por el contrario, pretendieron que debo sacrificarme por los deseos y las convicciones ajenas. Me enseñaron que el bien es siempre el bien de los demás. Eso significa tanto como decir que es malo buscar la felicidad propia, pero bueno servir a la felicidad ajena; o que es malo saciar el propio hambre, pero bueno que otros acepten nuestra comida para saciar el suyo...Ahora que lo pienso así....¿No es contradictorio en sí mismo?

Aun a regañadientes, siempre les hice caso o, por lo menos, jamás discutí sus premisas. Pero a partir de hoy tendré tiempo para examinarlas, para replantear mi vida, para ver si, a pesar de mis secre-

tas vacilaciones, era correcto actuar como me enseñaron, o si por el contrario es ahora cuando todo empieza a marchar bien.

Desde hoy estaré completamente solo. Deberé tomar mis propias decisiones y hacerme cargo de ellas. Por primera vez no habrá nadie detrás mío diciéndome cuál es la conducta que habré de considerar moral, y cuál deberé tener por inmoral. ¿Necesitaré de la moral estando solo? Detesto la moral que me impusieron; prefiero no tener ninguna a seguir esa. ¿Se podrá vivir sin moral? ¿Existirá alguna otra además de la que me inculcaron desde niño? ¿Tendré alguna moral alternativa para regir mi vida por principios diferentes? ¿Qué pasa si yo elijo mis propios principios? ¿Habrá otros principios además de los que siempre tuve por tales?

¿Por qué en los últimos meses me habrá agarrado esta obsesión por hacerme preguntas y querer encontrar mis propias respuestas? Antes vivía más tranquilo, porque no necesitaba pensar. Los demás me decían qué hacer. A veces no lo hacía...pero eso es porque siempre fui muy rebelde. ¿Rebelde contra quién?...Ahí estoy de nuevo buscando respuestas a nuevas preguntas. Eso me demuestra lo rebelde que soy.

Me voy a volver loco si no aclaro pronto lo que me está pasando. Hace meses que no hago más que sobrellevar los minutos, las horas, los días, pensando y repensando en las cosas. ¿Qué me pasa? Antes no pensaba tanto y vivía feliz...¿Era feliz? ¡Otra vez! No puedo dejar de cuestionarme todo.

Todavía estoy muy confundido, pero en el fondo, algo me dice que estoy haciendo lo correcto. Nunca antes había disfrutado una sensación como ésta: me siento libre de todo lo que me rodea; igual que mis árboles, cuando les quito los gusanos que les chupan la sabia.

## 6

-¿Vio aquel cartel?

Cuando el comisario hizo esa pregunta, delató su falta de profesionalismo. Su voz sonó temerosa y suplicante, como si aquel pedazo de cartón manuscrito con un grueso marcador negro y clavado a un árbol, tuviese más poder que la ley, su revólver, su placa, y una larguísima tradición cultural destinada a hacerle creer a la gente que él era el hombre más poderoso del pueblo.

El abogado que estaba a su lado, lo miró con ojos que expresaban una comprensible preocupación. Había ido hasta allí para asegurarse de que el comisario obligara al señor Robinson a cumplir sus deberes legales con su esposa. Sabía muy bien que el éxito de su gestión dependía, en buena medida, de lo que hiciera el brazo ejecutor de la ley, y por eso lo preocupaba su repentina vacilación.

En realidad, la pregunta del comisario había sido innecesaria, pues solamente un ciego no hubiese visto las señales que Robinson diseminó en todo el perímetro de su campo: grandes carteles escritos con marcador negro sobre cartones de cajas o maderas, colgados a aproximadamente quince metros unos de otros, que alertaban sobre la electrificación de los alambrados, la colocación de explosivos en las tranqueras y de minas de presión. También se podían ver los cables conectados a los alambres y los explosivos sobresaliendo de las tranqueras, como una especie de innecesaria advertencia adicional.

El campo de Robinson era básicamente un valle entre dos colinas. Tenía setenta hectáreas, cinco de las cuales estaban ocupadas por la casa, galpones, graneros, depósitos, el corral y un parque al que cuidaba con esmero. El resto estaba dividido en cinco parcelas, dedicadas casi con exclusividad al cultivo de papas, excepto una, en la que alternaba distintos cultivos, de acuerdo con lo que parecía más rentable cada temporada. Aquel año se había decidido por las cebollas.

La casa era de ladrillos pintados de blanco, en dos plantas y con techo de tejas negras a dos aguas, del que sobresalía una gran chimenea revestida en piedra.

El campo era rectangular y lindaba, por los dos flancos más cortos, con montes deshabitados e incultivados; por uno de los lados más largos con el campo de su único vecino conocido, y por el lado opuesto, con el camino de tierra que conducía a la ruta. Robinson había intentado varias veces ubicar a los dueños de los dos montes adyacentes, con la intención de comprárselos. Pensaba que era posible formar terrazas en las laderas y cultivar papas siguiendo un método similar al que habían usado los incas en la cordillera de los Andes varios siglos antes. Pero los propietarios de esas tierras no eran conocidos en el pueblo, y jamás pudo entrar en contacto con ellos.

Un pequeño arroyo, proveniente de las montañas que se elevaban a doscientos kilómetros al oeste, cruzaba su campo y penetraba luego en la propiedad vecina. Ambos propietarios habían construido pequeños canales de riego que les permitían aprovechar el agua para sus cultivos de un modo razonable. Por eso, las esporádicas sequías nunca habían sido un problema para ellos.

Desde la tranquera, el comisario veía los cuadros cultivados, perfectamente delimitados y separados por senderos marcados con piedras blancas. También podía ver el granero, los depósitos y el resto de las instalaciones que, pese a su ocasional quietud, ofrecían el aspecto de una incesante productividad.

-¡Sí, ya lo vi! -fue la respuesta fastidiosa del abogado-. Pero son sólo carteles y nada más. Usted es el comisario de Arroyo Dorado, y le exijo que cumpla de una vez con su obligación. Mi cliente quiere regresar a su hogar lo antes posible, para lo cual necesita que usted desaloje a ese hombre de la finca.

-Pero ¿no vio los carteles? -insistió el comisario, señalando el pedazo de cartón clavado en un árbol, con una expresión de ahogo, como si estuviese frente a la prueba tangible e incontrovertible de la existencia de un ser sobrenatural-. Allí dice que se prohíbe la entrada

de extraños, que los alambrados están electrificados, el campo minado...

-¡Yo sé leer!...¿Va a creer en los carteles escritos por un maniático? ¡Usted es el comisario! ¡Ningún cartel intimidatorio puede superar su autoridad! ¿Qué le pasa? ¿Le tiene miedo a ese campesino bruto?

El abogado intentó estimular por ese medio la autoestima del comisario, para que éste venciera el miedo que le producía leer las advertencias colocadas por Robinson. Pero ni la primera logró crecer lo suficiente, ni el segundo podía ser disminuido con tanta facilidad. Por el contrario, el jefe de la policía local se sentía más impresionado a medida que iba descubriendo los distintos mensajes colocados en el perímetro de la propiedad. Cierta condicionamiento cultural parecía indicarle que no era conveniente dudar de las palabras escritas en carteles.

Al terminar su observación preliminar descubrió, distribuidos en el perímetro del campo, casi doscientos grandes carteles escritos con marcador negro sobre cartones y maderas, que contenían advertencias cortas, claras, precisas y directas.

-Justamente, porque es un maniático, me preocupa que haya hecho lo que anuncian los carteles. Será mejor que nos aseguremos de algún modo antes de entrar.

A diferencia de lo que pretendió el abogado, la manera en que el comisario decidió fortalecer su autoridad, fue escudándose en un cauteloso recelo profesional.

En ese momento llegó un hombre caminando por el sendero que venía desde la calle de tierra que conducía al pueblo. Su traje azul se había aclarado con el polvo fino y reseco del camino, y ya no era posible adivinar el color de sus zapatos, bajo la capa de tierra que los cubría totalmente. El hombre se detuvo a un costado del comisario, sacó su pañuelo y con él limpió sus anteojos y quitó de su calva cabeza el polvo húmedo por la transpiración.

-¿Qué pasa, comisario?

-¿Y usted quién es?-. El comisario respondió una pregunta con otra, con cierto fastidio. Un extraño era lo que menos quería ver esa mañana.

-Soy Carlos Macci, funcionario de la Secretaría de Impuestos de la Nación. Me enviaron para dejar una citación a Robinson, porque hemos descubierto en la oficina que es un evasor...

La forma en que habló el recién llegado, los convenció de que debía tener el empleo que invocaba. La señal más clara fue que mencionó la palabra "evasor" con un resentimiento evidente.

-...Debo notificar a Robinson sobre las acciones legales que la Secretaría iniciará en su contra si no paga los impuestos de inmediato. Pensé que para esta hora el evasor ya estaría detenido y que usted habría ocupado la chacra. ¿Por qué no entraron todavía?

El comisario miró al recién llegado con un menosprecio explícito, que en ningún momento intentó ocultar. No le gustaban los recaudadores de impuestos, aun cuando en esta ocasión, ese hombre había sido enviado para perseguir a un enemigo común, y por lo tanto, era de alguna manera un aliado suyo. Pero de todas formas, quiso dejar sentado desde el comienzo que no le gustaba ninguna de las personas que lo rodeaban y esperaban su respuesta.

-No me digan cómo hacer mi trabajo.

-¡Entonces hágalo!

-¡Hola!

Un nuevo integrante se unió al grupo, sobresaltando al comisario, pues se acercó a él sin hacer ruido desde sus espaldas, con el sigilo de un ratón de campo escabuyéndose entre una pila de leña.

-¿Quién es usted? -le preguntó a él también el comisario, haciendo ostentación de su autoridad formal.

-Soy Rosendo, el empleado del señor Robinson. El me contrató para trabajar en la recolección de papas, y me echó ayer de la chacra junto con su esposa, sin darme ninguna explicación razonable. Tengo un contrato colectivo para trabajar durante toda la cosecha. En el Sindicato me dijeron que Robinson debe permitirme entrar a trabajar, o



de lo contrario indemnizarme...Esa es la ley, ¿no? Por eso lo fui a buscar a la comisaría, y allí me dijeron que estaba acá. Usted tiene que proteger mi derecho a trabajar. ¡O lo obliga a que me deje entrar, o lo mete en la cárcel hasta que me pague todas las indemnizaciones que me corresponden por haber sido despedido sin motivo!

-¡Acá el amigo tiene razón! - Esa afirmación categórica coronó sus últimas palabras, como aquellas exclamaciones que alientan las discusiones políticas-. ¿Dijo que se llamaba Rosendo?

-Así es -respondió el peón un tanto sorprendido.

-Yo soy el doctor Merino, abogado de la señora Robinson. Usted está en todo su derecho de demandar a su patrón por lo que le hizo. ¿Tiene un abogado?

-No...todavía no.

-No se preocupe, mi amigo...Aquí tiene mi tarjeta. Cuando logremos sacar a Robinson de allí adentro y la señora esté nuevamente en posesión de la tierra, podemos prepararle una demanda contra él por todos los daños que le está provocando.

-Yo solamente quiero recuperar mi trabajo y que me pague mi sueldo.

-No...no. Usted tiene derecho a mucho más. Déjelo en mis manos. Va a ver que obtendrá una buena ganancia de todo este asunto.

-Pero...¿Es legal?

-¡Por supuesto que sí! La ley lo ampara.

-Si...Pero yo sólo quiero seguir como hasta ahora...

-¡No, no! La ley le garantiza más que eso.

-Está bien, doctor, si a usted le parece.

El comisario miró a los tres hombres que esperaban su respuesta. Se le ocurrió que lo mejor que se podía hacer con Robinson era dejarlo encerrado en su campo, donde no tenía posibilidad de causar más daño. Pensó que el egoísmo de aquel campesino testarudo sería finalmente la causa de su muerte, pues no sobreviviría mucho tiempo sin la ayuda de los demás. No terminaba de comprender por qué de repente todos se interesaban tanto en la detención de un hom-

bre que, dentro de su finca, resultaba inofensivo y estaba destinado a morir. Sin embargo, esos tres hombres no lo dejarían tranquilo hasta que detuviese al transgresor y lo enviase a la cárcel.

-Yo soy la autoridad en este pueblo, y tengo la responsabilidad y el entrenamiento necesarios para manejar la situación. No debemos ponernos histéricos...

-Ninguno de nosotros tres está histérico -lo interrumpió el abogado con severidad; y agregó pausadamente:-. Sólo estamos esperando que usted se decida a hacer su trabajo.

El comisario ignoró el comentario del abogado y miró a su alrededor, buscando algo con la vista entre los matorrales. Mientras lo hacía, pensó que no le gustaban los abogados, a quienes siempre había considerado unos bastardos que usaban las leyes para aprovecharse de los demás. Inmediatamente debió reconocer que, en realidad, Merino le parecía más detestable que Robinson.

Por un momento se cruzó por su mente la idea de que Robinson no le había hecho mal a nadie; que sólo se negaba a cumplir con sus obligaciones legales, pero que con ello no perjudicaba a ninguna persona en especial. El abogado, por el contrario, se aprovechaba de esas mismas leyes para sacarle dinero a Robinson y a su mujer, sin haber producido a cambio nada más que molestias. Tal vez allí se originaba su desprecio por los abogados, a los que veía como parásitos que siempre andaban buscando una excusa enquistada dentro de alguna ley, para enriquecerse a expensas de los problemas ajenos.

Al pensarlo mejor, se dio cuenta de que los tres hombres cuyas pretensiones debía garantizar en ese momento, le simpatizaban mucho menos que Robinson. Pero cuando comprendió cabalmente la entidad de sus pensamientos y hacia dónde lo llevaban, los abandonó de inmediato. No podía permitirse olvidar ni por un minuto que él era el representante de la ley, y como tal, no tenía el derecho de imaginar siquiera que una ley no fuese justa. La justicia o la injusticia no eran problemas de su competencia; sólo debía atenerse a las palabras de la

ley. Y las palabras de la ley le indicaban con claridad en ese caso que era su obligación detener a Robinson.

En la tranquera descubrió un nuevo cartel que señalaba la existencia de explosivos colocados en su base, y explicaba que explotarían si se intentaba entrar por la fuerza.

Finalmente encontró el objeto que buscaba con su vista. Tomó aquel trozo de hierro retorcido de unos ochenta centímetros de largo que recogió junto a la tranquera, y se acercó cautelosamente con él hasta el alambrado. Lo lanzó desde una distancia prudencial en dirección a los alambres, y al contacto de ambos metales le siguió un estallar de chispas y ruidos eléctricos.

En un mismo instante, los tres hombres que lo acompañaban pegaron un impulsivo salto hacia atrás, y cuando lograron recuperarse del asombro se quedaron mirándolo consternados. El comisario les devolvió la mirada mucho más sereno. Aquella comprobación restableció su superioridad profesional, y al mismo tiempo le dio una nueva excusa para posponer su ingreso a la chacra.

-¿Ven lo que les dije? -preguntó sonriente, levantando sus cejas y mirando fugazmente al abogado.

-Aunque más no sea, trate de comunicarse con él -le exigió Merino como toda respuesta.

En ese momento llegó hasta ellos el padre Andrés. Traía puesta su mejor sotana, y en su pecho lucía un gran crucifijo de bronce, colgado de una cadena de gruesos eslabones dorados y tachonado con piedras que imitaban rubíes.

-¿Aún está adentro el pecador? -le preguntó al comisario con el tono que emplearía un capataz hacia el más novato de sus peones.

-Si, padre Andrés.

-¡Bueno, haga algo! Tuve que interrumpir mi misión evangélica de hoy para venir hasta acá, bajo este calor insoportable. No puedo perder mucho tiempo. Vine solamente porque Irene es una de nuestras mejores fieles, y ha hecho importantes contribuciones a la Iglesia.

El sacerdote enderezó su cruz y se tomó con ambas manos la barriga, mientras resoplaba y se babeaba un poco. El comisario volvió a mirar hacia el interior del campo con fastidio. Todo parecía normal en la chacra. Las vacas pastaban tranquilamente, encerradas en un corral al costado del granero, y no se advertía ningún otro movimiento en aquel sector. Pero repentinamente notó una figura que, por inmóvil, no había merecido su atención hasta entonces, y descubrió a Robinson, sentado en el pórtico de la casa, con su escopeta de dos caños sobre la falda y la mirada fija en el horizonte. Le pareció una imagen atemorizante.

El levantisco chacarero estaba inmóvil, pero tan solo con ver su cuerpo acomodado en la mecedora sin perder la tensión, y la insinuación de sus dos robustas manos sosteniendo la escopeta, con un dedo en la cola del disparador, alcanzaba para amedrentar a cualquiera que tuviese la intención de penetrar en los dominios de aquel hombre que parecía comprender perfectamente lo que significaba ser dueño.

El comisario giró sobre sus talones, para transmitir alguna excusa a los cuatro hombres que esperaban detrás suyo; pero los ojos fulminantes del padre Andrés le impidieron ensayar ninguna. En silencio, volvió a darse vuelta en dirección a Robinson, que a ciento cincuenta metros de distancia no le prestaba ninguna atención. Toda la energía del rebelde campesino parecía estar enfocada en alguna abstracción que lo mantenía indiferente al grupo de personas que se juntaron en las puertas de su casa; puesta más allá del espacio, y también del tiempo, con la expresión de quien paladea el sabor dulce del orgullo.

El comisario maldijo para sus adentros a sus cuatro acompañantes, y se acercó un poco más a la tranquera.

## 7

-¡Robinson!

¿Qué?...¿Quién me llama? Parece que hay alguien en la tranquera...Si...Se acercaron varias personas a la entrada.

-¡Robinson, le habla el comisario! ¿Me escucha?

¿Qué hace el comisario aquí? ¿Todavía no aprendió a leer ese idiota?

-¡Váyanse! ¿No leyeron los carteles? Los alambrados están electrificados, el campo tiene minas de contacto, y todos los accesos a mi casa están llenos de explosivos. Si tratan de entrar, van a volar en pedazos.

-¡Eso es ilegal, Robinson! Está alterando la paz de toda la región y yo no se lo voy a permitir. ¡Quite inmediatamente esos explosivos y déjeme entrar!

-No puedo alterar la paz de nadie desde aquí adentro. Ni usted ni nadie puede entrar en mi propiedad sin mi permiso. Me he encerrado aquí solamente para defenderme. Eso no puede ser ilegal.

-¡Robinson! ¡Soy el doctor Merino, abogado de su esposa!...¿Puede escucharme? Le aconsejo que no entorpezca la tarea del comisario. Si no coopera con la justicia va a tener serios problemas. Le traigo una copia de la demanda que hoy presentamos con su esposa en el juzgado, por malos tratos, exclusión ilegítima del hogar conyugal e incumplimiento de sus deberes de asistencia familiar. Su situación es lo suficientemente delicada ya, como para que encima la agrave resistiéndose a la autoridad. ¡Entréguese de una vez! Le conviene salir de inmediato y buscar un buen abogado que lo asesore y lo defienda...Desgraciadamente yo ya soy letrado de su esposa...Tal vez no sería ético que también lo represente a usted...¿no? Pero de todos modos debe buscar un abogado. No convierta sus graves incumplimien-

tos civiles en una causa criminal. Si quiere yo le puedo recomendar a un buen colega mío para que lo asesore.

-Mi situación no es delicada; al contrario, nunca me sentí mejor que ahora. No voy a seguir manteniendo a esa mujer a la que ya no considero mi esposa. Dejé de amarla, y por lo tanto no se me ocurre ninguna razón para que ella continúe viviendo en mi casa. No le debo nada, pues nada de lo que existe aquí se obtuvo con su trabajo. Pagué sus gastos, satisfice sus caprichos durante diez años y la he tratado con excesiva corrección. Por lo tanto, esta separación no le provocó ningún perjuicio que me pueda reclamar. ¡No hay motivo para que ella me demande!

-¡Señor Robinson!...Soy Rosendo, su empleado. Quiero que me deje entrar a trabajar ya mismo. Tenemos un contrato y usted lo está rompiendo. Si no me deja entrar lo voy a demandar en el juzgado laboral. Está violando mi derecho a trabajar, y ya avisé a la cooperativa y al sindicato. El doctor Merino es también mi abogado, y me dice que si lo demando no puedo perder. ¿Me escucha?

-¡Claro que lo escucho! Preferiría no escucharlo más. Nosotros ya no tenemos ningún contrato. Usted debía recoger papas y no lo hizo. Se pasó las horas haraganeando y durmiendo debajo de todos los árboles de mi finca, mientras yo le pagaba puntualmente su salario. Usted rompió el acuerdo que teníamos, y por eso no le debo nada.

-Yo trabajé de acuerdo al contrato colectivo. Las condiciones de trabajo en el campo las establecieron la Cooperativa y el Sindicato, no usted...y la ley dice que no estoy obligado a recoger papas cuando hace mucho calor. Usted pretendía abusar de su posición para hacerme trabajar en condiciones ilegales. Pero según me dijo el doctor Merino, la ley me protege.

¡Este vago de mierda no tiene vergüenza!

-No me interesa lo que le hayan dicho. El contrato decía: recoger papas a cambio de un salario. Yo le pagué sin falta todas las semanas, y usted no trabajó. Por eso no le debo nada; al contrario, le he estado

pagando a cambio de nada. No tiene ningún motivo para quejarse, pues salió ganando.

-¡Robinson! Soy el doctor Merino nuevamente. El señor Rosendo es ahora mi cliente, y le advierto que las leyes laborales agropecuarias son claras y estrictas. Usted ha violado sus derechos laborales y él puede demandarlo ahora mismo. Si nos obliga a recurrir a la justicia, tiene mucho que perder.

-¡Váyanse a la mierda!

-¡Robinson!

¿Y esa voz? Me resulta conocida.

-¡Hijo! Soy el padre Andrés.

¿A qué viene éste ahora? Ayer le mandé un cheque por toda la plata que Irene le donó en mi nombre.

-¡Yo no soy su hijo! ¿Qué quiere?

-He venido a ayudarte a recapacitar. Estás actuando en forma intempestiva; debes serenarte y cumplir con tus deberes hacia estas personas con las que has asumido tantas obligaciones.

-En los últimos meses me la pasé pensando y reflexionando, y hace mucho que no me sentía tan tranquilo como ahora. Cuanto más lo pienso, más me convenzo de que no le debo nada a nadie, y no recuerdo haber asumido ninguna obligación.

-No seas rebelde, hijo mío.

-¡Yo no soy su hijo! No me gusta el tono con el que me habla. ¿Quién se cree que es para andar increpando a las personas como si fuesen sus sirvientes?

-Soy el sacerdote de tu iglesia.

-Es mi iglesia sólo porque yo pagué por buena parte de ella. Pero jamás estuve de acuerdo con nada de lo que usted dice allí cada domingo.

-¡Hijo!...Estás pecando de palabra.

-Eso ya no me afecta.

-¿Cómo te atreves a decir eso? Es blasfemia, un pecado mortal.

-Mejor váyase. Ya no me engaña más con sus cuentos de espíritus y demonios del más allá. Desde que me encerré aquí ayer por la mañana, me ocurrió algo que hace que su lucha sea estéril.

-¿Qué cosa?

-Perdí el miedo.

¿Es que todos vinieron a molestarme al mismo tiempo? No falta nadie.

-¡Robinson, escúcheme con atención! Soy el oficial de la Secretaría de Impuestos de la Nación...

¡Claro! Faltaba él.

...Vengo a comunicarle un hecho gravísimo, ¿me escucha? Esta mañana hemos revisado su legajo en la Secretaría, y descubrimos que debe más de un año de impuestos a las tierras y a sus ingresos. Me enviaron a exhortarlo para que pague de inmediato su deuda, o de lo contrario, le embargaremos el campo y será rematado para que la Sociedad se cobre su crédito. En estos momentos estoy arrojando una cédula de notificación detrás de su tranquera, y de ese modo queda legalmente notificado de lo que le estoy diciendo...¿Me oye? Además, dimos aviso a las oficinas de impuestos de la Provincia y del Municipio, para que investiguen si está al día con sus tasas o también las evade. ¿Me entiende?

-¡Claro que lo entiendo! Hace más de un año que acabé de comprender cuál es su juego. El día que gané mi primer peso trabajando la tierra como peón, escuché decir que tenía el deber de entregarle unos cuantos centavos al gobierno. En aquella época no entendía bien por qué. La explicación que obtuve fue: “lo único inevitable en este mundo, es la muerte y los impuestos”, y me la dio como al pasar un capataz. Yo la acepté, acepté que usted o alguien como usted debía presentarse inexorablemente en mi casa cada tanto, para exigirme una parte de mi esfuerzo. Lo tomé como una imposición inevitable, y jamás como el pago por un servicio. Recuerdo que la primera vez que me cuestioné la legitimidad de los impuestos, alguien me dijo que a cambio de ellos yo recibía servicios que no podían ser prestados por



nadie más que por el gobierno. Pero lo cierto es que el gobierno no sólo no me sirve para nada, sino que con los impuestos que yo pago está subsidiando a mis propios competidores. Yo debo pagar por la mala fama que comienzan a tener las papas de esta región, que en épocas de libertad fue la más productiva del país. Eso se lo debo al gobierno, que hasta me ha hecho pagar las propagandas preparadas para convencer a la gente de que es inmoral ser próspero y tener aspiraciones de progreso. Ya no quiero seguir manteniendo con mi trabajo la ineptitud de otros. Por eso decidí no pagar más ningún impuesto.

-El dinero de los impuestos no es suyo, es de la Sociedad...Si no los paga, los estará robando. La evasión es un delito muy grave.

-El dinero con el que pagaba los impuestos era totalmente mío, porque esta tierra es mía; la he comprado yo, pagando un precio a su dueño anterior. Ninguna parte de ella es de nadie más que mía. Si yo convierto la tierra en riqueza, esa riqueza es fruto exclusivo de mi esfuerzo y mi talento, y por lo tanto también es mía. Tampoco tengo que pagar a nadie por ello. Yo soy el único dueño de lo que esta tierra produce. Si le he dado dinero al gobierno, en teoría fue para que cumpla una función como mi empleado, que es la de defender mis derechos. Pero pude comprobar que el gobierno no me sirve, que por el contrario me perjudica, que ha sido un mal empleado, como Rosendo, y por eso no voy a pagarle más.

-¡Usted debe pagar los impuestos! Como contribuyente está obligado a mantener al gobierno que lo administra.

-El gobierno no me administra, me roba y me somete a tener tratos en condiciones que me perjudican notablemente y benefician a mis ineptos competidores. En todo caso, si como usted dice el gobierno es administrador de mis bienes, le comunico por su intermedio que desde ahora queda despedido. Ya no voy a entregarles mi dinero para que fomenten la ineptitud y la injusticia.

-¡Robinson! Le habla el comisario. Le ordeno que abandone de inmediato esa actitud hostil y nos deje entrar en su finca. De lo contra-

rio, deberemos usar la fuerza pública para reprimirlo. Está alterando la paz y violando la ley.

-Desde ayer que no salgo de mi casa. ¿Cómo podría alterar la paz o violar la ley desde aquí adentro? Ni siquiera me he movido de mis tierras, y ustedes son las primeras personas que veo y con las que hablo en veinticuatro horas. En realidad, ustedes están alterando mi paz y violando mis derechos, al tratar de entrar en mi casa sin mi permiso. Mejor váyanse, antes de que alguno resulte herido. Los explosivos que coloqué en mis límites son muy poderosos.

-¡Está loco, Robinson! No tiene ninguna chance. Aunque nos vayamos ahora, volveremos con todas las fuerzas necesarias para detenerlo. Es imposible vencer al gobierno. Nadie puede apartarse impunemente de las leyes. ¿Quién se cree que es para desobedecer la ley y desoír a las autoridades? ¡Vamos! ¡Entréguese ya!

-Yo ya no me rijo por sus leyes, ni les reconozco autoridad alguna. No he violado los derechos de nadie. ¡Déjenme en paz!

Bueno, parece que finalmente se van todos. Espero que ahora me dejen tranquilo; tengo mucho trabajo y cosas en qué pensar. Debo ordeñar las vacas, recoger las papas y acomodar mi casa para vivir lo más decentemente que pueda. Me va a resultar muy pesado hacer todo eso yo solo. ¿Por qué estas personas no aceptarían de una vez por todas las evidentes ventajas del comercio?

Todo sería mucho más fácil si pudiera concentrarme en cosechar mis papas, y cambiar parte de ellas por los bienes y servicios que me permitirían vivir más cómodamente. No es eficiente tener que preocuparme yo mismo por obtener cada una de las cosas que necesito; pero por ahora no me queda otra alternativa que volver al estilo de vida de la Edad Media.

Tampoco es divertido estar solo, pues la soledad no es la situación ideal para el hombre. Sería mucho mejor poder asociarme con otras personas que compartiesen mis valores. Pero si eso no es posible por ahora, prefiero mil veces estar solo, que acompañado por gente

cuyo único interés es servirse de mí. Siempre me dijeron que ese pensamiento es egoísta, pero ya no me importa; no voy a hacer más caso a lo que me dijeron y buscaré mis propias respuestas. Si para algo tiene que servirme este aislamiento, es para obtener respuestas a tantas preguntas que solitaria y clandestinamente me he hecho durante los últimos años, aunque al final nunca tuve el valor de dar un paso más adelante, y apartarme de las respuestas que quienes me rodeaban habían preparado para mí.

¿Qué será de Irene? Cuando la conocí pensé que lo mejor que me podía pasar en la vida era vivirla a su lado. Estaba convencido de que el amor era ese sentimiento que impulsa a una pareja a estar siempre unida y construir juntos un mundo ideal. Pero ahora sé que eso sólo puede ocurrir cuando la unión se mantiene libre y espontáneamente. Ninguna relación es genuina si no es voluntaria. Una vez que nuestro amor murió, debimos separarnos de inmediato. Pero entonces ella intentó aprovecharse, primero de los condicionamientos morales que me impulsaban a seguir juntos, y cuando eso le falló, echó mano a la ley, para forzarme a continuar una relación que ya no tenía sentido. Eso me parece injusto e inmoral. La ley no tiene nada que ver con el amor. No se debe forzar a una pareja a estar juntos, y es ilógico estarlo una vez que el amor se acabó. Sólo su mezquindad y su deseo de aprovecharse de lo que no le corresponde podría justificar que esta mujer, que en los últimos años no hizo más que criticarme y menospreciarme, invoque una ley y recurra a los abogados y al gobierno para obligarme a permanecer a su lado. ¿Por qué tendrá tanto interés en estar conmigo, si ya no me ama?

Siempre pensé que la propia felicidad debía ser el más importante propósito de mi vida; pero la felicidad no se puede alcanzar cuando se persiguen únicamente caprichos emocionales. Irene no podía ser feliz, porque nunca supo lo que quiso; y yo tampoco podía ser feliz con ella, porque durante años me dejé llevar por sus caprichos y hasta me engañé a mí mismo, pretendiendo que en realidad no eran caprichos, sino ideas meditadas y razonadas. Por fin descubrí que si

no se buscan metas racionales, no es posible alcanzar éxitos verdaderos. Aun cuando todo el tiempo posó de intelectual, ella jamás tuvo un horizonte hacia dónde dirigir sus acciones, y por lo tanto, jamás pudo disfrutar plenamente de nada.

Irene fue vagando por el mundo sin saber qué quería de él, tratando de pasarla bien, de figurar, de que los demás la admirasen, aunque no había nada, más allá de la belleza exterior que tuvo siendo más joven, que pudiese ser legítimamente admirado. Pero como en definitiva no sabía qué buscaba, acabó presa de esa histérica reacción que se produce en quienes se sienten incómodos, insatisfechos, no porque no puedan alcanzar sus objetivos, sino por algo peor aún, como es no tenerlos.

Por mi parte, yo pensé que podía ser feliz satisfaciendo sus caprichos, soportando sus berrinches, pretendiendo que sus superficiales deseos eran bastante elevados para mí, eludiendo la tarea de elaborar conscientemente mis propias metas y valores, y adecuar a ellos mi conducta. Preferí no buscar una meta personal y me dediqué a producir riqueza, sin ver en ello ninguna derivación moral. Soporté con resignación estoica sus ataques hacia mi productividad y su intento por matar el orgullo que esa productividad comenzaba a generar en mí. Me contenté con trabajar, sin pensar en valores, someténdome a los que ella y todos los demás daban como indiscutibles, sufriendo con amargura, porque esos valores artificialmente aceptados chocaban con un sentimiento intenso que me producía mi trabajo. Pero ahora que empiezo a pensar por mí mismo, comprendo que en realidad sí quiero tener metas, distintas de las que pretendieron imponerme; y por sobre todas las cosas, que quiero ser feliz...Y por fin estoy en condiciones de ver que jamás podré ser feliz hasta que no haga lo que yo mismo elija.

Ahora que he aceptado todo esto, puedo entender la perversidad de nuestra relación amorosa durante los últimos años. Llegué a aceptar que, después de cierto tiempo, era razonable que pudiese existir una relación romántica sin cariño, sin ternura y sin sexo. A partir

del día en que consentí que podíamos mantener nuestra relación y olvidarnos del amor, ya todo estaba irremediablemente perdido.

Ahora que lo pienso, las relaciones amorosas y las comerciales se parecen. Mi relación con Irene anduvo bien hasta el día en que nos casamos, es decir, hasta que ella tuvo un monopolio sobre mí. Con nuestra pareja ocurrió lo mismo que con las papas que se producen en esta región: mientras todos competíamos por producir lo mejor al mejor precio y la cooperativa era una simple organización espontánea sin privilegios, esta región era famosa por la calidad de sus papas. Pero cuando la cooperativa se convirtió en un monopolio impuesto por la ley, la calidad decayó abruptamente. Mientras nos mantuvimos unidos por acuerdos voluntarios, las relaciones -las sentimentales y las comerciales- fueron el fruto de una relación basada en el propio beneficio. Cuando la ley sustituyó a la voluntad, esas relaciones perdieron su espontaneidad, su fuerza vinculante...;su valor moral! ¿Moral? ¿Tiene la moral algo que ver con esto?

Por ahora, de lo que estoy convencido es de que el matrimonio echó a perder la calidad de nuestra pareja, del mismo modo que la cooperativa echó a perder la calidad de las papas.



## 8

Desde el día en que se publicó la declaración de Robinson, la oficina de la “Gaceta” se convirtió en el centro de reunión para los vecinos más caracterizados de Arroyo Dorado, y comenzó a tener un protagonismo que su dueño jamás le había podido brindar antes. La pequeña oficina, ubicada frente a la plaza equidistante entre la Intendencia y la Iglesia, no escapó desde entonces a la mirada de todos los que transitaron por allí, quienes la veían como un símbolo que ocultaba una advertencia. Algunos transeúntes sólo miraban con curiosidad hacia adentro, buscando novedades; otros se detenían en la puerta y permanecían allí charlando, intercambiando informaciones, hipótesis o rumores sobre la actitud de Robinson y las consecuencias que esperaban de ella. Ningún rigor científico permitía distinguir las fuentes de cada opinión, pero en verdad a nadie le interesaba la fuente. Cada uno era consciente de que sólo se expresaban sentimientos, con prescindencia de que fuesen verdad o no, porque esas charlas no tenían por objeto buscar la verdad, sino calmar la ansiedad que fue apoderándose de todos a medida que iban advirtiendo que la conducta de Robinson escapaba a los patrones de lo previsible. A esa gente le asustaba mucho lo anormal, y por eso necesitaba alguna explicación, por irracional que fuera.

El señor Rico ya no participaba en esas espontáneas reuniones. Dos días después de que publicó la declaración de Robinson, llegó al pueblo una patrulla de la policía federal y se lo llevó detenido. Desde entonces nadie volvió a tener noticias suyas. Los rumores más fuertes indicaban que estaba preso en alguna cárcel de la Capital. El diario dejó de editarse y la oficina quedó abandonada y convertida en esa especie de cabildo abierto en sesión permanente. Restos de periódicos que contenían la declaración de Robinson quedaron tirados en el interior del local, que era usado ahora por los asustados vecinos como una

especie de templo, en el que diariamente se llevaba a cabo un peculiar rito exorcista para desalojar a ese pertinaz demonio autor de tantos problemas. También se aventuraban hipótesis muy diversas sobre la suerte de Rico, y se elaboraban moralejas para explicar las consecuencias de marginarse de la sociedad.

-¿Qué pasa ahora? -preguntó el veterinario.

-No sé, desde que Robinson se encerró en su chacra todo está patas para arriba -le contestó el dueño de la ferretería-. Mi hermana me llamó desde la Capital, y allí se rumorea que en varias partes del país está pasando lo mismo que aquí, que otros productores se están encerrando en sus tierras y que todo esto es parte de un complot revolucionario para derrocar al gobierno.

-Puede ser...No me acuerdo quién fue que me dijo que hace unos días vieron camiones del ejército entrando en algunos campos del norte, y que nadie volvió a ver a sus dueños desde entonces. Es como si el gobierno hubiese detectado un plan sedicioso. No me extrañaría que alguna potencia imperialista estuviera vinculada con Robinson y sus cómplices. Ese hombre nunca me gustó.

-¡No los entiendo!...¿Cómo puede hacerle caso a las habladurías de la gente, sin antes chequear las fuentes de su información?

La pregunta, pronunciada con una cadencia contrastablemente clara y pausada, fue hecha por un muchacho flaco y alto que, unos días antes de que se publicase la declaración de Robinson, le había solicitado a Rico un empleo como cadete en el periódico.

Varios ojos miraron con severidad a aquel joven insolente. Quienes se hallaban a su lado se separaron de inmediato, dejándolo solo frente al grupo.

--¡Qué van a ser habladurías! -lo recriminó el dueño de la estación de servicio-. ¿Querés una prueba contundente de que todo esto es verdad? ¡Yo te la voy a dar! Esta mañana, un hombre que manejaba un automóvil importado con chapa de la Capital y dijo ser funcionario del gobierno, me aseguró que un grupo de campesinos estuvo en la gobernación de la Provincia, pidiendo que se expropié el campo de



Robinson y el de otros terratenientes que lo siguen, y se distribuyan las tierras entre los campesinos.

-Eso estaría bien -dijo el padre Andrés, provocando el obligado asentimiento y expresiones de adhesión de todos los presentes.

-¡Si! -sobresalió entre todas esas manifestaciones la voz de la esposa del Intendente-. Especialmente en estos tiempos tan duros. No sé por qué misteriosa razón, desde que Robinson se encerró en su campo, los precios de los productos más necesarios para la gente comenzaron a subir. Las papas que compré hoy en el mercado eran una porquería, y me costaron casi el doble de lo que valían hace una semana. Estoy pensando en reunir a las mujeres del pueblo para crear nuestra Liga de Consumidoras. Debemos pelear por nuestros derechos frente a los productores especuladores y desaprensivos que, según parece, han comenzado a lucrar con las necesidades de la gente. ¿No están de acuerdo?

Varias exclamaciones se superpusieron en forma de clamor popular, y luego cedieron ante una voz que se abrió paso entre las otras.

-No culpe a todos los productores, señora. El desabastecimiento y la carestía son la consecuencia de la inseguridad económica que producen criminales como Robinson -la voz engolada, acompañada por un gesto académico un tanto amanerado, era del presidente de la Cooperativa-. Los precios suben porque la gente se siente insegura ante actitudes de abierta oposición al orden jurídico. Esta situación es el ejemplo más claro de que sólo a través de instituciones intermedias sólidas y respaldadas por el Estado, como la Cooperativa, es posible convivir armónicamente y progresar, ayudando a los demás al mismo tiempo. Los verdaderos agricultores, que cumplen con su responsabilidad social de satisfacer las necesidades del Pueblo, sufren tanto como los consumidores las consecuencias de todo este lío. Deberían detener a ese delincuente cuanto antes para que vuelva la paz al pueblo y la tranquilidad a los mercados.

-¿Quién se cree que es ese miserable para encerrarse en su casa? Su desdichada esposa está desesperada. Se quedó en la miseria y expuesta los comentarios de todo el pueblo. La pobre mujer fue la primera víctima de ese despiadado egoísta.

-Si...Y deberían obligarlo a entregar sus papas a la gente que las necesita. No es justo que el mejor productor de la región se niegue a poner sus productos a disposición de los consumidores. Después de todo, ¿qué sentido tiene producir tanto si no se lo va a compartir con los demás? ¡Deberían quitarle las condenadas papas!

-Yo creo en la tesis del complot -sostuvo en voz baja, como compartiendo un secreto, un recién llegado a la región que había obtenido un subsidio del gobierno para cultivar papas en igualdad de condiciones con los productores establecidos desde antaño-. Porque de otra manera, ¿cómo se explica que Robinson haya podido sobrevivir él solo encerrado en sus tierras durante todos estos días? Alguien debe estar ayudándolo en secreto. No es posible sobrevivir aislado de la sociedad, al margen de la ley y perseguido por el gobierno.

-Espero que lo encarcelen de inmediato, a él y a sus cómplices.

-¡Sí! Como si tuviésemos pocos problemas con este desabastecimiento y la inflación que comenzó de repente, para que encima haya que cargar con la sublevación de Robinson. Miren todo el tiempo que nos obliga a perder discutiendo sobre él, en lugar de ocuparnos de cosas más importantes.

-Si fuese sólo Robinson no sería tanto problema...Pero parece que hay otros con él.

-¡No hay caso! -oró el padre Andrés, mirando hacia arriba, e indicando con un dedo a sus fieles aquel indefinido lugar del firmamento al que los quería enviar-. En épocas de crisis es cuando más rápidamente afloran las mezquindades y los vicios. En tiempos como éstos necesitamos de toda la devoción cristiana y la unión en la fe para sobrellevar las penurias que nos ha provocado este pecador.

-¡Amén!

-¡Es horrible vivir en un pueblo que se hizo famoso porque alberga a un criminal social como Robinson! -se quejó el dueño de la inmobiliaria.

El joven que había desatado tal andanada de sentencias y comentarios, comprendió que la mejor actitud era el silencio, y se escabulló entre los quejosos vecinos, quienes no notaron su ausencia.

Mientras muchos vecinos continuaban conjeturando e intercambiando chismes, otras personas no se acercaban a la oficina del diario, no comentaban el hecho, preferían mantener sus opiniones sobre Robinson en el íntimo ámbito de su propia conciencia, tras lo cual optaron por abastecerse de todos aquellos productos que, según sus cálculos, podrían escasear más adelante.

En el almacén del pueblo se comenzaron a ver góndolas vacías, y los productos agrícolas de la región, que habitualmente abundaban en las estanterías de hasta el más humilde despacho, llegaban cada vez en menor cantidad y de peor calidad. Eso aumentó la ira y el temor de la gente, que se abalanzaba sobre las tiendas para comprar cuatro veces más de todo lo que necesitaba, y de lo que no necesitaba también, aquejada de pronto por ese pánico acaparador provocado por la actitud de un hombre al que antes jamás habían prestado atención, pero al cual, desde hacía varios días, casi todos odiaban profundamente.

Aunque nadie quería aceptarlo, la fuente de su odio era esa abierta exposición de individualidad, ese cuestionamiento de lo establecido, la atrevida manifestación de independencia que Robinson había demostrado con su declaración desafiante y su tenaz resistencia. Ello asustaba terriblemente a quienes no querían que el transcurso normal de sus vidas fuese alterado de ninguna manera.

Robinson se había convertido en un transgresor a las normas sociales que gobernaban al pueblo, y en un lugar como ese, el apartamiento de lo establecido era la peor falta que podía cometer un hombre.



## 9

Me cortaron la electricidad. ¡Lógico...si no voy a pagarla más! Pero no me puedo quejar. Tardaron cinco días en hacerlo. ¡Cómo se nota que es una empresa estatal! No...no me gusta llamarla así. Empresa es una linda palabra, viene de emprendimiento, de emprendedor, de alguien que decide hacer algo productivo. Todo lo contrario de lo que el gobierno ha hecho.

Este es parte del precio que debo pagar por recuperar la libertad en un mundo donde la gente ya no quiere relacionarse por tratos voluntarios. Pero aun tengo mis vacas, mis papas, mi tierra, mis manos, mi cerebro...No necesito nada más para vivir hasta que encuentre personas que quieran comerciar conmigo, en lugar de robarme.

Cada vez me gusta más esta sensación de independencía. Toda mi vida me dijeron que era un pecado sentirse orgulloso por los propios logros. Siempre que mencioné mis éxitos me acusaron de arrogante y egoísta. Me hicieron sentir muy mal, hasta el punto de empujarme hacia el silencio, la autocensura, a callar mi orgullo, a tratar infructuosamente de despreciar el placer que siempre me produjo el éxito. ¡Qué bien que me siento ahora! ¡Qué bendita es esta libertad, que me permite disfrutar de mis triunfos sin sentirme culpable! Ahora me parece algo obvio, pero ¡qué bueno es poder aceptar conscientemente mis pensamientos sin remordimiento alguno! Finalmente entiendo la importancia de lo que he hecho: pude desterrar el conflicto que existía entre mis pensamientos conscientes y mis sentimientos profundos; entre las pautas de conducta que acepté de los demás, y las que se fueron abriendo paso con dificultad en mi interior. ¡Gané yo!

¡Aquí está! Yo sabía que no la había tirado. Con esta vieja bomba manual al menos tendré agua fresca. Voy a ver qué dicen en la radio. ¿Dónde puse las pilas? Acá están...¿Alguien se ocupará de mí en el pueblo? Apostaría los pocos pesos que guardé a que Irene debe

haber ido a protestar y armar escándalos en todas partes. La conozco muy bien; seguro que anda diciendo que soy un monstruo y que la dejé sin nada. ¡Como si alguna vez hubiese logrado ganar algo por sí misma! ¡Qué libre que me siento desde que se fue! Debí haber hecho esto hace años. Es más, me parece que a la propia Irene le va a hacer bien que ya no la mantenga. Tal vez ahora comprenda el valor del trabajo productivo.

Aquí está, F.M. Arroyo Dorado...¿Qué dice?

*“...Un gran revuelo se produjo en la región desde que hace más de una semana se publicó, en la Gaceta de Arroyo Dorado, una declaración firmada por el señor Robinson, productor de papas que ha decidido aislarse dentro de su finca y no tener más negocios con nadie...”*

¿Un gran revuelo? No es para tanto. ¡Cómo se nota que la gente de este pueblo no tiene nada interesante para hacer! ¿Por qué no se dedicarán a trabajar y resolver sus propios problemas, en lugar de meterse con un simple campesino que decidió encerrarse en su casa y ser independiente? Cuando me veían todos los días en el pueblo no me llevaban el apunte. ¿Por qué les intereso tanto ahora?

*“...El comisario ha iniciado un sumario penal contra Robinson por el delito de apología del crimen, en el que el próspero productor de papas habría incurrido al hacer esa declaración de corte netamente subversivo. Es inminente la detención del criminal, a quien además se imputa alterar la paz pública de Arroyo Dorado y generar un peligro para la seguridad común, al electrificar los alambrados de su campo, colocar explosivos dentro de su finca y provocar ese estado de conmoción que hoy vive el pueblo por su culpa”*.

¿Cuál es el crimen que cometí? Sólo declaré que no quiero que me roben, y que me opongo a que el gobierno siga administrando fondos míos. No le hice mal a nadie. Lo único que pido es que me dejen en paz, que no me impongan las leyes de este gobierno y respeten mi derecho a contratar con quien yo quiera...

Parece que se acerca un automóvil. ¡Es el patrullero, y viene completo! El comisario regresó con más policías. ¿Tan importante me volví de repente? Me amenazó con regresar y cumplió su promesa. ¿Esos cuatro policías serán capaces de atravesar un cerco electrificado y un campo minado? Si lo intentan, espero que ninguno resulte herido.

-¡Robinson! ¿Me escucha?...Soy el comisario.

¡Qué idiota! Nunca sirvió para nada, y ahora viene a jugar al policía. ¿Qué hacen? ¡Se están acercando al alambrado! ¡Claro, si me cortaron la luz! ¿Cómo no me di cuenta? Ya no está electrificado. Espero que estos idiotas no intenten entrar. Los carteles indican claramente que hay minas por todos lados.

-¡Comisario! ¡No crucen el alambrado! El perímetro de mi propiedad está minado, y van a volar en pedazos si entran.

¡Menos mal que se detuvieron! No me gustaría que alguien saliese herido. ¿Qué hace ese policía? Trajo una piedra grande. ¡Ah...si! Quiere comprobar si les dije la verdad. ¡Mejor! Así verán que no estoy jugando...Pero...¡Se está acercando demasiado!

-¡Tengan cuidado! Las minas son de alto poder.

¡Mierda! Estos explosivos importados son tan poderosos como indican los catálogos. Ojalá que la explosión los haya asustado lo suficiente como para que se vayan y no vuelvan a molestarme.

Regresan al coche. ¡Bien! Parece que se van. ¿Me dejarán tranquilo ahora?...¡Pero no!...¡Ahí vuelven...y traen sus fusiles! Mejor busco un lugar donde cubrirme, porque parece que van a empezar los tiros. ¿Estarán dispuestos a matarme sin un motivo? ¿Qué clase de gobierno es aquel que ordena a sus oficiales que maten a alguien que no ha hecho nada? ¡Y después se quejan porque no quiero mantenerlos! Es curioso, yo pagué la bala con la que me van a matar. ¿Dónde

dejé los cartuchos? Aquí están...Bien, al menos tengo con qué defenderme. Aun no sé si hice bien o mal en encerrarme y aislarme de la gente, pero de lo que sí estoy seguro es de que no voy a permitir que me patotee un comisario fanfarrón; y si la forma de protegerme es a los tiros, tiros es lo que tendrá. Si me matan, al menos me voy a llevar a algunos conmigo. Pero...¿Llevar a dónde? Esa es otra cuestión en la que tendré que pensar más tarde, si salgo vivo de ésta.

Sacaron los fusiles de sus fundas. ¿Cuánto hará que no le disparan a algo? Ahí empiezan...Pero...¿No me están disparando a mí! ¿A quién le apuntan? ¡Mis vacas! ¡Hijos de puta! ¡Están matando a mis vacas! ¡Le dieron al toro! ¡Pobres animales!...Fueron mucho más nobles y valiosos que esos policías que los matan sin derecho.

-¡Comisario! ¿Por qué matan a mis animales? No tienen derecho de hacer eso.

-¡Entréguese, Robinson! Salga para que podamos hablar. No tiene ninguna probabilidad de sobrevivir allí adentro, y usted lo sabe.

-La tendría, si no me agredieran. ¡Han matado a todos mis animales, malditos policías del carajo! ¡Comisario! Lo hago a usted el único responsable por esta matanza, y va a tener que pagarme por las vacas y el toro. Si existe justicia en esta región, usted me pagará por lo que acaba de hacer.

-¡Déjese de hablar de justicia y salga de allí enseguida! Usted es lo suficientemente inteligente como para saber que tarde o temprano tendrá que salir. No queremos lastimarlo, sólo detenerlo.

-¡Ahora sí que no pienso salir, represor de mierda! Venga a tratar de sacarme, si se atreve. Pero sepa que ahora no me va a costar dispararle.

-¡No me amenace!

-No lo amenazo, sólo le estoy advirtiéndole que desde aquí podría matarlo con tanta facilidad como usted mató a mis animales.

-¡No sea cretino! ¿Cuánto cree que va a sobrevivir usted solo allí adentro?

-Si me dejaran tranquilo, podría vivir bastante tiempo.



-No le está permitido seguir encerrado en su campo. En nombre de las leyes de la Provincia, le ordeno que salga de inmediato.

-¡Venga a buscarme!

Ese imbécil no tiene agallas. Se escuda en su placa, sus fusiles y las leyes, para armar esta parodia y presionarme, pero no tiene valor para entrar...¡Y yo no pienso salir!

Hice todo lo posible para que las defensas que instalé en mi campo no lastimaran a nadie. Puse muchos carteles bien visibles; pasé varias horas aquí, alerta y dispuesto para advertirles a todos los que aparezcan que no se acerquen a mi propiedad; y sin embargo, en un instante estos policías vienen, sacan sus armas, me amenazan y matan a mis animales. Casi estoy arrepentido de que no hubiesen volado pisando una mina. Me están arrastrando a sentir una bronca que llegará al odio si siguen molestándome, y yo no quiero odiar a nadie...sólo quiero vivir tranquilo.

Lo único bueno de todo esto es que, a medida que pasan las horas, más me convenzo de que hice lo correcto. Sólo espero terminar de organizar mi defensa para tener el tiempo que necesito para pensar en mis valores y en mi vida. Este encierro me permitirá examinar muchas preguntas que me hice y no quise responderme en el pasado. ¡Qué curioso! La división del trabajo y el comercio le dieron al hombre mucho tiempo libre para pensar, pero parece que no lo aproveché muy bien. Y ahora yo, que comienzo a comprender la importancia de pensar en ideas abstractas, necesito urgentemente ganar un poco de ese tiempo.

Ahora sí, regresaron al patrullero y se van, pero estoy seguro de que volverán. Tendré que prepararme para ese momento. Parece que la disuasión no es suficiente para auyentarlos; y por lo visto están dispuestos a hacer cualquier cosa para sacarme de aquí. Todo esto me recuerda a aquella novelita que leí las otras noches, sobre Michael Kohlhaas, el vendedor de caballos que se rebeló ante las injusticias

que sufría a manos del señor feudal. Yo no quiero llegar a ese extremo; espero que no me obliguen a hacer cosas que preferiría evitar.

Estos malditos los mataron a todos...A mis cuatro vacas y al toro. No puedo dejar de pensar en los años de esfuerzos, de trabajar bajo cero grados o al rayo de un sol calcinante, cultivando la tierra para que produzca sus mejores frutos. Tanto tiempo que debí invertir para juntar, peso sobre peso, el dinero que me costaron esos cinco valiosos animales. Y en un instante lo destruyeron todo sin derecho ni motivo...Bueno...De algún modo esos policías son parte de la razón por la cual decidí aislarme de la sociedad para buscar mis respuestas. Si la propia policía viola impunemente los derechos de un hombre inocente, ¿qué se puede esperar del resto de la gente? Ahora estoy más convencido que nunca de que hice bien al apartarme del gobierno.

Ya no tendré leche, y con este calor y sin heladera, la carne no va a durar mucho. Voy a hacer un asado para aprovechar lo que pueda, pero el resto comenzará a pudrirse a partir de mañana. ¿Cómo hacían los indios para conservar la carne en buen estado sin frío? La resecaban al sol y la almacenaban. ¿Cómo se llamaba esa carne seca? ...Charque, me parece. Me acuerdo que de chico me enseñaron algo sobre eso en la escuela, como un ejemplo de los esfuerzos que el hombre debía hacer para sobrevivir en el pasado. Esos conocimientos de los indios fueron un avance tecnológico olvidado cuando la electricidad resolvió problemas que ellos antes debían solucionar de otra manera. Me vendría bien recuperar parte de esos conocimientos ahora; pero la sabiduría de los indios quedó sepultada en unos pocos libros a los que no tengo acceso. Al menos me quedan las papas. Pero para conservarlas tendré que impedir que los policías entren en mi chacra y también me las quiten.

Siempre consideré valiosas a las demás personas. Estuve satisfecho cada vez que pude contratar libremente con los demás, sea con bienes, con valores o con sentimientos. Mi actitud hacia la gente con la que pude comerciar fue muy diferente de la que han tenido Irene y tantas otras personas que vivieron alrededor mío. Siempre me pregun-

té por qué ellos actúan así, hablando mal de todo el mundo, tratando de sacar ventaja de los demás, considerando a todos como inferiores o enemigos. Yo jamás pensé de ese modo. ¡A pesar de todo lo que me hicieron! Fueron un lastre con el que debí cargar, y para asegurarse de que podrían continuar aprovechándose de mí, trataron de anular mi voluntad, enseñándome que debía servir a los demás sin esperar reciprocidad ni sentir satisfacción. Pero a pesar de todo eso, no estoy resentido con la gente...Tal vez sí tengo una bronca enorme contra ciertas personas en particular, por algunas cosas que me hicieron; pero ese sentimiento no es hacia todos en general. ¿Será porque me considero a mí mismo valioso, que no puedo odiar a los demás? Puede ser, y tal vez por eso Irene mostró siempre tanto menosprecio por la gente: porque los consideraba un reflejo de sí misma.

Nunca sentí rencor u odio hacia los demás, pero desde que comenzaron a poner en peligro mi vida y mis derechos, la bronca crece. Eso me preocupa. No me gusta sentirme así. Todavía pienso que los seres humanos son valiosos. Pero...no sé...Tal vez sea bueno discriminar entre los que valen la pena y los que no. ¿Es justo considerar a todos los hombres de igual modo? ¿Hasta dónde es bueno sentir aprecio por todas las personas por igual, y cuándo hay que comenzar a marcar diferencias? ¿Cuál debería ser el parámetro para esa discriminación?

Me estoy dando cuenta de que juzgar a los hombres es más complicado de lo que había pensado. No somos iguales, no todos se comportan de la misma manera ni tienen los mismos objetivos en la vida.

Sigo haciéndome preguntas; pero ya no me preocupa. Ahora pienso que eso es bueno, porque si no me hiciera preguntas jamás llegaría a ninguna parte. ¡Eso es! Vivimos haciéndonos preguntas, y actuamos de acuerdo con las respuestas elegidas. Cuando me impulsaron a no hacerme preguntas, me impedían actuar. Pero ahora, poco a poco estoy encontrando algunas respuestas, y a medida que las hallo, recupero la confianza en mí mismo.



## 10

¡Aquí están las primeras papas! Invertí todo un año de cuidados intensos para que salieran así de grandes y sanas. Entre la naturaleza y yo hemos hecho un muy buen trabajo en esta temporada. ¿Qué tienen que ver con esta riqueza los policías, los políticos, los abogados, mi ex esposa, el cura, los sindicatos, la cooperativa?...¡Nada! Sin embargo, todos ellos se pelean por llevarse una parte de lo que yo solo he producido. El gobierno, los recaudadores de impuestos, la iglesia, los sindicatos, todos los poderes del estado jamás han producido ni una sola papa. Pero comieron muchas tortillas con el producto de mi trabajo.

Perdí la carne, se pudrió la leche; vivo en una condición más que precaria, en comparación con la forma en que vivía antes. Pero nada de eso ocurrió por culpa mía. Por el contrario, hice mi mejor esfuerzo y produje mucha más riqueza de la que necesitaba para vivir holgadamente, y esos policías vinieron a destruir mis bienes sin ninguna razón. ¿Por qué lo habrán hecho? ¿Qué mal les causé? ¿Cuál es el crimen tan terrible que supeustamente cometí? Lo único que me queda es mi tierra y mis papas, hasta que vuelvan y se apoderen de ellas o las destruyan también...Pero ahora sí...Si regresan, voy a defenderme como sea necesario. Ya no me considero responsable por su vida. Cualquier muerte que ocurra de ahora en más, será culpa exclusiva de ellos.

Cuando era niño veía con admiración y respeto a los policías. Tenía por ellos una especie de devoción fantástica, como si fuesen espíritus protectores que siempre estaban allí, velando por mí, para cuidarme y ayudarme cuando tuviese un problema. Ellos representaban el orden, la justicia, la paz y la seguridad. Pero ahora, esos mismos policías cuya imagen tanto admiré, vienen a mi casa para destruir lo mío. ¿Estaba equivocado cuando era niño y veía como héroes a

quienes en realidad eran villanos, o ellos dejaron de comportarse como policías para convertirse en criminales?

Ahora estoy solo. No hay nadie junto a mí para indicarme lo que tengo que hacer. Nadie me salvará de mis errores ni se apoderará de mis éxitos. Es una situación novedosa, que me genera otra pregunta que nunca antes consideré necesaria: ¿Cómo sé qué es bueno y qué es malo para mí, ahora que nadie está aquí para decírmelo?

Esa es la primera pregunta que necesito responder, porque si elijo lo malo, no podré escapar a mi propia destrucción. ¡Sí! ¡Eso es! Nunca se me había ocurrido que el éxito no es automático. Siempre consideré a mis buenas cosechas como un hecho natural, pero en realidad sólo pude lograrlas porque hice las cosas bien...y no hay nada dentro mío que me indique a priori qué es correcto y qué no lo es. ¡Eso debe ser! Es la ley de causa y efecto...Lo mismo que marca la diferencia entre la calidad de mis papas y las de otros productores de la región, hace la diferencia entre la calidad de mi vida y la de los demás. ¡Uno vive de acuerdo a cómo actúa!...y actúa de acuerdo a cómo piensa...¿Es así?

Estas papas y yo tenemos la alternativa entre vivir y no vivir. Los minerales no tienen esa alternativa. La tierra y el agua seguirán existiendo como tales. Es cierto que podrán transformarse y combinarse con otras cosas, pero la existencia de sus componentes minerales está garantizada. En cambio, la vida como tal, la de mis papas y la mía, no es inexorable. Tampoco lo era la de mis vacas, que fueron muertas a tiros por el comisario y sus secuaces.

Las papas, las vacas y yo necesitamos actuar de una manera determinada para poder sobrevivir. Las pobres vacas hicieron todo lo que pudieron: pastaron, bebieron agua del estanque, se resguardaron en el granero. Pero su instinto no pudo prever las balas del comisario. Las papas también hacen todo lo que pueden: buscan el agua y el alimento de la tierra, el aire y el sol y realizan los procesos químicos necesarios para convertir todo eso en alimento. Las plantas y los animales actúan siguiendo códigos automáticos e instintivos, que les indican

lo que deben hacer; pero yo no poseo tal clase de código. De lo contrario, no estaría preguntándome qué es bueno o malo para mí. Ya lo sabría, como lo saben mis papas, o al menos no podría hacerme la pregunta, como no se la podía hacer el toro.

Debo actuar, sí...pero primero debo pensar. ¿Pensar es la palabra? Las vacas también piensan, a su modo. Pero yo me refiero a otro modo de pensar, a pensar en términos de poder evaluar los datos que me proveen mis sentidos, de conectar esos datos entre sí, de extraer conclusiones y guiar mi conducta por ellas. Mis vacas pensaban sólo en lo necesario para seguir las indicaciones de su instinto. Pero yo no tengo instinto, y por eso debo usar mi cerebro para elaboraciones más complejas que las que hacían ellas. No podría actuar sin antes pensar, pero tengo alternativas que mis vacas no tenían. El pensamiento para mí no es automático, no tengo un código que guíe mi conducta insoslayablemente. Este mismo ensayo intelectual que estoy haciendo ahora es la demostración de ello. Por lo tanto, debo hacer el esfuerzo de pensar; es decir que mi primera alternativa es la de pensar o no. ¡Claro! La cuestión de mi supervivencia no es, como decía Hamlet: “ser o no ser”. Esa es en todo caso, la cuestión de mi identidad como hombre. La cuestión de mi subsistencia es, precisamente: “¿Pensar o no pensar!”.

Necesito conocimiento. Necesito saber qué es bueno y qué es malo para mí. Necesito saber qué debo hacer para sobrevivir. Necesito saber cómo actuar. Ni una sola parte de ese conocimiento está en mi naturaleza, como sí está en la naturaleza de las papas y las vacas. Con lo único que cuento es con el mecanismo para adquirir ese conocimiento vital. ¿Cómo se hace para “pensar” en este contexto? No sé...Debe ser la lógica lo que se necesita para unir todo ese conocimiento disperso que vagabundea por mi cerebro. La lógica es el “pensar”, es lo que me permitirá deducir cuáles son las decisiones que debo tomar. No es un método infalible...pero es lo único que tengo.

Para elaborar un pensamiento racional, debo elegir hacerlo. Es la voluntad lo que me permite poner en movimiento el mecanismo de

la razón. Si estoy aquí preguntándome qué debo hacer para vivir, es porque yo lo decidí y podría estar haciendo alguna otra cosa. Tengo opciones, yo elijo. Mis papas no tienen elección, los animales tampoco. Ninguno de ellos tiene la posibilidad siquiera de cuestionarse si está bien o mal lo que hacen. Todo ello les es indicado de antemano. Yo tengo voluntad y la libertad de cuestionarme todo. ¡La voluntad es la gran diferencia entre los animales y yo! ¡Claro! Por eso yo puedo ser libre, porque elijo lo que hago.

¡Qué bien me hace estar solo en estos momentos! Me obliga a pensar sobre las causas y los principios que rigen mi vida...Pero...¿Eso no es lo que Aristóteles definía como filosofía?...¡Sí! Recuerdo que lo leí los otros días...La filosofía es la ciencia que estudia las primeras causas y los primeros principios. ¿Quién me iba a decir que terminaría aquí, encerrado en mi campo, filosofando?

Otro de mis descubrimientos en soledad es que hay cosas que ocurren sin la participación de ninguna persona, que no podrían suceder de otro modo, por más que la gente lo quisiera. Lo que mis papas necesitan para crecer, igual que lo que yo mismo necesito para vivir no depende de mis caprichos o elecciones. Es “lo dado”, y como tal debo aceptarlo. Por más que no me guste, el oxígeno es esencial para mi vida, y no podría decidir reemplazarlo por el gas carbónico y seguir viviendo. A todo eso lo puedo llamar “Naturaleza”...¡Eso es!...Es una buena forma de encontrarle un significado razonable a esa palabra que Irene y el cura usaban con tantos sentidos oscuros. ¿No hablaba Aristóteles de la naturaleza?

El aire, la tierra, la lluvia, las plantas, todo eso estaba dado. Pero lo que fue hecho por el hombre podría haber sido diferente, o aún no haber existido jamás. Sólo porque yo combiné todos esos elementos es que crecieron mis papas. No puedo juzgar a la naturaleza, pero sí puedo juzgar a mis actos. Por eso es que, a diferencia de lo que me han dicho siempre, jamás debo aceptar sin crítica la conducta de los hombres. Como esos actos podrían haber sido de otro modo, o aún no haber sido jamás, debo juzgarlos, para luego aceptarlos o no. ¡Qué



extraño! Comienzo a darme cuenta de que juzgar la conducta humana es mucho más importante de lo que yo pensaba. Durante años agaché la cabeza, cerré los ojos, y seguí los principios que me imponían, aceptando la premisa de que no se debe juzgar a los demás, y sabiendo en lo profundo de mi conciencia que, de haberlo hecho, no hubiese dudado ni un instante en condenar el comportamiento de quienes me rodeaban. “No juzguéis, y no seréis juzgado”, me decía el cura todos los domingos. ¡Qué cobardía! Por eso dejé de ir a la iglesia. Recién ahora me doy cuenta de lo mal que he hecho al obedecerlo, de lo importante que es juzgar los actos de los hombres. Pero...¿Cuál es el patrón que he de respetar para emitir mis juicios?

¡Ese parece ser el gran dilema de mi supervivencia! No sé automáticamente qué es verdadero y qué es falso, tampoco puedo saber automáticamente qué es correcto o incorrecto. Pero necesito de ese conocimiento para sobrevivir, pues debo tomar las decisiones que me permitan actuar.

No puedo evadir la realidad: soy un organismo vivo, que tiene una naturaleza determinada y requiere un comportamiento específico. No tengo elección sobre lo que mi vida necesita, como mis papas no tienen elección sobre lo que necesitan para vivir y crecer. Mi naturaleza no está sujeta a elecciones, pero sí debo decidir el medio por el cual intentaré satisfacer esas necesidades, pues no me guío por instintos. La realidad me indicará si utilicé o no el medio correcto; ella es el juez supremo. Mis papas no pueden elegir entre actuar o no, no pueden, por ejemplo, elegir si quieren absorber el agua o no; yo sí puedo hacerlo...No sólo puedo hacerlo, lo hago todo el tiempo...No podría evitar elegir aunque quisiera.

No elegir, para mí, sería una elección. Podría tratar de no pensar, pero aún esa sería una decisión voluntaria, pensada y elegida.

¡Entonces, el mundo es mucho más objetivo y estable de lo que suponía! Me volvía loco la gente que repetía que todo es relativo, que todo depende del cristal con que se mira, que no hay que ser absoluto, que la subjetividad es la condición normal del hombre. No podía

soportar la idea de que nada pudiera ser estable, comprensible, absoluto...Ahora comprendo que decir que “todo es relativo” es una contradicción. En realidad, todo es absoluto, y por eso es tan dramática mi necesidad de conocer.

Cuando yo me pregunto: “¿Cómo lo sé?”, la misma pregunta es la respuesta. Lo sé por mi mente. Sólo mi mente puede darme las respuestas. Necesito percibir la realidad, compenderla y actuar en consecuencia...como decía aquel viejo escritor inglés. Estas papas no existirían si yo no hubiese sido capaz de comprender la naturaleza de los procesos necesarios para cultivarlas.

Mi mente es lo único que mantiene mi vida, y allí hay otra diferencia con las plantas y los animales. El instinto les indica a ellos cómo adecuarse al medio. Si el instinto les falla, los animales mueren. Pero yo no necesito adecuarme al medio, sino que mi mente me permite adecuar el medio a los requerimientos de mi vida. Mi mente es mi única herramienta de supervivencia. Ahora comprendo la perversidad de quienes pretendieron que la anulara, que descendiera al nivel de los brutos, que aceptara que el cerebro es un apéndice sobreabundante en mi cuerpo, y que podría perfectamente vivir sin pensar.

Ahora que estoy solo comprendo que la mente de cada hombre es el punto de partida de cualquier examen sobre la supervivencia. Durante todos estos años, muchos han vivido de mi mente...Es como si mi cerebro hubiese enviado extensiones a distintas personas que, sin tomarse el trabajo de razonar y hacer conexiones lógicas de los datos que percibían sus sentidos, hubiesen subsistido a expensas de la única fuerza capaz de obtener el alimento: una mente productiva.

Cuando los demás pretendieron que yo aceptase sus valores y los obedeciese ciegamente, me perjudicaron doblemente: por una parte, porque sus valores son contrarios a lo que es bueno para mí; y por la otra, porque de ese modo intentaron que me acostumbrase a no pensar. La aceptación de las ideas ajenas fue minando mi propia capacidad de razonar. ¡Es casi un suicidio!

Yo siempre desprecié a la moral, porque pensé que era un invento de los curas o de los políticos para manejar a la gente. Pero ahora entiendo que la moral es una necesidad objetiva. ¡Claro! Como no tengo respuestas automáticas, debo establecer alguna escala de prioridades que me permita guiar mis actos hacia el fin que yo elija. Eso debe ser la moral. ¡Necesité quedarme completamente solo, encerrado en mi casa, para aprender que la moral es importante! Siempre escuché que la moral es la voluntad de dios o la voluntad de la sociedad. Nadie me dijo que podría buscar un concepto objetivo y racional de la moral en el interior de mí mismo, y que mi código ético es el fruto de mi propia decisión. Ahora sé que existe allí: el fundamento de la moral es mi naturaleza humana, mi necesidad de elegir antes de actuar...y especialmente la infalibilidad de los resultados de mi acción.

¡Claro! Estoy sometido a la alternativa entre existir o no existir, porque no tengo la supervivencia asegurada. Sólo puedo mantener mi vida si actúo constantemente en la forma adecuada, según mi naturaleza, que es objetiva, no es maleable ni caprichosa. Entonces, mi vida debería ser mi valor supremo...y todos los otros valores que elija deberían ser los medios necesarios para mantenerla. Mi vida debe ser mi medida para juzgar todo lo demás: lo que ayuda a mantenerla es bueno y lo que la amenaza es malo. ¡Es lógico! Sin esa meta final no tendrían sentido las metas menores, y por eso cualquier valor que yo sostenga ha de emanar de ella. Eso es elemental. ¿Por qué nadie me dijo antes que la fuente de la moral es la naturaleza del hombre?

Pero sigo sin responder a mi pregunta originaria: ¿Cómo puedo saber qué es bueno y qué es malo para mí? Mi cuerpo me da la primera respuesta. Sé que hay cosas que me producen dolor, y eso es una señal de que algo anda mal. También sé que ciertas cosas me producen placer, y eso me indica que algo anda bien. Pero me hace falta más que eso. Mis plantas también sufren el frío, el viento o las plagas, y disfrutan del agua, el sol y la tierra. Pero esos estímulos provocan en ellas reacciones automáticas. Yo no poseo tal clase de reacciones. El dolor y el placer son sólo señales que debo procesar, y a partir de ellas

elegir un curso de acción. Eso tampoco ocurre automáticamente. Por ejemplo, el cura se pasa los domingos diciéndole a la gente que cuanto más sufra mejor estará. ¡Y muchos le hacen caso! Eligen el dolor, el sacrificio, la miseria, y se convencen de que es bueno para ellos. Eso demuestra que, en definitiva, cada uno elige voluntariamente cómo comportarse.

Por eso, personas como el cura o Irene buscan la aceptación voluntaria de los demás para el autosacrificio. Sólo les hace falta que la gente acepte que el sacrificio es bueno, y de ese modo tendrán sirvientes voluntarios, como fui yo hasta hace unos días.

¡Qué fácil es la vida de las plantas! Mi vida es mucho más difícil. ¿Será por eso que mis éxitos me producen tanto orgullo? Mis papas no podrían sentirse orgullosas. No tienen elección entre crecer o no crecer, y por lo tanto, no tienen elección entre el éxito y el fracaso. Éxito y fracaso, como conceptos morales, sólo se pueden aplicar a seres que actúan decidiendo voluntariamente, y no a quienes actúan automáticamente. ¡Un momento! Voy demasiado rápido. Intuyo que todo esto es mucho más importante y profundo de lo que me parecía. Necesito pensarlo mejor.

Mi vida es el patrón para decidir mi conducta. Pero mi vida no es la de un animal o una planta; tampoco es la de quien vive robando o estafando a los demás, ni la de un fanático que se guía por impulsos, sino la de un hombre que razona. Por lo tanto, mi vida debe ser mantenida por mis propios logros, no por el robo o la mendicidad. El ladrón, el estafador o el mendigo sólo sobreviven si logran que alguien que los mantenga. Si en el mundo sólo quedasen ladrones, estafadores y mendigos, la humanidad se acabaría. Hace falta la productividad racional para que el hombre viva. Aquellos que durante años subsistieron mantenidos por mí, ahora se morirán de hambre, a menos que encuentren otro productor que se sacrifique y trabaje por ellos, o decidan ponerse ellos mismos a producir su alimento.

Los valores que debo escoger, entonces, deberían estar relacionados con todo aquello que requiere mi supervivencia como hom-

bre. Podría actuar como destructor de mí mismo, podría rechazar mi mente, como pretendieron quienes me rodeaban. Eso equivaldría a que mis papas se negasen a absorber el agua, o las vacas a comer el pasto. Ellos no podrían hacerlo voluntariamente, pero yo sí puedo elegir mi propia destrucción. La moral que intentaron imponerme rechaza a la razón, el orgullo, el interés por uno mismo. Ellos buscaron que yo aceptara eso, que es lo mismo que buscar que me suicide.

Veamos...Todo lo que necesito debo descubrirlo con mi propia mente y producirlo con mi propio esfuerzo. Si eso es realmente así, dos factores esenciales para mi vida deberían ser: pensar y producir. Podría quedarme aquí durmiendo durante todo el día y adorando a la luna por las noches, pero si lo hiciera moriría de hambre, a menos que alguien pensase y produjese mi alimento. Ahora que estoy solo me doy cuenta de ello. Toda esa gente a mi alrededor vociferaba contra mis éxitos y me decían que era un vil materialista, que sólo me interesaba producir riqueza. Ellos proclamaban tener metas más elevadas y espirituales que las mías; pero de no haber sido por mi trabajo, todos habrían muerto de hambre. Elegían no pensar que debían producir su propio alimento, y me pasaban el déficit a mí, decorado con frases grandilocuentes vinculadas con la moralidad del sacrificio, el desinterés y la solidaridad, con la esperanza de que yo desechase mis propias metas, aceptase las suyas, y los alimentase. Si esas personas estuviesen aquí, solos como yo estoy ahora, entenderían que cuando no hay víctimas de sacrificio, la solidaridad y el altruismo no producen comida.

La soledad es la mejor maestra para aprender sobre moral. ¡Qué raro! Yo siempre pensé que la moral sólo tenía sentido para aprender cómo debe uno comportarse con los demás. Pero parece que es al contrario: cuanto más solo se está, más se necesita de la moral adecuada. Comprendo también que la moral errónea sólo puede mantenerse en un grupo, cuando ese vicio es escondido entre las virtudes ajenas. En cambio, una persona sola y aislada del resto no podría so-

brevivir si eligiese sostener valores contrarios a su naturaleza, ni podría disimular sus errores adueñándose de los éxitos de otros.

Pensar correctamente debería ser entonces mi virtud básica, pues de ella emanan todas las demás. Hace horas que estoy aquí, pensando, y a partir de mis pensamientos me decidiré a actuar en una dirección determinada, buscando alcanzar alguna meta que yo mismo elegiré. ¿Cómo sé si estoy pensando correctamente? ¡Ahí está el secreto de la supervivencia! Como deduje antes, eso debe tener algo que ver con la lógica a la que tanto critica Irene. ¡Claro! Ella jamás se propuso seriamente la tarea de pensar en los problemas de la supervivencia. El día que se casó conmigo apagó su cerebro y dejó que yo hiciera el esfuerzo de pensar por los dos.

Pero ahora sé que el trabajo productivo es la base de mi supervivencia. Necesito adquirir conocimientos y ponerlos en práctica para adecuar la materia a mis propósitos, es decir, para convertir las ideas en productos. Mis papas son el fruto de una tarea intelectual: pensar, y de su complemento físico: producir. Jamás hubieran existido sin que previamente yo hubiese elaborado la idea creadora.

¡Estos yuyos de mierda! Parasitan mis plantas igual que el gobierno me ha parasitado a mí. Voy a liberar a las papas de esta carga. Se suponía que, del mismo modo, el gobierno iba a liberarme de los parásitos; pero en cambio se convirtió en el parásito más persistente, poderoso e insaciable.

¡Qué plantas nobles! Crecen con fuerza para mantenerse a sí mismas y a estos parásitos que se les han prendido en las ramas y les chupan la savia. A ellas les pasa lo mismo que me ocurría a mí. Pero las pobres plantas no pueden entender la esencia del parásito. Sólo lo toman como un hecho natural y siguen adelante, cargando con él, duplicando su esfuerzo productivo para que ambos vivan. Se comportan como lo hacía yo antes, cuando aún no me había puesto a pensar en el hecho de que los parásitos no son inevitables.

Es un placer liberarlas de esa carga. ¡Hey, papa! Arranco estos yuyos para que puedas crecer con más fuerza. Como planta no podés elegir; el parásito tampoco. Tu forma de vivir es realizando los procesos físicos y químicos que vinculan el agua, la tierra, el aire y el sol, para garantizar tu crecimiento. El medio de vida del parásito es aprovecharse de vos. Ninguno de los dos tiene elección al respecto.

Los humanos, en cambio, sí tenemos la posibilidad de elegir entre vivir por nuestros propios medios o vivir parasitando de otros seres humanos. También tenemos la capacidad para comprender la diferencia entre ambos comportamientos, y para ponerle fin al parasitismo.

Yo vivía produciendo el doble de lo necesario, para mantenerme a mí mismo y a quienes habían decidido prenderse de mí como garrapatas. No me interesaban las ideas, no comprendía el proceso de supervivencia de los parásitos, ni le prestaba atención a esas cuestiones, pues lo único que me importaba era producir la mayor cantidad de riqueza posible. Pero finalmente aprendí que, entre los hombres, el parasitismo no es normal y que puede evitarse; que no tengo por qué aceptar a los demás como una carga; que es moral negarse a ser objeto de sacrificio para otros. No quiero que me ocurra de nuevo lo que me sucedió en el pasado, no porque me moleste producir más de lo que necesito, sino porque no me parece justo que los demás se sirvan de mi esfuerzo. Nunca más permitiré que otros se aprovechen de mí.

Oscurece. Será una noche espléndida, totalmente estrellada, con una inmensa luna llena que ya comienza a iluminar mis plantaciones. Ahora sé que aun cuando me quiten todo lo que tengo, destruyan mis papas, quemen mi casa o me saquen la tierra, igualmente no podrán vencerme, porque soy yo quien ha producido toda esa riqueza. La capacidad de producir es más importante que los bienes materiales. La vida del hombre depende de lo que él produzca, y por eso, si no encuentran algún cerebro productivo que me reemplace, estos parásitos no podrán evitar morir de hambre. En cambio, mientras tenga la

oportunidad de trabajar en algún lado, yo siempre sobreviviré. Si pienso en lo que decía Aristóteles, la vida del hombre no está metafísicamente asegurada, sino que depende de lo que él mismo haga. Yo hago, ellos roban lo hecho por mí. ¡Ellos no podrán sobrevivir sin mí!

Por eso puedo pasar esta noche admirando la luna con satisfacción. Todo lo que necesito para vivir en el futuro, lo produje en el pasado. Esta sensación siempre me fascinó. Es maravilloso llegar al final del día, físicamente cansado pero mentalmente satisfecho, sintiendo que ha sido una jornada de producción, de crecimiento, de superación personal; sabiendo que el alimento que llevaré a mi boca, que la manta con la que me cubriré y la cama sobre la que descansará mi cuerpo esta noche, han sido ganadas con mi esfuerzo, con mi productividad, y no fueron obtenidas de otros por la fuerza, la caridad o el fraude. ¡Pobres infelices aquellos que durante todos estos años vivieron esquilmandome, y no pudieron comprender la grandiosa satisfacción moral de vivir y crecer por uno mismo! Ellos jamás entenderán el orgullo que ahora me embarga, porque nunca lo han sentido. Vivieron como limosneros o ladrones del esfuerzo ajeno, y no pueden reconocer el valor de producir. Por eso deben haber creado esa moral abominable en la que me educaron, que les permitió aprovecharse de mí sin quedar en evidencia.

Me encanta observar la luna, del mismo modo en que admiro todas aquellas manifestaciones de la naturaleza que, como tales, no dependen de mi voluntad ni está en mi poder cambiarlas, sino que sólo puedo admirarlas, tratar de comprenderlas, y aprovecharlas si es posible. Disfruto su belleza, su romanticismo, su luz, en lugar de convertirla en una divinidad mística a la que debo adorar para obtener el alimento. Ahora sé cómo se produce el alimento. La luna no tiene nada que ver con eso.



## 11

En Arroyo Dorado las cosas continuaban empeorando. Ya era un hecho público que otros campesinos, comerciantes, profesionales independientes y empleados a sueldo, habían seguido los pasos de Robinson. De la noche a la mañana, se encerraban en sus propiedades y rompían contacto con los demás, en una actitud que políticos y periodistas consideraban premeditada y consensuada por los rebeldes, siguiendo un plan maestro que, según todos coincidían, estaba destinado a derrocar al gobierno. También se aceptaba como un hecho incontestable que alguna potencia extranjera debía estar ayudándolos.

Irene Robinson se alojó en la casa del Intendente, y la esposa de éste le organizó una intensa recorrida por fiestas, desfiles de moda y actos de beneficencia, exhibiéndola en todas partes como si fuese una especie de testimonio ambulante de la insensibilidad del productor de papas que la había abandonado a su suerte. El Intendente abrió una cuenta en el banco del pueblo, e invitó a los vecinos a depositar donativos para ayudar a la pobre mujer desamparada. La primera semana se recaudó bastante dinero. Pero a medida que transcurrieron los días, la gente fue perdiendo el interés en colaborar, y la cuenta fue finalmente cerrada al mes siguiente.

El dueño de la empresa que transportaba azúcar hasta los almacenes de los pueblos ubicados a lo largo de la ruta, se había encerrado en los talleres donde guardaba sus camiones. Colocó cartuchos de dinamita en cada vehículo y a la mañana siguiente amenazó con volarlos a todos si la policía intentaba ingresar en su empresa.

Antes de hacerlo, publicó en el diario de su ciudad un aviso explicando los motivos de su actitud: era su forma de apartarse de las regulaciones de la provincia, que lo obligaban a seguir determinadas rutas, a cobrar precios fijos y a pagar impuestos asfixiantes. Como

consecuencia de su actitud, los almacenes de todos los pueblos de la zona sufrieron un desabastecimiento adicional, y las ligas locales de consumidores acrecentaron sus reclamos por una inmediata intervención del gobierno para garantizar el derecho social al azúcar.

El ómnibus que desde la Capital unía a todos los pueblos y ciudades de aquella región, llegó una mañana a Arroyo Dorado con dos horas de retraso, y mostrando un fuerte choque en su frente, del que colgaban restos plásticos del paragolpes de un automóvil. La primera persona que descendió de él fue un joven de menos de veinte años, melenudo y barbudo, a quien nadie en el pueblo había visto antes, aun cuando lucía el tradicional uniforme azul de la empresa. Era el nuevo chofer, contratado de urgencia aquella misma mañana. Los choferes más experimentados de la línea habían decidido quedarse en sus casas y no ir más a trabajar, por estar en desacuerdo con las leyes que obligaban a la empresa a pagarles a ellos iguales salarios que a los novatos sin experiencia ni conocimientos.

Algunos de los pasajeros, visiblemente mareados, vomitaron apenas pudieron descender del ómnibus, e insultaron al joven chofer, que con su walkman colocado, ni siquiera escuchaba lo que le decían, y en cambio disfrutaba del último éxito del grupo tecno-salsa “Los Tuertos”, cuyas letras procaces y ritmo pegajoso lo distrajeron y provocaron el choque en la ruta. Alguien cubrió un vómito con un ejemplar del diario del pueblo vecino, donde se había publicado la declaración del chofer que ese día debía conducir el ómnibus, en la que explicaba los motivos de su decisión.

El dueño de una fábrica de quesos se encerró la noche anterior en su empresa, aprovechando que los empleados habían decidido hacer una huelga exigiendo mayores sueldos. Cuando la gente comenzó a llegar a la mañana siguiente, encontró las puertas trabadas con cadenas, advertencias sobre la colocación de explosivos, y un gran cartel que ocupaba casi toda la entrada de camiones, que decía:

*“Durante años he producido quesos. Debí soportar las leyes, la burocracia, las trabas a la producción y al comercio, las presiones del sindicato y de las mafias. He padecido cada huelga que mis empleados decidieron hacer para que aumenten los sueldos ya pactados, para obtener ventajas no acordadas, o simplemente, porque no querían trabajar.*

*“Hoy decidí hacer mi propia huelga. Desde hoy no pagaré más salarios ni ofreceré trabajo a quienes fueron mis empleados. No produciré un gramo de queso para quienes se creen autorizados a exigirme que lo produzca, ni respetaré ninguna ley que viole mis derechos”.*

La unión de sindicatos se reunió de urgencia y organizó una concentración de trabajadores frente a la fábrica. La rapidez con la que pudieron desplazar hasta allí a más de cinco mil personas, demostró el temor que produjo en ellos aquella pretensión del empresario de considerarse con derecho a hacer una “huelga”.

A cien kilómetros de Arroyo Dorado había una ciudad de mediano tamaño, que se había hecho famosa porque un brillante bioquímico que vivía allí logró desarrollar en su laboratorio casero la vacuna contra un virus que, desde hacía una década, diezmaba los rebaños de ovejas de la región. Después de que el científico experimentó durante años con sus compuestos, e invirtió todo su tiempo, dinero y conocimientos en descubrir la vacuna, una ley la declaró objeto de interés comunitario y le exigió que entregara la fórmula al gobierno, con el argumento de que debía cumplir con su deber social de satisfacer las necesidades de la economía nacional.

El bioquímico publicó en el periódico de su ciudad una declaración por la que afirmaba el derecho de propiedad sobre su invento y su deseo de comercializarlo de acuerdo con su conveniencia. Luego se encerró en su laboratorio, negándose a entregar la fórmula al gobierno. A partir de ese día, cientos de ovejas murieron en la región a causa

del virus, que reapareció apenas los animales dejaron de estar inmunizados.

A diferencia de la pasividad con la que había respondido hasta aquel momento frente a otros productores rebeldes, el gobierno decidió en ese caso emplear la fuerza de inmediato para impedir la mortandad de ovejas. En un rápido y confuso operativo, la policía penetró en el laboratorio y el científico murió de un disparo en la cabeza. El jefe de policía explicó que el “sospechoso” se había resistido al arresto y murió en un tiroteo; pero ningún testigo escuchó más de un disparo ni vio armas en el interior del lugar, que sólo había sido cerrado con candados y trancas de madera que los policías rompieron sin mucho esfuerzo.

Las vacunas que estaban almacenadas en el laboratorio fueron repartidas en forma gratuita entre los criadores de ovejas que, a golpes de puño, combatieron entre ellos por obtenerlas. Pero una vez que las vacunas se acabaron, los animales comenzaron a morir nuevamente, a causa de ese extraño virus que sólo podía ser abatido con un compuesto cuya fórmula se llevó a la tumba aquel brillante científico.

Quienes decidían encerrarse en sus propiedades para no tener más tratos forzados, estaban unidos por una característica común: decían hacerlo como consecuencia de una decisión individual, que no estaba relacionada de ningún modo con idénticas actitudes de los demás. Sin embargo, nadie les creía.

Los periodistas se mofaban de ellos, e inventaban chistes sobre la absurda pretensión de que aquel bien planeado complot contra el pueblo consumidor fuese el resultado de cientos, o quizá miles de iniciativas individuales, desconectadas e inconsultas. Pero precisamente esas afirmaciones de individualidad e indiferencia por lo que hacían los demás, aumentaba la preocupación del gobierno.

El diario más leído del país publicaba todos los días mapas de cada Provincia, marcando los lugares en los que se habían aislado sus propietarios. Bajo cada mapa, como demostración de la escasa entidad

de esas actitudes, se señalaba la población y superficie de la provincia, la cantidad de personas encerradas y la superficie de sus propiedades, para finalmente indicar el porcentaje de los rebeldes respecto de la población y superficie totales. Por ejemplo: Córdoba: superficie, 168.854 kilómetros cuadrados; población 2.764.176 habitantes. Personas encerradas: 18; superficie de sus propiedades: 0,723 kilómetros cuadrados; porcentaje de personas encerradas respecto de la población total de la provincia: 0,0006512 %; porcentaje del territorio rebelde respecto de la superficie de la provincia: 0,0004282 %.

Se hablaba de esas personas como si fuesen enfermos mentales. Les temían, temían comentar sus hazañas, y especialmente, sentían pánico cada vez que se enteraban de que alguno de ellos había muerto. ¿Qué podía ser más importante que vivir? ¿Acaso no hacían lo que hacían invocando el derecho a gobernar sus propias vidas? ¿Por qué sostenían sus principios hasta el punto de dejarse matar por ellos? Era algo que la mayoría de la gente no podía entender, y esa actitud era la que más miedo generaba en todos.

Los llamaban “fanáticos”, cargando a ese apelativo con una gran dosis de rencor, que como suele ocurrir, estaba basado en el temor.



## 12

¡Qué bueno! Las papas salieron espectaculares este año. Esas carpas de nylon que fabriqué para protegerlas durante el invierno, permitieron que conservaran su calidad y crecieran más de lo habitual. ¡Es lógico! El frío retardaba el crecimiento y las heladas dañaban las hojas. Necesariamente todo eso debía perjudicar la calidad de los tubérculos. El nylon las apartó del viento, de la escarcha y mantuvo la humedad, creando ese microclima que las conservó sanas y permitió que crecieran tanto.

Lo que me haría falta ahora es encontrar a alguien con quien intercambiar parte de estas papas por otros productos. Con uno de estos cestos grandes puedo mantenerme un mes...y recién comienzo la recolección. ¡Qué bien me vendría cambiar el resto por algunas cosas que estoy extrañando! Lástima que no puedo negociar con nadie, pues apenas ponga un pie fuera de mis tierras me caerá encima todo el mundo.

Pensar que muchas personas me gritaban: “¡Negociante!”, pretendiendo que de ese modo me insultaban. Pero yo descubrí que hay dos maneras de vincularse con la gente: por la razón o por la fuerza. El negociante se vincula por la razón; los demás usan directa o indirectamente la fuerza. Prefiero al negociante.

Allí afuera hay un montón de gente que se cree con derecho a quedarse gratis con mis papas. Pero nada es gratis en el mundo. Tardé unos cuantos años, pero al fin aprendí que el costo por servir a los demás es mi propia vida, que la fueron consumiendo poco a poco todos aquellos que subsistieron a mis expensas. Ahora que sé lo que vale mi trabajo y mi productividad, no estoy dispuesto a entregar nunca más ni una sola papa a cambio de nada.

Me siento orgulloso por mis éxitos, y ahora entiendo que el orgullo no es malo, porque en realidad no son las papas el objeto de mi

orgullo, sino yo mismo. No me interesa tanto la riqueza, sino el hecho de que fui yo quien la produjo.

Desde chico me enseñaron que cuando las cosas salen bien uno debe sentirse agradecido, no orgulloso. ¿Agradecido a quién? Estas papas son el fruto exclusivo de mi trabajo y mi talento. No debo agradecerle a nadie más que a mí mismo que hayan salido tan buenas. Yo podría haberme quedado durmiendo bajo un árbol, como el empleado que tuve, o rezándole a algún dios todo el día, y en tal caso no hubiese podido cosechar ni una papa. Ese es el fundamento de mi orgullo, y ahora que puedo sentirlo sin culpa, destruí parte de las contradicciones que me atormentaban. Nunca más aceptaré lo que los demás consideran que es bueno o malo; sólo seguiré el camino de lo que mi propia mente me indique. Yo no soy infalible, sé que puedo equivocarme; pero también se pueden equivocar todos los demás. ¿Qué gano con sustituir mis limitaciones con las limitaciones ajenas?

Precisamente, guiándome por las premisas ajenas fue como llegué a aceptar esa moral que inventaron para convertirme en su sirviente. Pero la contradicción lógica de sus premisas fue lo que me permitió abrir los ojos y ver la realidad. Ellos me enseñaron que debía entregar buena parte de lo que produzco, porque la finalidad de mi vida debería ser el servicio a los demás sacrificando mis propias metas. Por otro lado, maldijeron mi productividad, la menospreciaron, la consideraron un hecho secundario, me repitieron una y mil veces que era mucho más importante dedicarse a las cuestiones espirituales que a las materiales.

Sin embargo, apenas me negué a seguir produciendo para ellos se originó todo este revuelo. Si las cuestiones materiales y la productividad económica no son importantes ¿por qué me necesitan tanto? Si es tan malo mi afán de bienestar, ¿por qué no pueden sobrevivir con todos sus valores espirituales y necesitan de mis defectos materialistas? ¿Son las cuestiones materiales realmente secundarias, o son esenciales para poder enfrentar a todas las demás? ¿Es razonable que un hombre se dedique a pensar en cualquier otra cosa antes de resolver



cómo mantendrá su vida? ¿Es posible desligar las cuestiones materiales de las morales? ¿Es lógica una moral que no tiene en cuenta el proceso de producción del alimento?

Su código de valores sostiene que es inmoral vivir por el propio esfuerzo, pero moral vivir por el esfuerzo ajeno; que es inmoral disfrutar de lo que uno logró con su trabajo, pero moral consumir el fruto del trabajo de otros. En definitiva, que es inmoral producir algo, pero que es moral conseguirlo mendigando o robándolo. Sus propias contradicciones fueron la respuesta a mis dudas, y ello me permite ahora vivir en paz conmigo mismo, sosteniendo mis valores y apartando de mi mente la culpa que intentaron inculcarme. Porque...

¿Qué es ese ruido? Viene del norte, detrás de la colina. ¡Es un helicóptero! ¡Qué raro! Hace años que no veía un helicóptero por aquí...Desde que se escapó aquel asesino de la comisaría del pueblo y la policía lo anduvo buscando durante una semana. ¿Qué hace? Se acerca a mi casa. ¡Está bajando detrás del granero!

¡Seguro que vienen a buscarme! Llegó el momento de defenderme en serio. Yo sabía que éste era el precio que eventualmente debería pagar por aislarme de la gente. Tendré que pelear para que me dejen estar solo. ¿No es ilógico?

Son cuatro y traen fusiles. No son policías ¡son soldados! Tengo que llegar al granero antes que ellos...Si me descubren aquí estoy muerto. Allí van dos...¡Qué bueno que no me vieron! Ahora voy yo por detrás. No esperaba tener que pelear contra el ejército, pero así son las cosas: su agresión me autoriza a dispararles.

Tengo a uno en la mira. ¡Pensar que hay gente que le dispara a otros por gusto! Este hombre debe tener una familia, tal vez sea una buena persona...Pero ahora es mi enemigo. Así es la guerra, algo monstruoso...¡Le pegué en una pierna! Uno menos. Ahora me quedan tres. Dos están rodeando la casa y todavía no me vieron...Pero...¿y el tercero?...Lo perdí de vista. ¿Dónde está? No pudo llegar tan rápido. ¡Debe estar detrás del pozo de agua!

¡Ah!...Me dio en el brazo. ¿Cómo hizo para ponerse detrás mío sin que lo viera? Se nota que estos soldados están bien entrenados. ¡Cómo duele! ¿Por qué tendrán que atacarme? Necesito llegar al granero...No puedo levantar el brazo...¡Qué dolor! Debo parar un momento a descansar detrás de esas bolsas. Estoy perdiendo mucha sangre y me mareo. Si no me siento un momento en algún lado, me voy a desmayar.

Se acabó. Sus ojos son más fríos que el cañón de su fusil. ¡Me va a matar! ¿Por qué tendrán todos tanto interés en matarme? Mi mujer, la gente del pueblo, el cura, el gobierno, la cooperativa, el sindicato, se pasaron toda mi vida diciéndome que no servía para nada. Sin embargo, no pararon de agredirme, y ahora quieren verme muerto. Este soldado fue entrenado para la guerra, para luchar contra otros soldados de otros ejércitos profesionales; pero lo mandaron a matarme a mí, un simple campesino que no le hizo mal a nadie. ¿Por qué? ¿De pronto me volví tan importante? ¡Ni siquiera he salido de mis tierras! Desde aquí no puedo agredir a ninguna persona. ¿Por qué me quieren matar entonces?

Siempre me gustó la gente que no duda. Lástima que este soldado no duda de que me matará. Dicen que en estos casos las personas repasan la historia de su vida. ¿Qué hice yo durante mi vida? Trabajé sin descanso mientras otros usufructuaron mi esfuerzo. Un día decidí que eso era injusto, declaré mi independencia e intenté vivir libre y aislado de quienes querían esclavizarme. ¡Y justo ahora que lo estaba logrando, este soldado me va a matar!

¡Qué diferente se escucha un disparo cuando le tiran a uno! Pero...¿Por qué no me duele nada? ¿Qué pasa? Cayó él, no yo. ¿Quién disparó?

¿Quién es ese? ¡Es mi vecino! ¿Cómo se llamaba?...¡Darío! ¡Le disparó al soldado! ¿Por qué lo habrá hecho? Nunca hablamos demasiado. Es una persona correcta, al menos siempre nos saludamos con amabilidad y arreglamos nuestros problemas civilizadamente, aunque me parece un hombre reservado y solitario. ¡Para que me pa-

rezca solitario a mí, que no hablo con nadie! Quizá nunca se acercó demasiado para no tener que soportar a Irene. ¿Por qué le habrá disparado al soldado?

Se detuvo en la entrada. ¿Esperará que lo invite? Si...Eso debe ser...Pero yo apenas me puedo mover. ¿Dónde estarán los otros soldados? ¿Qué pasa? ¿y ese ruido?...¡Es el helicóptero! Levanta vuelo. ¿Se va? Sí, parece que sí...No veo a los heridos. Se los llevaron a ambos. ¿Eso quiere decir que les gané esta batalla?

¡Cómo me duele el brazo! De todos modos, debo ir hasta el alambrado para hablar con mi vecino. Me salvó la vida y se lo quiero agradecer.

-¡Darío! Si me espera unos segundos a que llegue hasta allí le diré por dónde no hay minas, así puede entrar.

-No quiero entrar a su propiedad. Aquí estoy bien.

-Como prefiera. Le agradezco lo que hizo por mí.

-No he hecho nada por usted.

-Acaba de salvar mi vida.

-Sí, pero no lo hice por usted.

¿Qué le pasa? ¿Por qué me habla así, si después de todo vino a ayudarme?

-¿Por qué lo hizo entonces?

-Hoy decidí declarar mi independencia, encerrarme en mi chacra y no aceptar más órdenes a punta de pistola, como hizo usted hace unos días.

Es increíble lo que estoy oyendo.

-Entonces somos compañeros en esta empresa.

-¡No, no somos compañeros! Usted defiende su propiedad y yo la mía. No me gusta el compañerismo...El compañerismo es un lastre, y yo no quiero cargar con usted. Prefiero tomar mis propias decisiones y defender mis derechos como mejor me parezca. Usted haga lo que quiera. En la medida en que nuestras metas coincidan nos llevaremos bien, y nos beneficiaremos mutuamente. Pero no quiero tener con usted una relación que vaya más allá de eso.

-¿Por qué me salvó la vida entonces?

-Le repito que no lo hice por usted...Lo hice por mí.

-No lo entiendo.

-Es la justicia, son mis valores, es mi integridad, es mi propiedad, es mi honestidad, es mi conciencia lo que está en juego. Todo esto no tiene nada que ver con usted. En realidad aún no sé muy bien cómo explicarlo. Lo hice porque era justo, y porque está de acuerdo con los valores que he decidido sostener. Por eso no aceptaría un trato o un pacto de alianza con usted para enfrentar a nuestro común enemigo. Es mi enemigo, no me importa si también es el suyo o no. ¿Qué ganaría aislándome del resto y convirtiéndome en delincuente frente al gobierno, si terminase uniéndome con usted? Quiero estar solo, pensar en forma independiente y tomar mis propias decisiones. Estuve reflexionando mucho sobre todo esto desde que me encerré. Cuando todo termine y vuelvan a respetarse los derechos, entonces tal vez podamos hacer negocios. ¿Me entiende?

-¡Si, por supuesto! Pero ya que al menos no somos enemigos, me gustaría ofrecerle un acuerdo comercial ahora mismo...Me sobran papas y necesito algo de alcohol, vendas y antibióticos para curar mi herida. ¿No le interesaría hacer un trueque?

-¿Un trueque?...No sé...Tengo bastante de lo que usted necesita. ¿Qué me ofrece a cambio?

-¿Qué le parecen esas dos cestas completas de papas?

-Déjeme ver...Son de buena calidad, como las que usted produce habitualmente. Me parece un buen trato.

-Ah...espere un poco. También necesito fósforos...Le puedo dar algunas papas más a cambio de una caja de fósforos de madera.

-¿No compró provisiones antes de encerrarse?

-No. No pensé que esto iba a durar tanto tiempo. Supuse que cuando comprendieran que lo único que quiero es estar solo, me dejarían tranquilo y podría volver a negociar libremente.

-Si, lo entiendo. Cuando yo comencé a evaluar la idea de encerrarme en mi campo, también pensé que una decisión así no traería

mayores consecuencias. Pero luego vi cómo lo atacaron a usted y comprendí que su interés por estar solo es lo que más odio y temor produce en esa gente. Inmediatamente compré provisiones para un año. Eso se lo debo a usted. La información bien vale por los fósforos...quédese los. Sus papas me vendrán muy bien, porque como era de esperar, desde que usted se encerró, las que se venden en el almacén del pueblo no se pueden comer y los precios están altísimos.

-Gracias.

-Ahora me voy...Tengo mucho trabajo y no quiero descuidar la entrada, por si viene el comisario, el recaudador de impuestos, el cura o algún otro saqueador. En unos minutos le traigo lo que me pidió, así puede curarse esa herida...y le traeré también una botella de whisky del Tennessee de regalo, para que pueda soportar mejor la espera.

¡Qué macanudo que es este Darío! Acabo de hacer un excelente trato, y pienso que él también, a juzgar por la cara que ponía mientras examinaba mis papas. El comercio es la expresión más clara de lo que valen los hombres, porque cuando los intercambios son libres, lo que cada uno obtenga dependerá de lo que sea capaz de ofrecer a cambio. Cuando existe comercio todos ganan, pues valoran más lo que reciben que lo que entregan, y cuanto más intenso es el comercio, mejor viven todos. Me parece que eso es lo que siempre me hizo valorar tanto a los demás: la idea de que puedo tratar con ellos de acuerdo con lo que mutuamente nos podemos ofrecer, no considerando lo que mutuamente nos podemos quitar. Siento que si hay respeto por la voluntad y la libertad, siempre ganaré en el intercambio.

Nunca pude ponerle un nombre a ese sentimiento. Nunca encontré a quién preguntarle cómo llamarlo, porque toda la gente que me rodeaba se ha relacionado por la fuerza o el fraude, no por el comercio. Irene se pasaba el día despreciando al comercio y ridiculizando la imagen del comerciante, a quien tildaba de insensible materialista carente de sentimientos y preocupación por los demás. Yo no estoy de acuerdo. Pienso que Darío debe haberse sentido tan satisfecho co-

mo yo hace un rato, cuando intercambiamos nuestros productos. Ese sentimiento, al que no sé cómo llamar, jamás pudo ser compartido por las personas que me rodeaban, pues ellos nunca se comportaron como comerciantes, sino como saqueadores.

Darío fue generoso en nuestro trato. Aun cuando ambos ganamos con ese intercambio, él sabía que mis prioridades eran mucho más dramáticas que las suyas: no es lo mismo necesitar penicilina para evitar una infección, que combinar algunas papas con la comida diaria. Podía haber pedido más de lo que pidió, sabiendo que yo estaría dispuesto a dar mucho más que dos cestos de papas por esa penicilina, pero no lo hizo. Al contrario, me regaló fósforos y whisky.

Pero su generosidad es totalmente distinta de aquella que me enseñaron a cultivar. No es la que se exige a los demás como un deber; no es la generosidad cristiana, que pretende que uno dé a cualquiera, sin esperar nada a cambio, considerando como prójimo no al más valioso, sino al más despreciable de los hombres. Jamás había podido entender eso hasta hoy: quienes colocan al mendigo y al ruin como ejemplos del prójimo que merece nuestra ayuda, en realidad están sugiriendo que éstos son los parámetros de la virtud.

Al contrario, la generosidad de Darío es la de quien vio en mí a alguien con valores similares a los suyos, y por lo tanto, regalarme ese whisky o esos fósforos fue para él una manifestación de la armonía que existe entre sus valores e intereses y los míos. Estoy seguro de que él no le regalaría cosas a cualquiera, del mismo modo que yo no lo haré más de aquí en adelante. Pero el día que esté otra vez en condiciones de vivir prósperamente, me encantaría ayudar a mi vecino. No lo haría a cambio de nada, del mismo modo en que él no salvó mi vida a cambio de nada. Lo haría a cambio de la satisfacción moral de compartir algo con quien se lo merece. ¡Ahora entiendo por qué me repetía que no lo hizo por mí, sino por él!

Su comportamiento, sus gestos y sus actitudes son muestra de su...civilidad...¿Civilidad?...Me gusta esa palabra. Suena a civilización. Me recuerda a esos principios que los romanos fueron deducien-

do para resolver los conflictos en aquellas remotas regiones que sus legionarios conquistaban, y que tenían leyes y costumbres diferentes a las suyas...¿Cómo lo llamaban? El *ius gentium*...El derecho de gentes. Lo elaboraron siguiendo las reglas de comportamiento de la gente civilizada, pensando que lo que era bueno para la gente civilizada debería servir para resolver los conflictos cuando no hubiera una ley común entre los litigantes.

Me gusta pensar en estas cosas. Alimenta mis esperanzas de que tal vez algún día surja una sociedad de comerciantes, de personas que se relacionen mediante acuerdos voluntarios, buscando el beneficio personal; que en sus tratos se rijan por un derecho elaborado para la gente civilizada, y no por leyes como las que me impuso el gobierno de estas tierras, y que me obligaron a declarar mi independencia.

Entiendo perfectamente la actitud de Darío. Pero...¿qué bien me vendría intercambiar periódicamente mis papas por sus productos!

Ahora debo curar la herida de mi hombro antes de que se infecte. El alcohol y los antibióticos me salvarán la vida nuevamente. ¿Se dará cuenta de todo lo que le debo? Parece que no le importa. ¡Claro! A mí tampoco me importaría. ¿Por qué trato de juzgarlo según las mismas reglas por las que lo juzgaría el resto de la gente, en lugar de hacerlo bajo los nuevos parámetros que he descubierto en estos días de aislamiento? Yo también le hubiese salvado la vida, de tener la ocasión, porque es un hombre valioso. Tampoco lo hubiera hecho esperando algo de él, sino porque hubiese sido justo. ¿Justo? Parece que de a poco las piezas comienzan a encajar en mi rompecabezas.

Me estoy dando cuenta de que cuando los tratos son voluntarios, los hombres aprecian mejor lo que valen los demás. Los hombres valen por lo que pueden ofrecer, sean bienes, ideas o sentimientos. Tantos años de coacción, de parásitos que vivieron de mí, alguna vez me impulsaron a menospreciar a los otros. Pero los hombres que se comportan como tales, como mi vecino, son esencialmente valiosos y es un placer ayudarlos cuando no supone un sacrificio. Su actitud

hubiese sido totalmente normal en una sociedad que se comportara normalmente.

Cuando todos me hablaban despectivamente de los comerciantes, considerándolos fríos materialistas incultos e insensibles, escondían detrás de esas críticas un ataque contra el símbolo de una relación racional entre seres humanos. El comercio es el único medio de comunicación posible entre hombres que quieren vivir en paz. El comerciante ha ganado lo que tiene, no da ni toma lo que no le corresponde; no espera una recompensa por sus fracasos ni que se le perdonen sus defectos. Sabe que nadie más que él mismo es responsable de sus ganancias y pérdidas. Los comerciantes no contraen ninguna obligación moral, excepto la de tener relaciones exclusivamente voluntarias y cumplir con la palabra empeñada. Sólo celebran tratos en su propio interés, cuando ambos piensan que ganarán con el intercambio. De lo contrario no habrá acuerdo ni negocio. Sólo se puede perder cuando la fuerza está del lado de una de las partes. ¡Es lógico! Cuando los talentosos pueden producir libres de coacción, todos ganan con ello. Mis mayores esfuerzos no alcanzarían para descubrir la penicilina antes de morir por una infección; pero el comercio y los contratos me permitieron conseguir un poco de ella a cambio de mis papas, y así salvar mi vida.

¡Qué bien podría vivir el mundo si se respetara la libertad para crear y producir! Aquí encerrado, sin la posibilidad de comerciar, impedido de acumular riqueza y sin disponer de la tecnología, mis chances de prosperidad son bastante limitadas. Por el contrario, el mundo creció gracias a que el valor personal del propio trabajo fue combinado con el esfuerzo productivo de todos los demás.

Alguien usó su talento para producir esta penicilina, yo uso el mío para cultivar mis papas, otro construye estufas, otro automóviles. Gracias al comercio, cada uno de nosotros puede disfrutar al mismo tiempo de penicilina, papas, estufas, automóviles y de todo lo que otras personas decidan producir. Esa es la diferencia entre un campesino de la Edad Media y un campesino de hoy. El nivel de vida que yo



podría alcanzar hoy, encerrado aquí, sin posibilidad de comerciar, es similar al que tenía un campesino de la Edad Media. Todo el confort, riqueza y bienestar del que gozaba, fue el producto de poder acceder libremente al fruto del genio inventor de otros, gracias al comercio y al respeto a los derechos.

Las ideas de los talentosos hacen más ricos a todos. De esto me doy cuenta ahora, que sólo puedo disfrutar de lo que produce yo mismo. Hoy me faltan muchas cosas que antes tenía a mi disposición entregando a cambio unas cuantas papas a los otros productores.

Descubro que es una tremenda mentira pretender que el ignorante es explotado por el talentoso. Por el contrario, el ignorante accede a un montón de cosas que, si no fuera por el talentoso, jamás existirían. Cuanto más ignorante o disminuida es una persona, más contenta debería estar de que existan a su alrededor otros que producen riqueza y bienestar. Todos tenemos algo que ofrecer, cada uno en la medida de nuestra capacidad, y por lo tanto, aun el ignorante podrá obtener, a cambio de lo mejor que pueda dar, un poco del bienestar, del confort y la calidad de vida que produce el genio inventor. Por eso, si hay un arquetipo del hombre virtuoso, no debería ser el mendigo y el ruín sino el hombre que aplica su mente a producir.

Mi vecino me ha enseñado unas cuantas cosas esta mañana. Todo esto tiene que ver con la moral y los valores. Debo poner mi cabeza a funcionar; tengo que olvidarme de todo lo que me obligaron a aceptar desde que nací y elegir mis propios valores. En especial, debo tomar con mucho cuidado la palabra “justicia”, que por lo que veo está más relacionada con la libertad que con la necesidad.

Darío me mostró lo que es la independencia, me hizo recordar que nadie puede pensar por otro, del mismo modo que nadie puede vivir por otro. También me enseñó que es inútil tratar de desfigurar la conciencia, que deben mantenerse con integridad las propias convicciones y que no se gana nada traicionando los valores e intentando vivir del engaño.

De allí deduzco que hay que juzgar la conducta de los hombres respetando la verdad, por un proceso tan lógico como el que uso para producir mis papas. Debo juzgar a cada hombre por lo que es y tratarlo en consecuencia. Cada vez que en el pasado acepté, o por lo menos, no desprecié los vicios de quienes me rodeaban, cometí un acto de traición moral, en perjuicio de aquellas personas valiosas como Darío, a los que desconsideré, por ejemplo, al colocarlas en un pie de igualdad con el inútil de Rosendo.

Debo vivir y actuar dentro de los límites de mi conocimiento, y dejar que éste se amplíe lo más posible a lo largo de mi vida. Aun cuando yo no sea omnisciente, prefiero un error cometido por mí mismo, que diez verdades aceptadas sin pensar, porque los errores pueden ser corregidos, pero las verdades aceptadas destruyen la capacidad para distinguir la verdad del error. Cualquier conocimiento que yo pueda adquirir, sólo lo será gracias a mi voluntad y esfuerzo, y eso es lo que me hace distinto e individual entre todas las demás cosas que existen.

Quienes me rodeaban, siempre despreciaron mis opiniones y simplemente me decían con una sonrisa sarcástica: “¿Quién sos vos para juzgar?”. Ahora sé cuál es la respuesta: “Yo soy un hombre, y como tal debo juzgar siempre. No podría dar un paso siquiera, sin discriminar las alternativas que tengo frente a mí y tomar la decisión que considere adecuada”.

Hay un delito en este país contra quienes discriminan. Pero si discriminar es distinguir y optar, todos lo hacemos. Hasta quienes dictaron la ley que castiga la discriminación, discriminaron al hacerlo.

Cada vez que expresé mi satisfacción por un éxito personal, el padre Andrés me recordaba mis supuestas limitaciones, porque según él soy “solamente humano”. ¡Como si eso fuera poco! Detesto esa expresión, y la cara de piadosa conmiseración que pone el cura cada vez que la pronuncia. En su nombre se justificaron abusos e injusticias contra individuos talentosos, productivos e inteligentes, en beneficio

de los más depravados y miserables parásitos que se cobijaron bajo el paraguas protector de la “imperfección humana”.

Los vicios no pueden ser justificados, porque son elegidos. Yo no elegí ser vicioso, vago o criminal; elegí ser productivo y honesto. ¿Por qué debo tolerar la deshonestidad, la vagancia o la ineptitud de otros?...Y lo que es peor...¿Por qué he de mantenerlos con mi dinero?

Toda mi vida estuve atrapado entre dos clases de ideas contrapuestas: las que necesitaba para crear riqueza, que están emparentadas con la tecnología y las que necesitaba para vivir con los demás, regidas por la moral. Yo acepté que debía usar la lógica para producir, y abandonarla al relacionarme con otros. Ahora que lo pienso, eso era contradictorio. Si la lógica es buena para tratar con el mundo, debería serlo también para tratar con otros hombres.

Sin embargo, desde chico me enseñaron que una plegaria vale más que mil argumentos; o que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja antes de que un egoísta entre al Reino de los Cielos.

¡Cuánta confusión! Con razón me cuesta tanto desembarazarme de toda esa prédica anti-vida. Pero ahora estoy tranquilo.



## 13

Ya había transcurrido más de un mes desde que apareció la declaración de Robinson publicada en la Gaceta de Arroyo Dorado, y en el pueblo, lejos de recuperarse la calma habitual, crecieron la preocupación y el miedo, especialmente porque el asunto había trascendido las fronteras de la provincia para llegar a la propia Capital del país. Allí se computaban diariamente las crónicas reales y ficticias, objetivas y tendenciosas, provenientes desde todas las regiones. Parecía como si el caso de Robinson se hubiese calcado milimétricamente en cientos de lugares distantes entre sí.

Durante las primeras semanas, los noticieros denunciaron la existencia de un complot nacional de inescrupulosos productores contra el pueblo consumidor. El Presidente de la República anunció al país que el gobierno no permitiría esos actos de insolidaridad social, y ante las cámaras de televisión ordenó que los campos, fábricas y negocios de quienes se marginaban de la Sociedad, fuesen ocupados por el ejército, expropiados y puestos inmediatamente en manos de los trabajadores, para reiniciar la producción en beneficio de los consumidores. Pero transcurridos esos primeros días, mientras aumentaban los rumores de nuevos aislamientos, repentinamente cesó toda referencia del gobierno sobre el tema.

Los diarios publicaban las listas de los dueños de comercios, campos y empresas que, presumiblemente, habían decidido encerrarse y negarse a tener tratos con el resto de la gente. El gobierno no confirmó jamás ninguna nómina puntual, sino que se limitaba a insistir que no permitiría que los derechos sociales y la paz pública fuesen alterados por los subversivos.

Se desarrolló una suerte de folclor alrededor de esos acontecimientos. Las crónicas populares hablaban de enfrentamientos armados

entre los rebeldes parapetados en sus propiedades, contra la policía y el ejército que intentaban sacarlos de allí.

Algún periodista utilizó el término “desertor” para referirse a estas personas, y el concepto fue adoptado de inmediato por la gente común, que alentada por la televisión, la radio, los periódicos y hasta los “graffitis” escritos en paredes y calles, comenzaba a odiar a aquellos marginados de la Sociedad.

Se explicaba el uso de esa palabra diciendo que los productores rurales, empresarios, industriales, comerciantes, profesionales en general, y hasta los empleados y obreros, cumplían una función social básica que permitía la pacífica coexistencia de todos los individuos, al satisfacer con su trabajo las necesidades de los consumidores. Entonces, quienes dejaban de producir o comerciar, en realidad estaban desertando de su deber social de contribuir al mantenimiento de la comunidad. El término se hizo rápidamente popular.

En los principales programas periodísticos, se organizaron paneles para discutir los nuevos conceptos económicos y sociales que estaban en juego a partir de estas “deserciones”. Se insistía en que la nueva confrontación filosófica estaba planteada entre el derecho de propiedad y las necesidades del consumidor, y que, evidentemente, en dicha puja no había razón para justificar a ultranza la propiedad privada sobre las exigencias del Pueblo. En todas estas discusiones se dejaba perfectamente aclarado que el reconocimiento y protección legal de los derechos individuales sólo se justificaba en tanto sirviesen a su función social. El corolario económico era que los consumidores constituían la razón de existir de los productores y que por ello, el derecho de propiedad de estos últimos sólo tenía sentido en la medida en que satisficiera las necesidades de los primeros.

El concepto de “consumidor” encajaba perfectamente con esas teorías, pues permitía sostener idénticos criterios filosóficos que antes habían sido colocados en cabeza del “Pueblo”, los “carenciados”, o los “necesitados”, pero quitándole las connotaciones ideológicas atribuidas antaño a aquellas palabras. De este modo no necesitaban ha-

hacerse cargo de los resultados a los que el mundo llegó en su nombre y podían simular una posición más moderna, al usar un vocablo usualmente invocado por los capitalistas para justificar la existencia del mercado.

-Podemos comparar esta época con la que transcurrió al acabar las monarquías...¿no? -explicaba con aire doctoral una ex modelo, convertida, al superar los treinta años, sucesivamente en presentadora de programas infantiles, periodista de un noticiero y conductora de su propio programa de actualidad-. Los reyes eran los dueños de todo, ¿no?...Eran dueños de la vida, de la propiedad, de la libertad de las personas, hasta que la necesidad del Pueblo lo llevó a derrocarlos...¿no? Hoy debemos derrocar a los nuevos reyes tiránicos, que son los poseedores de las riquezas naturales y de los medios de producción, y quienes intentan mantener a las necesidades de los consumidores bajo el yugo de sus caprichos e intereses egoístas...¿no?

Pero mientras los periodistas diseminaban su filosofía popular para las masas, en Arroyo Dorado, al igual que en el resto del país, los bienes más preciados y elementales continuaban escaseando. Las papas, que eran el producto local por excelencia, no se podían comer porque estaban duras y llenas de impurezas. Su precio se había triplicado por la escasez, lo que originó airadas quejas de los consumidores. El Intendente respondió al clamor popular fijándoles un precio máximo, que justificó con el argumento de que no era lógico que en la principal región papera del país, los precios fuesen tan altos y la calidad hubiese disminuido tanto. Sus asesores económicos coincidían en que sólo la especulación egoísta de quienes aprovechaban la crisis para obtener un beneficio desmedido, podía ser la causa del aumento de los precios.

La consecuencia que los precios máximos tuvieron sobre el mercado de papas no se hizo esperar, y condujo a una mayor escasez, que a su vez provocó una huelga general de quienes aún producían, invocando su derecho a percibir por las papas un precio justo que contemplase sus costos. Escenas similares se repetían en todo el país, y

nadie podía explicar por qué, curiosamente, los bienes que primero desaparecían de las tiendas eran los que preponderantemente se producían en cada región.

La segunda medida que adoptó el Intendente de Arroyo Dorado para enfrentar la crisis fue pedirle dinero al gobierno nacional para subsidios y créditos con bajos intereses para compensar a los productores por las pérdidas que les ocasionaban los precios máximos. Con ello pretendía evitar nuevas deserciones.

Por primera vez en la historia de aquel pequeño y pacífico pueblo rural, el almacén principal que estaba sobre la ruta fue saqueado, y no por extraños, sino por los propios vecinos, quienes indignados por el aumento de los precios y la escasez de productos, acusaron a su dueño de especulador y enemigo de los consumidores.

El gobierno federal envió camiones del ejército cargados con provisiones, que fueron repartidas entre las familias locales bajo la severa vigilancia de los soldados, para garantizar su distribución justa y evitar el acaparamiento. En todas partes se repetía que el gobierno debía proteger los derechos de los consumidores frente al egoísmo de los productores. Hasta los más recalcitrantes socialistas aceptaron gustosos ser colocados en esa renovada categoría de “consumidores” cuyo nuevo perfil ideológico los hacía sentir muy cómodos.

Cuando la situación desbordó los recursos y las competencias de los gobiernos locales, el gobierno federal se hizo cargo directamente de la situación, y el Congreso sancionó varias leyes de “emergencia económica”, que establecieron precios máximos, cuotas de racionamiento, subsidios y un sistema de preferencias para el equitativo abastecimiento en todas las regiones del país. Pero a medida que el tiempo transcurría, estas leyes parecían tener un efecto contraproducente, y el desabastecimiento y los precios aumentaban sin pausa.

En varias ciudades surgieron espontáneamente organizaciones de víctimas de los “desertores”, que reunían a los empleados, proveedores y consumidores perjudicados por la decisión de los productores de negarse a vender. Estas organizaciones protestaban frente al Con-



greso Nacional, exigiendo la inmediata sanción de una ley de expropiación de las empresas y tierras de los desertores, para que con ese dinero se reparasen los perjuicios sufridos por los ciudadanos comunes, que habían perdido su trabajo o vieron disminuido su estándar de vida. Todos los jueves, las Amas de Casa hacían una marcha en la plaza ubicada frente a la Casa de Gobierno, utilizando canastos de mimbre como emblema para su protesta, en los que pinchaban cartelitos de cartón con los nombres de los productos de primera necesidad que habían desaparecido de las tiendas por culpa de quienes se negaban a producirlos.

Pero no eran los miembros de estas organizaciones los únicos que manifestaban. Había una especie de competencia entre todos los grupos que se disputaban el derecho a obtener la riqueza de los “desertores”, que todos daban por descontado que finalmente sería expropiada por el gobierno. En los diarios, televisión y radio, cada grupo explicaba por qué se consideraba con mejores derechos sucesorios sobre esa propiedad. En esa puja se destacaban los empleados de las empresas cerradas, los proveedores de materias primas, los distribuidores, y misteriosas ligas de consumidores de productos puntuales, que aparecieron de la noche a la mañana invocando años de silenciosa lucha en defensa del Pueblo.

También se creó una gran Liga de Defensa de los Consumidores, que en menos de una semana organizó oficinas en las principales ciudades del país, atendidas por voluntarios empeñados en pelear esa guerra contra el fantasma de la especulación. Ellos introdujeron en el lenguaje cotidiano términos militares, que eran usados frecuentemente en sus slogans. Su presentación en público fue acompañada con un empapelamiento de las ciudades con afiches que decían:

***“En una economía de guerra, el especulador es un desertor”.***

Diariamente se formaban largas colas en las puertas de cada sede de la Liga, de personas que iban a quejarse por la mala calidad de

ciertos productos, por el aumento de los precios o el desabastecimiento. Una señora llegó a la oficina de la Liga en Arroyo Dorado dos horas antes de que abriera sus puertas, para asegurarse de ser la primera en entrar. Traía en sus manos un cartón de leche en evidente estado de descomposición, y a medida que transcurrían los minutos y el calor aumentaba, también aumentaba el nauseabundo olor que desprendía la leche podrida. Cuando finalmente comenzó la atención de la oficina, la señora encaró enérgicamente a la voluntaria que la atendió:

-Vengo a quejarme contra el almacén que está sobre la ruta, en la cuadra de la Cooperativa. Ayer compré este cartón de leche, y al abrirlo comprobé que estaba rancia. ¡No puede ser! Los consumidores tenemos derecho a que se proteja nuestra salud. ¡Hagan algo!

-Tiene razón, señora -le respondió mecánicamente la voluntaria-. Déjeme ver...

La empleada de la Liga examinó el cartón, acercándolo a su rostro sólo lo necesario para poder leer sus inscripciones sin aspirar el asqueroso olor a la leche podrida. Quedó paralizada por un instante al leer un pequeño cartel estampado con un sello en uno de sus lados, que de inmediato mostró a la consumidora:

*“Este litro de leche fue envasado por la Comisión de Empleados que ocupó la fábrica tras la detención de su dueño, y reinició de inmediato la producción, para satisfacer las necesidades de los Consumidores”.*

Una vez que acabó de leer el cartel, la quejosa mujer sustituyó su expresión de fastidio por la de una total confusión, dejó el cartón de leche sobre el mostrador de la Liga, y se fue sin decir una palabra.

El cinturón que rodeaba a la Capital, colmado de fábricas y oficinas, se convirtió en un polvorín. Una de cada seis fábricas estaba cerrada, con sus dueños dentro, parapetados, armados y listos para resistir a cualquiera que intentase entrar, mientras eran cercadas por

empleados, proveedores, policías, oficiales de justicia, abogados y consumidores, que intentaban reducirlos y ocupar el establecimiento. El gobierno, a la vez que pretendía reprimir estas conductas, intentaba no demostrar preocupación o demasiado interés por las actitudes de los productores, para no hacerles propaganda y evitar el contagio. Los funcionarios que eran consultados por la prensa, se limitaban a ensayar sonrisas irónicas, hacer algún chiste, y asegurar enfáticamente que los “desertores” eran un pequeño grupo de inadaptados sociales incapaces de provocar ningún daño importante.

-Son producto de la confusión filosófica que nos traen estos tiempos dominados por el consumismo y la competencia. Tanto afán de bienestar material, de figuración y ostentación económica, han convertido a los productores en seres insensibles, inhumanos, egoístas e indiferentes a su rol social -dijo el Ministro de Agricultura al inaugurar una nueva Cooperativa en una remota comarca en la cual, según se rumoreaba, más de la mitad de los productores estaban encerrados en sus campos.

Un joven periodista se atrevió a pedirle al Ministro que le explicase por qué denostaba al “consumismo” al mismo tiempo que defendía a los “consumidores”. El reportaje se interrumpió de inmediato.

Pero a pesar de la aparente tranquilidad de las autoridades, por las noches, la gente que vivía en las inmediaciones de las fábricas escuchaba disparos y explosiones, y a la mañana siguiente veía a aquellos edificios, otrora ocupados por sus dueños, ahora en ruinas o seriamente dañados, pero finalmente recuperados por el ejército y puestos en manos de comisiones de obreros y consumidores que intentaban de inmediato reiniciar la producción.

Aunque los obreros comenzaban a trabajar nuevamente, y comisiones técnicas del gobierno se hacían cargo de planificar la producción, los precios no bajaban y los productos seguían escaseando. La gente parecía no encontrar la relación, pero a medida que el gobierno ocupaba las empresas, los fondos de fomento, las exenciones y subsidios aumentaban, y al mismo ritmo aumentaban los impuestos.

Las cámaras de televisión permanecían durante días enteros apostadas frente a las empresas, fábricas y establecimientos agrícolas de todo el país que todavía trabajaban normalmente, en una paciente vigila a la espera de una nota. Esta se producía generalmente durante las mañanas, cuando llegaban los empleados a trabajar y se encontraban con las puertas cerradas y carteles que indicaban la colocación de explosivos en todos los ingresos. De inmediato, junto con la policía llegaban camiones cargados con amas de casa que, portando sus canastas vacías, comenzaban una manifestación en contra de los “desertores”.

## 14

Ya siento mucho mejor el brazo. Menos mal que no se infectó la herida. ¿Qué día será hoy? A ver...¿Cuántas muescas hice en el barandal del pórtico? Dos...cuatro...seis...diez... quince...veinte...treinta...cuarenta...cuarenta y cuatro. Cuarenta y cuatro días sin salir de mi casa. No me fue tan mal después de todo. Hace más de dos semanas que nadie viene a molestarme. Incluso aquel grupo de mujeres que aparecían todos los días con cestos y me gritaban cosas que no pude escuchar, parece que se cansaron, y no regresaron más. ¿Habrán entendido finalmente qué es lo que quiero?

He pasado cuarenta y cuatro días viviendo absolutamente solo dentro de mis tierras, defendiéndome de la agresión de otros hombres y procurando mi subsistencia por mis propios medios. Por supuesto que estoy peor que hace cuarenta y cuatro días. ¿Estoy peor? No sé...Tengo una herida en el brazo que por suerte comienza a cicatrizar lentamente, y vivo en forma precaria, porque no puedo salir de aquí ni comerciar mis papas. Pero soy libre, y eso justifica cualquier penuria o privación. ¿Qué es más importante, la comodidad o la libertad? ¿Se puede estar cómodo siendo esclavo? Yo aprendí que no.

¿Qué será de mi vecino? No volví a hablar con él desde el día en que salvó mi vida. Sólo pude verlo desde lejos dando vueltas por sus límites, vigilando que no se le cuele ningún intruso. ¿Necesitará más papas? Me vendría bien cambiarle unas cuantas por un poco de leche o de pan. También me gustaría hablar un rato con alguien que no quiera matarme ni robarme. El diálogo es la primera forma de intercambio entre los hombres libres.

Todos estos días de encierro me han enseñado que, en definitiva, el mal jamás podrá vencer al bien, porque el mal es lo irreal, lo irracional, lo improductivo, y eso nunca podrá superar a la razón. La única arma que les ha permitido a los irracionales imponerse a veces,

es la voluntad de víctimas como yo, que pasé la mayor parte de mi vida obedeciendo las imposiciones de todos los que quisieron vivir a mis expensas. Ahora sé que para someterme a sus caprichos les hizo falta mi propia ayuda, pues para derrotarlos sólo necesité pronunciar una única palabra, la palabra que vengo repitiendo desde hace cuarenta y cuatro días, y que los espantó como la cebolla al perro:

## NO

Por eso tenían tanto interés en hacerme sentir culpable por mis éxitos y virtudes, que tengo deberes hacia los demás. Era la única manera de lograr que continuase produciendo voluntariamente para ellos. Pero...¿Tengo deberes hacia los demás? Deber supone la obligación de actuar de una determinada manera por la única razón de obedecer a una autoridad superior, sin tener en cuenta los propios objetivos personales. Supone pedirle a la gente que use su mente sólo en lo estrictamente necesario para cumplir con esa obligación y que anule su voluntad para todo lo demás. Tal idea es contraria a la naturaleza, y sólo puede conducir a la muerte.

Mi forma de sobrevivir no es obedeciendo órdenes de otros, sino pensando, y dándole a mi cuerpo mis propias órdenes, emanadas de mi propio cerebro, para que actúe en procura de aquellos fines que yo mismo determine de acuerdo con una escala de valores que sólo yo puedo elaborar. En estos días aprendí, entre otras cosas, que he de considerar como un agresor a cualquiera que demande mi ayuda sobre la base de que tengo un deber moral de dársela, o que él tiene un derecho moral de recibirla.

Recién ahora empiezo a comprender cómo funcionan las cosas. Veo la malignidad de muchas sentencias que antes sólo rechazaba tibiamente en la profundidad de mi subconsciente. Alimenté a ese subconsciente con datos erróneos, con los principios morales abominables que ellos me enseñaron, basados en un falso reconocimiento de inferioridad, de pecado, de frustración, de culpa por ser talentoso, por

tener éxito, por producir riqueza. Se libró más de una batalla en ese subconsciente mío, lo que tras sumirme en la angustia, finalmente me condujo a encerrarme en mi chacra.

Pero al fin la batalla terminó. Mis valores triunfaron. Ahora viene la segunda parte. Debo reprogramar mi mente y eliminar hasta el último resquicio de moral anti-vida que quede dentro mío. Para eso deberé pensar mucho, traer a la conciencia cada principio, cada idea, cada frase que haya pronunciado a lo largo de mi vida, para replantearlos, repensarlos, volverlos a examinar a la luz de mis nuevos valores. No será una tarea fácil, pero necesito llevarla a cabo para estar seguro de que definitivamente he cambiado mi rumbo.

Su método fue macabro. Me impulsaron a buscar mi propia destrucción. No intentaron envenenar mi aire, sino inducirme a que yo mismo lo hiciera. Como si se le enseñase a un león que es bueno para él destrozarse sus garras contra una piedra. No sólo me convencieron de actuar voluntariamente en mi contra, sino también de que eso era bueno para mí, dejándome indefenso frente a ellos.

La religión que domina la mente de la gente de estas tierras, me enseñó que soy depravado desde mi nacimiento, que nací en el pecado. Me hicieron dudar de la razón, e invocaron su antónimo, la fe, para incitarme a hacer todo aquello que jamás podría ser justificado racionalmente. Me sugirieron que abandonase cualquier intento de pensamiento independiente, y que simplemente considerase bueno lo que los demás me decían que era bueno. Pero mi mente requiere de conocimiento, del mismo modo que mi cuerpo requiere de oxígeno. Al incitarme a sustituir la razón por la fe o las imposiciones sociales, estuvieron a punto de anular mi mente.

Intentaron que perdiera la capacidad de formar mis propios juicios, y que los reemplazara por los ajenos. Me enseñaron que es malo ser independiente. Quisieron sustituir mis convicciones personales por las opiniones y deseos de los demás. Me inculcaron miedos y deberes, pretendiendo que los aceptara sin analizar.

Al inducirme a negar el principio de causa y efecto involucrado en el proceso de producir riqueza, intentaron destruir mi noción de justicia. Buscaron que me avergonzara de todo lo que tengo, hago y pienso, que me menospreciase a mí mismo y a los demás, que convirtiese los intercambios en limosnas o deberes. Me hicieron aceptar que el orgullo es un pecado.

Supusieron que eliminando mis virtudes y anulando mi capacidad de razonar, renegaría de mi condición de hombre que sobrevive por el trabajo productivo, y estaría dispuesto a repetir como un autó-mata cualquier movimiento que ellos me ordenasen seguir. Así enfocaría mi mente exclusivamente en la tarea de satisfacer las necesidades ajenas, aceptando que el “carenciado” o el “necesitado” son la base de la sociedad, y que mi deber es mantenerlos. Pasaría entonces a formar parte de ese pequeño grupo de personas dispuestas a servir a una multitud de “consumidores” aullando aterrorizados a la espera de que alguien satisfaga sus “necesidades”.

Si hubiese incorporado efectivamente esos principios en mi mente, hubiera aceptado la premisa de que la fuente de las decisiones es una especie de “cerebro colectivo”. Me habría convertido en un esclavo incapaz de reaccionar, y de sobrellevar sin su ayuda la condición de ser humano. De ese modo tendrían mi vida en sus manos.

Trataron de hacerme creer que mi mente es mi enemigo, y que cualquier muestra de satisfacción por lo que hago, o tan sólo por estar vivo, es una manifestación de petulancia. Pretendieron que cumplierse con mi deber hacia la Sociedad, pero sin sentir satisfacción al hacerlo, sin atreverme a asomar la ambición de ser mejor y progresar, sin osar sentirme orgulloso por mi propia vida.

De todo ello extrajeron un principio moral básico, que ahora entiendo que es autocontradictorio: que el hombre no puede ni debe vivir para sí mismo, que no tiene ni la habilidad ni el derecho para ello, y en consecuencia, el motor de su existencia son los demás, y vivir para ellos es la única justificación de su vida.

Pero...¿No es eso el altruismo?



¿Y ahora quién viene? ¡Qué auto más lujoso! Debe ser algún funcionario importante. El imbécil se está acercando demasiado. ¿No habrá visto los carteles? Mejor lo paro antes de que vuele en pedazos.

-¡No se acerque más!

Ahí se detuvo. Baja un gordo bien trajeado. No es del pueblo: debe venir de la capital.

-¡Señor Robinson! ¿Me escucha? Soy el secretario privado del Gobernador.

¡Otro escribiente! Ya me tienen hartos todos estos imbéciles que vienen a advertirme las cosas terribles que me van a suceder si no salgo de mi casa. Pero nunca estuve mejor que aquí adentro.

-¡Váyase!

-¡Escúcheme, por favor! Le traigo una propuesta del Gobernador en persona, que le permitirá obtener una amnistía total por sus delitos, si depones su hostilidad ahora mismo.

-¿Hostilidad? Llevo cuarenta y cuatro días encerrado aquí. No tuve tratos con nadie del gobierno, salvo para defender mi vida cuando intentaron matarme. No hice nada malo, así que no necesito ninguna amnistía. No he agredido a nadie, ni soy peligroso para nadie aquí. ¿De qué hostilidad me habla?

-¿Por qué no se acerca, así podemos conversar mejor?

-No tengo nada que conversar con usted.

-Fui enviado por el Gobernador para que negociemos una solución a este conflicto, que sea satisfactoria para todos.

-Mi único problema son ustedes. Si lo que quiere es un trato, le propongo que me dejen tranquilo.

-Si lo hacemos, ¿usted a cambio depondría su hostilidad?

-Yo no tengo ninguna hostilidad.

-¿Se da cuenta? No podemos dejarlo tranquilo, porque el deber del gobierno es proteger los derechos de los consumidores, a los que usted perjudica con su terquedad y egoísmo.

-Los consumidores tienen derecho a comprar mis productos, si yo se los quiero vender, al precio que libremente pactemos, y a recibir lo que me comprometa a darles a cambio de su dinero. Yo jamás he alterado ninguno de esos derechos. Jamás perjudiqué ni defraudé a nadie, ni ellos necesitaron del gobierno para que yo cumpliera los contratos.

-Conocemos sus puntos de vista teóricos, que son bastante discutibles. Pero el Gobernador me ha enviado para encontrar una solución que permita que usted se allane a las regulaciones legales y volvamos a la normalidad.

-¿Normalidad? ¿Qué tengo que ver yo con la normalidad o anormalidad en el pueblo? Le repito que no he salido de aquí en cuarenta y cuatro días. No tengo ni idea de lo que está pasando afuera.

-Por favor, señor Robinson, no evadamos el punto. ¿Qué quiere? Estoy autorizado a ser generoso para tratar sus exigencias.

Este hombre debe ser sordo. No escucha nada de lo que le estoy diciendo.

-Mi única exigencia es que me dejen tranquilo.

-El gobierno le ofrece un indulto por todos los crímenes que ha cometido.

-Yo no violé los derechos de nadie; no merezco un castigo y por lo tanto no necesito un perdón.

-Le ofrecemos un acuerdo especial para que venda sus papas a través del canal preferencial de la Cooperativa. De ese modo obtendría los mejores precios que se pueden conseguir.

-Yo podría obtener mejores precios aún si no existiese la cooperativa. Mis papas son las mejores de la región, y por culpa de ustedes gano lo mismo que el productor más inepto.

-¿Qué podemos ofrecerle entonces?

-Nada.

-Pero, eso es inadmisible...Yo no puedo irme sin negociar con usted. El gobernador me envió aquí para llegar a un acuerdo. Usted no

sabe hasta dónde llega el poder del gobierno. Estamos en condiciones de ofrecerle cosas que ni se imagina que el gobierno puede dar.

-Si no acepta reconocer mi libertad, no hay nada más que pueda ofrecerme. Por lo tanto, nunca podríamos llegar a un acuerdo.

-Ah...ya entiendo...quiere dinero. ¿Cuánto quiere por volver a comerciar?

-¿No entiende lo que le digo? No me interesan sus billetes. El dinero tiene valor cuando representa riqueza; y el que usted me ofrece representa esclavitud y compulsión.

-¡El dinero es dinero! Todos los billetes son iguales, y todos tenemos un precio. ¿Cuál es el suyo?

-Yo tengo una ventaja sobre ustedes. Mi precio se paga en una moneda que no puede ser entregada por otros. Ninguno de ustedes podría pagarlo, porque no se compra ni se vende con billetes.

-¿Qué es?

-Libertad.

-Pero...¡De eso se trata precisamente el motivo de mi visita! Quiero negociar con usted los términos para que pueda volver a comerciar libremente.

-Si quiere eso de verdad, lo único que debe hacer es dejarme tranquilo y no volver a molestarme.

-Entiéndame, no podemos hacer lo que pide. He venido a negociar. Necesitamos que nos diga qué podemos ofrecerle para que vuelva a producir y comerciar como antes.

-No tienen nada que ofrecerme.

-No insiste con eso; el poder del gobierno es inmenso.

-¿Por qué quiere negociar conmigo entonces?

-Es necesario encontrar una solución a este problema.

-¿Cuál problema?

-El del desabastecimiento, la inflación y la crisis.

-Yo no salí de aquí adentro.

-Pero es uno de los productores más importantes de la región. Sus productos son necesarios para paliar la crisis.

-¿Ustedes me necesitan?

-No...No exactamente...Bueno...En cierto modo...si.

-Ya lo sabía...Pero yo no los necesito a ustedes.

-¿Cómo que no nos necesita? ¿Me va a decir que la está pasando bien ahí adentro?

-Por lo menos tengo comida. ¿Cuánto tiempo van a sobrevivir ustedes sin mí?

-¡Es un orgulloso y un egoísta!

-¡Bien!...No es tan tonto como parece.

-¿No se da cuenta de la oportunidad que le brindamos?

-¿Ve esta escopeta?

-Si, claro.

-¿Se ha puesto a pensar en la oportunidad que le he estado brindando desde que se acercó al límite de mis tierras hasta ahora?

-El Gobernador se va a poner furioso cuando le cuente las cosas horribles que me ha dicho.

Al fin se fue el gordo este. Voy a poner la radio, a ver qué está pasando en el pueblo:

*“El Gobernador de la Provincia acaba de anunciar que dará una conferencia de prensa para explicar al Pueblo los decretos que él y el Presidente de la República firmaron esta mañana. Según trascendió, el gobierno ofrece una amplia amnistía a todos los “desertores” que depongan su actitud aislacionista, manifiesten su arrepentimiento y firmen un compromiso de no volver a cometer actos contrarios a la convivencia social pacífica, reinicien la producción de bienes y pongan fin a la rebelión.*

*“A cambio de ello, está dispuesto a hacer grandes concesiones a los derechos de propiedad individual en favor de los rebeldes”.*

-¿Rebeldes? ¿Hubo una rebelión mientras estuve encerrado aquí?

## Sobre el individualismo

Una facultad humana que distingue al hombre de otros animales es capacidad de elaborar ideas abstractas y proyectarlas hacia el futuro. Esta facultad es la imaginación.

Pero las ideas elaboradas por el hombre, como tales, no necesariamente han de vincularse con la realidad. Muchos conceptos son creaciones de la imaginación: los dragones, unicornios, seres extraterrestres, dios, etc., aparecen como productos de este proceso exclusivamente humano de proyectar abstracciones.

El mismo mecanismo que permite crear seres inexistentes, hace posible que se tergiversen hechos de la realidad o se distorsionen conceptos que intentan definir lo que existe tal como existe.

Pero la imaginación no es una facultad que permita escapar de la realidad, sino que sólo ayuda a reacomodar los elementos de la realidad para alcanzar valores humanos. Presupone algún conocimiento de los elementos que uno elige para realizar ese reacomodamiento. Una imaginación divorciada del conocimiento tiene un solo producto: una pesadilla. Una imaginación que reemplaza el conocimiento es uno de los medios más seguros para crear neurosis.<sup>1</sup>

De este tipo de productos de la imaginación son aquellos argumentos que durante buena parte de la historia del hombre se ensayaron para sostener que el ser humano no es un individuo independiente.

La imaginación desconectada de los hechos de la realidad permitió argumentar que el hombre es un “ser social”, que “no puede vivir aislado de la comunidad”. La combinación de una imaginación desvinculada de la realidad con la fuerza física dio como resultado el

---

<sup>1</sup> Ayn Rand, “The Montessori Method”, “The Objectivist”, July 1970, p. 7.

surgimiento de regímenes “colectivistas” que consideran al hombre como un mero “engranaje” de la “maquinaria social”.

Ateniéndonos al examen de los hechos utilizando en ese proceso las reglas de la lógica, se pueden extraer las siguientes conclusiones sobre la naturaleza del hombre:

a) La realidad existe independientemente de los gustos, caprichos o necesidades de quien la observa. Lo que es, es. No es posible pedir una prueba de la realidad, porque su demostración es ostensiva.

b) Mientras que la materia inanimada no puede dejar de existir, sólo cambia de forma, la vida, entendida como proceso de acción autogenerada destinada a la autosustentación, tiene la alternativa de existir o no como tal.

c) Para existir, los seres vivos deben actuar de una manera determinada de acuerdo con su naturaleza. Los vegetales tienen un código automático de respuestas a los estímulos externos, los animales tienen un código instintivo similar. Los seres humanos, en cambio, no cuentan con ningún medio predeterminado para resolver sus problemas, sino que poseen una facultad que le permite a su cerebro identificar e integrar el material provisto por los sentidos: la razón.

d) Este proceso no funciona automáticamente, sino que el cerebro humano posee una cualidad, la voluntad, que le permite poner en movimiento el mecanismo de la razón. El hombre debe hacer el esfuerzo de pensar, y por lo tanto, su supervivencia depende de un hecho fundamentalmente epistemológico: debe pensar antes de actuar.

e) El hombre sólo puede sobrevivir adquiriendo el conocimiento necesario que le permita tomar las decisiones correctas, y la razón es el único medio de conseguirlo.

f) Todo pensamiento es un proceso de identificación e integración durante el cual, la tarea de la mente consiste en responder a una pregunta: ¿qué es? Para establecer la respuesta, el hombre usa la lógica, que es el proceso de identificación no contradictoria. Ningún concepto formado por un hombre es válido, a menos que lo integre sin contradicción con la suma total de su conocimiento.

g) El hombre no sabe automáticamente qué es verdadero y qué es falso, tampoco puede saber automáticamente qué es correcto y qué es incorrecto, es decir, qué es bueno y qué es malo para él. Pero necesita este conocimiento para sobrevivir. No tiene elección sobre lo que su naturaleza requiere, pero sí para decidir el medio por el cual intentará satisfacer sus necesidades. Puede elegir no pensar, pero no puede evitar su destrucción si lo hace.

h) El hombre necesita aprender a sustentarse por elección, para lo cual necesita descubrir los valores requeridos y practicar sus virtudes, también por elección. Debe obtener el conocimiento y elegir sus acciones por un proceso mental, que la naturaleza no le obliga a practicar.

i) Por eso el hombre, cada hombre, ha de buscar por su propia vía los medios que considera adecuados para procurar su subsistencia. Un juez implacable, la realidad, le indicará si eligió o no los medios correctos. En este proceso está completamente solo: así como no existen cerebros colectivos, tampoco existen valores colectivos; no es posible pensar a través del cerebro de otro, ni guiarse por los valores ajenos.

La individualidad del hombre es entonces un hecho biológico. El individualismo es una posición moral que presupone dos postulados: el reconocimiento de la individualidad como dato de la realidad, y el reconocimiento de que a partir de esa individualidad cada hombre debe utilizar su propio mecanismo de adquirir conocimiento y actuar en consecuencia para sobrevivir.

Por el contrario, el colectivismo sostiene que, en asuntos humanos, la colectividad -sociedad, comunidad, nación, proletariado, raza, etc.- es la **unidad de realidad y estándar de valores**. En esta posición, el individuo sólo tiene realidad como parte del grupo, y vale sólo como un sirviente de él<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Leonard Peikoff, "The Ominous Parallels", p. 7.

El colectivismo afirma que el individuo no tiene derechos, que su vida y trabajo pertenecen al grupo...y que el grupo puede sacrificarlo en nombre de sus propios intereses. La única manera de implementar una doctrina de este tipo es por medio de la fuerza bruta, y el estatismo ha sido siempre el corolario político del colectivismo.<sup>3</sup>

La filosofía del colectivismo invoca la existencia de un organismo social místico (e imperceptible) que niega la realidad de los individuos, una visión que implica que los sentidos del hombre no son instrumentos válidos para percibir la realidad. El colectivismo sostiene que una elite dotada de místicos poderes especiales debe gobernar a los hombres, lo que implica la existencia de una especial fuente de conocimientos, una fuente de revelaciones inaccesible a la lógica y trascendente a la mente. El colectivismo rechaza que los hombres deban tratar unos con otros por medios voluntarios, resolver sus disputas por un proceso de persuasión racional; declara que los hombres deben vivir bajo el reino de la fuerza física (ya sea del dictador o del Estado omnipotente), una posición que desprecia a la razón como guía y árbitro de las relaciones humanas.<sup>4</sup>

Al cabo de cuarenta y cuatro días de encierro en su individualidad, el señor Robinson alcanzó a comprender estos conceptos.

---

<sup>3</sup> Ayn Rand, "Racism", in "The Virtue of Selfishness", pág. 175.

<sup>4</sup> Leonard Peikoff, "Nazism vs. Reason", The Objectivist, October 1969, pág. 1.